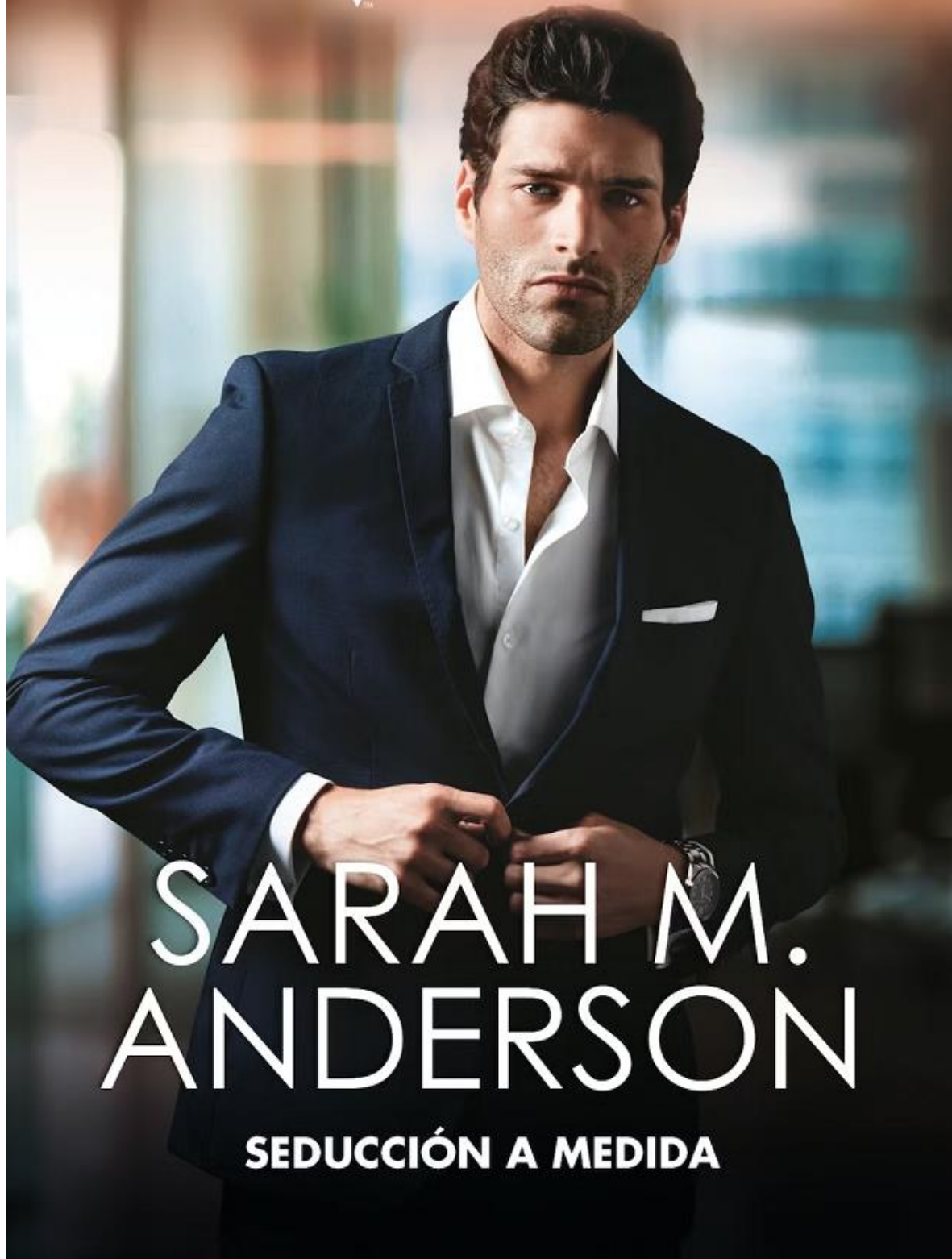


DESEO

HARLEQUIN™



SARAH M.
ANDERSON

SEDUCCIÓN A MEDIDA

No había ningún problema en solucionarlo... Pero ¿en qué condiciones?

Cuando la camarera Jeannie Kaufman dejó su trabajo para cuidar a su pequeña sobrina, el doctor Robert Wyatt, su cliente favorito, le ofreció la ayuda que tan desesperadamente necesitaba. Sin embargo, a pesar de la atracción que existía entre ellos, aquel guapo y arisco heredero seguía conteniéndose. ¿Acaso pensaba Robert que no encajaba en su alto nivel de vida? ¿O acaso corrían peligro si llevaban su romance demasiado lejos?

Capítulo Uno

—**B**uenas noches, doctor Wyatt —dijo Jeannie Kaufman saludando al hombre que siempre se sentaba en el extremo de la barra.

Era otra ajetreada noche de viernes y se había sentado lo más lejos posible del resto de clientes del Trenton's.

—Hola, Jeannie —contestó con su habitual tono seco.

Esta vez había cierta tensión en su voz.

El doctor Wyatt era un hombre peculiar. Su familia era propietaria de Wyatt Medical Industries y había aparecido el año anterior en la lista de los cinco solteros más deseados de Chicago, lo que tenía que ver tanto con su fortuna familiar como con el hecho de que medía algo más de metro ochenta y lucía una espléndida cabellera negra que hacía resaltar el azul gélido de sus ojos.

Por si ser tan rico y guapo no fuera lo suficiente tentador, también era cirujano pediátrico y se dedicaba a operar del corazón a bebés y niños. Salvaba vidas y había leído que, en alguna ocasión, se había hecho cargo de las facturas de aquellas familias que no podían costearse gastos tan astronómicos.

En definitiva, aquel hombre era demasiado bueno para ser real.

Jeannie seguía esperando una señal de que bajo toda esa perfección, aquel hombre era un villano. Tenía un montón de clientes guapos, ricos y exitosos que eran unos completos idiotas.

El doctor Wyatt era distante, escrupuloso y audaz, cualidades que hacían de él un gran cirujano, pero nunca se pavoneaba. Iba al bar cinco tardes a la semana, exactamente a las ocho, y se sentaba en el mismo sitio, pedía la misma bebida y le dejaba la misma propina: cien dólares de una factura de veinte. En metálico. Nunca se acercaba a nadie y rechazaba a todo el que se le acercara, ya fuera hombre o mujer.

Era su cliente favorito.

Antes de que pudiera ajustarse los puños de la camisa, un gesto que hacía con frecuencia, Jeannie le puso su Manhattan delante. Llevaba tres años preparándole aquel combinado como a él le gustaba, con el segundo bourbon más caro, porque lo prefería por su sabor, un vermut que encargaba exclusivamente para él de Italia y angostura que costaba más de cien dólares la botella. Había dedicado ocho meses a experimentar hasta que había dado con la combinación perfecta, como a él le gustaba, pero había merecido la pena.

Cada vez que se llevaba la copa a los labios, como estaba haciendo en aquel momento, Jeannie contenía el aliento. Ver a aquel hombre beber era prácticamente una experiencia orgásmica. Mientras tragaba, lo miró fascinada. No mostraba ninguna emoción ni pretendía ser amable. Pero cuando dejó el vaso en la barra, sonrió.

No era una sonrisa al uso, y cualquiera que lo hubiera estado observando no la habría visto. Sus labios apenas se movieron, pero lo conocía lo suficiente bien como para distinguir la ligera curva de sus labios y el brillo especial en su gélida mirada.

—Perfecto —murmuró sosteniéndole la mirada.

Era el único cumplido que le había oído.

Su cuerpo se tensó mientras una oleada de deseo la recorría. Jeannie tenía por regla no mezclar el sexo con las bebidas, pero si alguna vez se planteara saltársela, sería con él. Le gustaban las novelas románticas y llevaba tres años imaginando a Robert como un duque resentido de su papel, un noble que odiaba los bailes y los entresijos de la corte, y que lo único que quería hacer era ejercer la medicina, atender sus propiedades y que lo dejaran en paz. En esas historias, siempre había un ama de llaves, una carterista o incluso una moza de taberna que le robaba el corazón y le enseñaba a amar.

Jeannie apartó aquellas fantasías de su cabeza. Abrió una botella de whisky para otro cliente y sirvió una copa de vino para la mesa once, pero seguía atenta a Wyatt. Tenía que darle la mala noticia de que no estaría la semana siguiente porque se iba con su hermana Nicole, que estaba a punto de dar a luz a una niña.

Aquel bebé era la clave para que Jeannie y su hermana volvieran a ser una familia. La única familia que había tenido, la había perdido. A su

padre no lo había conocido; se había marchado antes de que ella naciera. Su madre había muerto cuando Jeannie tenía diez años y Nicole...

No importaba lo que hubiera ocurrido entre las hermanas en el pasado. Lo que importaba era que iban a aprovechar la oportunidad para volver a ser una familia. Melissa, que era así como se iba a llamar el bebé, iba a ser el lazo que las uniría.

Jeannie se había ofrecido a volver al hogar familiar con Nicole. Habría sido un desastre, pero lo había hecho porque para eso estaba la familia, para sacrificarse y arrimar el hombro en los momentos difíciles. No había sido hasta ahora, con veintiséis años, que se había dado cuenta de todo lo que Nicole había sacrificado por ella. Lo menos que Jeannie podía hacer era devolver el favor.

Por suerte, Nicole le había dicho que, aunque agradecía el ofrecimiento, no era necesario volver a compartir casa. Habría sido más que probable que viviendo juntas, su aún frágil armonía hubiera saltado por los aires. En vez de eso, Jeannie seguiría trabajando en Trenton's y ocupándose del doctor Wyatt, y luego iría por las mañanas a casa de Nicole a ayudarla con la cocina, la limpieza y el cuidado al bebé. Tal vez Jeannie no fuera la mejor hermana del mundo, pero iba a ser la mejor tía. Al menos, ese era el plan.

El único contratiempo estaba sentado frente a ella.

A Wyatt no le sentaban bien los cambios, tal y como había comprobado en los seis meses de aquella simbiosis, como a ella le gustaba considerarlo. La mitad del tiempo que el doctor Wyatt pasaba en el bar, apenas hablaba, pero cuando lo hacía no era una simple cháchara. Cuando hablaba, cada palabra la enamoraba más o le rompía el corazón.

—Bueno... —comenzó, y Jeannie supo que estaba a punto de romperle el corazón una vez más.

Esperó pacientemente, colocando las copas que colgaban sobre la barra.

Hablaba cuando lo necesitaba y no antes. ¿Habría perdido un paciente? Que ella supiera, solo se le habían muerto dos o tres niños, y había sido horrible. Lo único que había dicho era que les había fallado, pero por la forma en que daba sorbos a su bebida... La última vez había acabado llorando en el cuarto de baño después de que se fuera. Bajo aquella fachada impenetrable se ocultaba un mar de emociones, y cuando perdía un paciente, ese mar se agitaba.

Después de tres años escuchando al doctor Wyatt abrir su corazón, Jeannie conocía los problemas que podían tener los bebés, y por eso estaba inquieta por Nicole y Melissa.

—Hoy me he enterado de algo... —continuó el doctor después de unos segundos interminables.

Se ajustó los puños y dio un sorbo a su bebida. Jeannie lo observaba mientras partía limones y se contuvo para no mirar su teléfono una vez más. Nicole había quedado en mandarle un mensaje si pasaba algo, y no había sentido ninguna vibración junto a su cadera. Estaba convencida de que esa iba a ser la noche.

—Resulta que mi padre se va a presentar a las elecciones para gobernador.

Jeannie se quedó de piedra, con el cuchillo clavado en un limón. Nunca le había oído hablar de sus padres. Había asumido que estaban muertos y que habían dejado la mayor parte de la fortuna del Wyatt Medical a su hijo.

—¿De veras?

—Sí —replicó el doctor Wyatt.

Aquel tono amargo solo podía significar que no eran buenas noticias.

Jeannie llevaba trabajando en bares desde el día que había cumplido dieciocho años, tres años antes de tener la edad legal para servir alcohol. Por entonces, estaba desesperada por alejarse de Nicole, que no quería que Jeannie tuviera un empleo y mucho menos de camarera. Habría preferido que Jeannie fuera a la universidad y se convirtiera en profesora, como ella. Tener su propio bar estaba fuera de toda discusión. Nicole no lo permitiría.

Después de aquella pelea, Jeannie se había ido de casa, había mentido sobre su edad y había conseguido el trabajo.

Wyatt se terminó su bebida en dos largos tragos.

—El caso es que si se presenta —dijo dejando la copa con fuerza sobre la barra, —querrá que nos mostremos como una gran familia feliz.

—Y eso es un problema... —replicó ella, y dejó de fingir que estaba ocupada y se apoyó en la barra.

—No tienes ni idea —murmuró, algo que resultaba aún más inquietante, porque jamás murmuraba.

Aquel traje gris oscuro de tres piezas le sentaba como un guante, al igual que la camisa con gemelos en tonos azules. Llevaba una corbata a rayas azules y naranjas, a juego con el pañuelo que asomaba del bolsillo. Era septiembre y en Chicago todavía era verano.

Se había aflojado la corbata, como si hubiera tirado de ella en un momento de frustración. Tenía el pelo revuelto en vez de cuidadosamente peinado hacia atrás. Le sentaba bien porque todo le sentaba bien, pero aun así. Tenía los hombros hundidos y la cabeza ligeramente echada hacia delante, en vez de su habitual postura erguida. Cuando levantó la vista para mirarla, vio un gesto de preocupación. Parecía como si todo el peso del mundo hubiera caído sobre él.

Le dolía verlo de aquella manera. Si fuera cualquier otro cliente, le ofrecería un abrazo, porque tenía toda la pinta de necesitar uno. Pero sabía cómo reaccionaba Wyatt cuando alguien lo tocaba.

—Pues no lo haga —dijo ella manteniendo un tono tranquilo y calmado.

—Tengo que hacerlo —afirmó, e inesperadamente se ajustó los puños. —No me queda otra opción.

—¿Por qué no? Por el amor de Dios, si hay algo que tenga son opciones. Puede ir donde quiera, hacer lo que quiera y ser como quiera porque es el doctor Robert Wyatt.

Todo porque tenía buena presencia, dinero y poder, todas las cosas que Jeannie jamás tendría.

Wyatt abrió la boca para decir algo, pero enseguida volvió a cerrarla. Entonces se apartó de la barra y no dejó de mirarla mientras dejaba unos billetes y se daba la vuelta para marcharse.

—Doctor Wyatt, espere —dijo, y al ver que no se detenía, gritó—: ¡Robert!

Cuando se volvió, se estremeció al ver que estaba furioso. ¿Se habría enfadado porque había usado su nombre de pila o porque lo había cuestionado? Daba igual. No se iba a doblegar.

—Tengo un asunto familiar la semana que viene y voy a tomarme unos días libres.

En cuestión de segundos, Wyatt volvió junto a la barra. La furia había dado paso a la confusión.

—¿Durante cuanto tiempo? —preguntó preocupado.

—Una semana. Estaré de vuelta el lunes siguiente, lo prometo.

Aquella expresión en su cara, como si no fuera a sobrevivir si no estaba ella allí para servirle su Manhattan, era la clase de expresión que le hacía enamorarse un poco más de él a la vez que le rompía el corazón.

—¿Estará bien?

Una sensación cálida en el dorso de la mano le provocó una corriente en el brazo. ¿La había tocado? Cuando bajó la vista, Wyatt se estaba ajustando los puños de la camisa.

—Por supuesto. Soy un Wyatt.

Entonces, desapareció.

Jeannie se quedó mirándolo. Justo en ese momento, su teléfono vibró y leyó el mensaje.

—¡Ha llegado la hora!

—¡Ha llegado la hora! —gritó, repitiendo el mensaje de su hermana.

El resto de camareros prorrumpió en vítores.

El doctor Wyatt tendría que esperar. La sobrina de Jeannie estaba a punto de nacer.

Capítulo Dos

Jeannie volvía esa noche.

Robert no había ido a Trenton's sabiendo que ella no estaría allí, y echaba de menos aquella rutina. Había dedicado más tiempo al trabajo, a revisar casos y a ponerse al día con el papeleo para no pensar en Landon Wyatt ni en campañas políticas.

Pero por fin era lunes y Jeannie estaría esperándolo. En cierto modo, le preocupaba aquel deseo de volver a verla. No era más que una camarera que preparaba unos Manhattans perfectos. Cualquiera podría preparar un combinado.

Pero era mentira y lo sabía. No debería haberla tocado, pero se había quedado mirándolo con sus enormes ojos marrones, preguntándole si estaría bien. Como si le importara. Y no porque fuera el multimillonario doctor Robert Wyatt, sino por ser simplemente Robert.

Perdido en sus pensamientos, contestó el teléfono sin mirar la pantalla.

—Aquí Wyatt.

—¿Bobby?

Robert se quedó de piedra, con la mano en el botón del ascensor. Nadie más lo llamaba así.

—¿Mamá?

—Hola, cariño. ¿Cómo te va?

La voz de Cybil Wyatt sonaba débil. Habían pasado tres años desde la última vez que había hablado con su madre.

Rápidamente, volvió a su despacho.

—¿Puedes hablar? ¿Tienes el manos libres?

—Cariño —continuó, ignorando sus preguntas. —¿Has hablado con Alexander, verdad?

Aquello significaba que no podía hablar con libertad. Alexander era el asistente de Landon, siempre dispuesto a cumplir los deseos de su jefe.

—Sí. Me contó que Landon quiere presentarse a gobernador.

Una idea terrible tanto a nivel social como personal. Robert sabía que la única razón para que Landon Wyatt quisiera ser gobernador era porque habría descubierto una manera de enriquecerse personalmente. No se contentaba con tener a políticos comiendo de su mano. Siempre quería más.

—Tu padre te quiere a su lado. Te queremos a nuestro lado —se corrigió.

Aquella farsa de que eran una gran familia feliz tenía que mantenerse a toda costa.

—¿Tienes el manos libres?

—Por supuesto que no —dijo y su risa sonó falsa. —Todo está perdonado, cariño. Ambos sabemos que no era tu intención.

Seguramente estaría sentada en el ostentoso despacho de Landon, que la estaría observando con sus ojos fríos y rasgados, los mismos que le miraban a Robert desde el espejo cada mañana, asegurándose de que su madre se ciñera al guión.

—Deja que te ayude, mamá. Puedo apartarte de él.

—Estamos organizando una gala para el lanzamiento de la campaña dentro de dos semanas —dijo y su voz se quebró, pero no se detuvo. —Será en la galería de arte Winston, justo en la Milla Magnífica.

—Lo sé.

—Significaría mucho para tu padre y para mí verte allí.

Robert no tenía ninguna duda de que su madre quería verlo. Pero para Landon no era sino otra manera de ejercer control sobre Robert. Se había jurado no volver a darle a ese poder, aunque le costara su relación con su madre.

—Dime qué puedo hacer para ayudarte, mamá.

Se hizo una breve pausa.

—Nosotros también te echaremos de menos.

No quería fingir que eran una familia feliz, ni en privado ni en público. Pero conocía lo suficientemente bien a Landon como para saber que si no iba, su madre pagaría el precio. Como siempre. No podía permitirlo. De todas las cosas que Landon Wyatt había hecho y seguiría haciendo, usar a Cybil de cebo para obligar a Robert a cooperar era una de las más miserables.

Tenía que buscar la manera de arreglarlo.

—Piensa en lo que te he dicho, ¿de acuerdo? Hablaremos en la galería.

Su madre suspiró.

—Maravilloso, cariño. Empieza a las siete, pero nos gustaría que llegaras antes. Tu padre quiere asegurarse de que estemos todos de acuerdo.

Robert contuvo un gruñido. Estar todos de acuerdo suponía amenazas, muchas amenazas.

—Lo intentaré. Tengo que hacer mi ronda. Pero si consigo apartarte de él, ¿vendrás conmigo?

Porque después de lo que había ocurrido la última vez...

—Gracias, Bobby —dijo y Robert confió en que fuera un sí.
—Estoy, estamos deseando volver a verte.

—Yo también, mamá. Te quiero.

Su madre no dijo nada más y colgó.

Robert permaneció largos segundos con la mirada perdida. Aquello era exactamente lo que temía. Landon iba a obligar a Robert a participar en aquella mentira, a estar a su lado ante toda aquella gente y a pronunciar discursos llenos de mentiras. Porque si no lo hacía, ¿volvería a ver a su madre?

Landon se saldría con la suya si Robert no lo detenía. Tenía que haber una manera. Jeannie le había dicho que podía hacer lo que quisiera porque era el temible doctor Robert Wyatt. Tal vez tuviera razón. En aquel momento, más que nunca, necesitaba un trago.

—¿Y bien? —preguntó con voz suave.

En otro tiempo, a Cybil le había parecido que Landon Wyatt tenía la voz más seductora que jamás había oído. De eso hacía mucho tiempo, tanto, que lo único que recordaba era el dolor cuando se había dado cuenta

de que había sido seducida. Apenas recordaba la época en que era una ingenua estudiante recién salida de la universidad, encandilada por aquel encantador multimillonario quince años mayor que ella. Desde entonces, no había dejado de pagar por aquel error.

—Vendrá.

Landon arqueó una ceja, en un gesto de advertencia, y Cybil sonrió.

—Tratará de llegar pronto, pero tiene que hacer su ronda —continuó, con la esperanza de que Landon la dejara marchar.

Había reconocido rabia en la voz de Landon cuando le había prometido que la alejaría del que había sido su marido durante treinta y cinco años. Cuánto echaba de menos a su hijo. Tal vez esta vez fuera diferente. Bobby se había convertido en una gran persona y en un brillante cirujano, algo que Landon detestaba no solo porque Bobby se ganaba la vida trabajando sino porque sabía que era mucho más inteligente que él. Si alguien podía hacer frente a Landon Wyatt, ese era su propio hijo.

Una sensación dulce y cálida invadió su pecho. Era esperanza. ¿Y si de veras fuera posible?

Pero Landon no la dejaría marchar, algo que se confirmó cuando se puso de pie y le acarició el pelo. Después de años de práctica, había aprendido a no alterarse con su roce.

—Sé que le has echado de menos —murmuró como si no hubiera sido él el que la hubiera alejado de su hijo. —Espero que consigas que haga lo que se espera de él. En caso contrario...

Posó la mano en su nuca y empezó a apretar.

—Claro —convino Cybil, conteniéndose ante la presión de su mano.

Como cada día, dio las gracias a Dios de que Bobby hubiera escapado. Si siguiera atrapado en aquel infierno con ella, no sabía cómo lo soportaría. Pero saber que estaba salvando niños y viviendo al margen de todo aquello, le daba fuerzas para seguir.

Alzó la vista hacia el hombre con el que se había casado y sonrió, tratando de fingir sentirse cómoda a su lado. Tal vez no tuviera que seguir fingiendo mucho más tiempo.

—¿Señor Wyatt? Disculpe, pero el jefe de campaña está en la línea dos.

La voz aflautada de Alexander resonó en el despacho.

—¿Ahora qué quiere? —protestó, apartándose de su esposa.

Cybil aprovechó para escapar. No quería que Bobby se viera inmerso en el mundo de su padre. Pero la ira de Bobby, su disposición a enfrentarse a su padre...

No, tal vez no tendría que soportar aquel matrimonio mucho tiempo más. Tenía que estar preparada.

¿Conseguiría Robert convencer a su madre de que abandonara a Landon?

La última vez había salido mal. Esta vez necesitaba un plan mejor. Más que ocultar a Cybil Wyatt, Robert necesitaba estar seguro de que Landon no pudiera localizarla. La vez anterior se había limitado a ocultar a su madre en su propia casa. Esta vez sería diferente.

Los Wyatt no fracasaban, triunfaban.

Llegó a Trenton's a las ocho y cinco. Por suerte, Jeannie volvía esa noche. Tal vez no pudiera ayudarle con su plan, pero al menos le podría decir si llevarse a su madre a Nueva Zelanda le parecía una buena idea o no. Era la única persona que le diría la verdad. Solo tenía que encontrar la manera de preguntarle.

—Buenas noches, doctor Wyatt —lo saludó una voz femenina.
—¿Qué puedo ofrecerle?

Al oír aquella voz desconocida, se le erizó el vello de la nuca. La luz era tenue y Robert tardó unos segundos en darse cuenta de que la mujer que estaba detrás de la barra no era Jeannie.

—¿Dónde está Jeannie?

Era lunes, se suponía que debía estar allí.

—Soy Miranda. Jeannie está de vacaciones. Le atenderé con mucho gusto hasta que vuelva.

Robert se quedó mirándola. Jeannie le había dicho que estaría fuera una semana. Justo cuando la necesitaba, no estaba.

—¿Doctor Wyatt?

—No está de vacaciones. Dígame dónde está —dijo inclinándose hacia delante y conteniéndose para no levantar la voz.

Miranda se irguió y se echó hacia atrás.

—No está aquí.

No iba a discutir. Un Wyatt nunca perdía el control, así que tiró de las mangas de su traje ganando tiempo para respirar y hablar con calma. Se quedó estudiando a Miranda. Ella le mantuvo la mirada, pero se adivinaban sus latidos en el cuello. Debía de estar diciendo la verdad.

—Quisiera hablar con el dueño, por favor.

En su cabeza surgieron dos sonidos discordantes. Por un lado, podía oír a Landon diciendo que los Wyatt nunca pedían ayuda y por otro, a Jeannie, con su voz dulce, diciéndole que no era para tanto.

No recordaba cuándo había sido la primera vez que Jeannie le había dicho eso. Lo único que recordaba era que había sido la primera persona en atreverse a bromear con él.

Cuando se hubo asegurado de recuperar el control, levantó la vista. Miranda no se movía.

—Ahora —insistió Robert.

De un salto, se volvió y desapareció.

No se sentía a gusto en su asiento si Jeannie no estaba al otro lado de la barra. Era como si aquel sitio hubiera dejado de ser su hogar, lo cual era ridículo porque apenas pasaba media hora allí cada tarde. No era su enorme casa con vistas al lago Michigan de la zona Gold Coast ni la monstruosa mansión donde había sido criado por un ejército de niñeras. Era el sitio donde había conocido a Jeannie hacía dos años y diez meses, cuando había entrado en el restaurante y se había sentado en aquella barra porque se sentía perdido.

Hacía treinta y cuatro meses desde que Jeannie se había colocado frente a él, escuchándolo mientras ponía orden a sus pensamientos porque su madre se había negado a quedarse con él y Landon había ido a buscarla.

¿Dónde demonios estaba?

Entonces recordó que le había dicho que tenía un asunto familiar. Algo debía de ir mal, y tuvo un mal presentimiento. Miranda, la camarera sustituta, volvió con un hombre que le resultaba ligeramente familiar.

—Doctor Wyatt, me alegro de verlo —dijo el hombre, sonriendo de una manera que a Robert no le inspiraba confianza. —Siento que haya habido un problema. ¿Qué puedo hacer para solucionarlo?

Robert estaba perdiendo la paciencia.

—¿Quién es usted?

—Julian Simmons, el dueño de Trenton's. Usted es uno de nuestros mejores clientes, así que si hay algún problema, estoy seguro de que podemos...

—¿Dónde está Jeannie?

—Jeannie se ha tomado unos días para ocuparse de unos asuntos personales.

—¿Está bien?

—Jeannie está bien —contestó Simmons al cabo de unos segundos. —Confiamos en que pueda estar con nosotros pronto. Sé que es su preferida, pero Miranda estará encantada de atenderle.

—Dígame ahora mismo dónde está.

—Doctor Wyatt, lo siento, pero...

Antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, Robert se había echado sobre la barra y había tomado a Simmons de la corbata.

Robert podía oír en su cabeza a Landon Wyatt gritando: «Nadie dice no a un Wyatt». Tal vez las había dicho en voz alta porque Miranda había empezado a chillar alarmada.

—Usted puede irse —le dijo a la mujer.

—Doctor Wyatt, todo esto no es más que un malentendido.

De pronto se dio cuenta de que estaba perdiendo la razón y soltó bruscamente la corbata de Simmons. En vez de dejarse llevar por su temperamento, debería haber optado por una postura negociadora diferente.

—¿Cuánto?

—¿Cómo? —preguntó Simmons sorprendido.

—¿Cuánto? —repitió Robert. —Le he asustado a usted y a sus empleados, y no era mi intención. Me gusta venir aquí y quiero volver cuando Jeannie regrese a su puesto. Me gustaría compensarle.

Aquello era lo más parecido a una disculpa porque los Wyatt no se disculpaban. Jamás.

—Digamos... ¿diez mil?

—¿Dólares?

—Veinte mil. Dólares —añadió para que no hubiera ninguna duda.

Al fin y al cabo, todo el mundo tenía un precio.

Jeannie estaba en un lío y tenía que ayudarla. Pero para poder hacerlo, tenía que saber dónde estaba. Si Simmons se negaba a aceptar el soborno, Robert tenía otras formas de dar con ella, pero tardaría más.

—¿Se da cuenta de cuántas leyes me está pidiendo que me salte?

—¿Se da cuenta de que no me importa? —replicó Robert.

Era un Wyatt y tenía dinero para conseguir lo que quisiera. Simmons también lo sabía.

—¿Me da su palabra de que no le hará daño?

—Ni siquiera pienso tocarla.

«A menos que me lo pida», pensó y rápidamente apartó aquella idea.

—Le ha surgido un imprevisto familiar.

De pronto se dio cuenta de que no llevaba veinte mil dólares encima. Sacó una tarjeta de crédito y la dejó sobre la barra.

—Pásela las veces que quiera.

Tras unos segundos de duda, Simmons tomó la tarjeta.

—Deje que le dé la dirección, doctor Wyatt.

Por fin.

Capítulo Tres

Jeannie se dejó caer en el escalón de hormigón de la entrada de la casa de Nicole, demasiado aturdida como para llorar.

Aquella era su casa ahora. Nicole había muerto y como no tenía más familia, Jeannie había heredado todo lo que su hermana tenía, incluyendo la casa donde se habían criado, un coche destartado, las facturas de la clínica de fertilidad y los gastos del entierro.

También el bebé. Melissa apenas tenía unos días de vida. No era justo que nunca fuera a conocer a su madre, ni que la familia que Nicole tanto había deseado...

Jeannie se frotó la cara. No era culpa de Melissa que el parto se hubiera complicado ni que Nicole hubiera sufrido un coágulo de sangre que no había sido diagnosticado hasta que había sido demasiado tarde. Iba a tener que demandar al hospital, pero no tenía fuerzas para enfrentarse a más papeleo ni a más responsabilidades.

Levantó la vista al cielo con la esperanza de encontrar una estrella que la guiara, que pudiera darle un poco de esperanza. Pero estaba en Chicago y la contaminación lumínica impedía ver las estrellas.

Se suponía que debía estar trabajando, preparándole su Manhattan al doctor Robert Wyatt, el hombre cuyas propinas le habían hecho sentirse económicamente estable por primera vez en su vida. Cien dólares la noche, cinco días a la semana durante casi tres años. El doctor Robert Wyatt había dado a Jeannie espacio para respirar, para soñar con una casa, con guiarse por sus propias reglas...

Claro que ahora que tenía un bebé del que hacerse cargo, además de una hipoteca y un montón de facturas, no podía respirar. Tendría suerte si cuando volviera a Trenton's conservaba su puesto de empleo. Eso, si podía volver a trabajar. Tal vez Julian le guardara su puesto una o dos semanas más, pero no dos meses. Tras una primera búsqueda de guarderías en

Chicago, solo había encontrado una que aceptaba niños a partir de seis semanas. Y el precio era tan desorbitado que había sonreído con amargura antes de apagar el ordenador. Si quería una guardería antes de que Melissa cumpliera los dos meses, iba a necesitar un dinero que no tenía. Aunque no se vieran las estrellas, se quedó mirando el cielo rojizo. Esta vez vio una luz parpadeante sobre su cabeza. Seguramente se trataba de un avión, pero aun así cerró los ojos y formuló un deseo.

No podía desear que Nicole volviera, ni eliminar todo el dolor que había marcado su vida. No tenía otra opción que seguir adelante.

—Necesito ayuda —murmuró.

Ayuda económica, ayuda con el bebé, apoyo emocional...

Se hizo un momento de silencio, pero si Jeannie esperaba una respuesta a sus oraciones, no la consiguió porque en ese preciso instante Melissa rompió a llorar.

Resopló y hundió el rostro entre las manos. Necesitaba unos segundos más para pensar, pero...

El bebé no podía dormir. ¿Sería porque ella no era Nicole o porque Melissa estaba enferma? ¿Debía llevarla a urgencias?

Si había alguien que lo sabía todo sobre niños pequeños ese era el doctor Wyatt, pero no podía recurrir a él en busca de consejo sobre una recién nacida inquieta. Él era cirujano, no un encantador de bebés.

—Por favor —susurró mientras Melissa se agitaba aún más.

Pero sabía que era inútil. Lo único que podía hacer era lo que siempre había hecho, seguir luchando. Jeannie no podía fallarle ni a su sobrina ni a su hermana.

Cerca, se oyó la puerta de un coche cerrarse y Jeannie alzó la vista. Había una limusina negra bloqueando el tráfico en medio de la calle, justo delante de su casa. Un hombre de escasa estatura vestido de uniforme estaba abriendo la puerta. Se hizo a un lado y un hombre salió de la parte trasera del vehículo.

Se trataba del doctor Wyatt, su mejor cliente además de su favorito. Se quedó con la boca abierta, viendo cómo sus largas piernas acortaban la distancia que los separaba.

—¿Estás bien? —preguntó al detenerse delante de ella.

—¿Qué está haciendo aquí?

No podía estar allí. Estaba hecha un desastre, con toda clase de manchas en la camisa.

Él se quedó mirándola con aquella intensidad a la que le había llevado meses acostumbrarse.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —mintió Jeannie y se puso de pie.

¿Qué otra cosa podía decir? Le gustaba como cliente. Era guapo, dejaba buenas propinas y nunca le había hecho sentir incómoda. Aparte de algún roce de manos, meramente accidental, nunca habían hecho nada juntos que no fuera crear el Manhattan perfecto.

De repente estaba allí, en casa de Nicole. El hombre que tenía delante parecía dispuesto a ofrecerle el mundo si se lo pedía.

—Si todo va bien, ¿por qué no has ido a trabajar? —preguntó frunciendo el ceño.

—¿Es por eso por lo que ha venido?

—Me prometiste que volverías hoy y no ha sido así. Dime si pasa algo para que pueda solucionarlo.

Ella parpadeó. ¿Se habría cumplido su deseo?

—Esto no puede arreglarlo.

—Claro que puedo —gruñó. —Necesito tenerte allí, Jeannie —añadió subiendo los escalones. —Necesito...

Sin pensárselo, le puso una mano en el pecho para detenerlo porque no podía permitir que se acercara. Sintió sus músculos tensándose bajo su mano. Había sido un error tocarlo. Las chispas que había sentido cuando lo había rozado una semana antes en el bar no eran nada en comparación con la corriente que se desató entre ellos en aquel momento.

Él bajó la vista adonde lo estaba tocando y ella siguió su mirada. No llevaba corbata, algo inusual en él, y se quedó mirando el pequeño triángulo de piel que asomaba por el cuello desabrochado de su camisa. Luego sintió sus dedos acariciándole la mejilla y suspiró cuando un escalofrío le recorrió la espalda.

—Jeannie —susurró y le hizo levantar la barbilla hasta que no quedó otra opción que mirarlo a los ojos. Su mirada, normalmente gélida, era cálida y prometedora. —Necesito...

Iba a besarla, iba a unir su boca perfecta a la suya y estaba dispuesta a permitírselo. Justo al sentir su aliento junto a sus labios, el llanto de Melissa rompió el silencio.

—¡Ay, el bebé! —exclamó y se apresuró al interior de la casa.

—¿El bebé? —repitió siguiéndola.

Cuando llegó a la habitación de la niña, Melissa tenía el rostro congestionado, el cuerpo rígido y agitaba los brazos en el aire. ¿Sería normal o le dolería algo?

—Lo siento, lo siento —dijo Jeannie mientras la tomaba en brazos y le sujetaba la cabeza tal y como le había enseñado la enfermera.

No debía de estarlo haciendo bien, porque la niña lloró con más fuerza.

—Oh, cariño, cuánto lo siento. ¿Qué te pasa?

Melissa gritó y Jeannie no pudo contener las lágrimas. No soportaba la idea de haber perdido a su hermana.

—A ver, déjame a mí —dijo una voz grave mientras el bebé era apartado de sus brazos.

Parpadeó varias veces, pero estaba tan cansada que no le veía sentido a lo que tenía delante. El doctor Robert Wyatt, uno de los solteros más deseados de Chicago, un hombre tan frío y distante que Jeannie había tardado años en sentirse cómoda ante sus silencios, estaba tumbando a Melissa en el cambiador.

—¿Qué... qué está haciendo? —preguntó Jeannie.

En vez de contestar, Robert sacó su teléfono móvil.

—Reginald, tráeme mi maletín.

—¿Su maletín?

—¿Qué tiempo tiene esta niña, ocho días?

—Nueve. Mi hermana se puso de parto justo el último día que nos vimos.

Trató de contarle todo lo que había pasado, pero de pronto se quedó sin respiración.

Robert tateó algo y el bebé cesó su llanto.

—¿Qué puntuación tuvo en la prueba de Apgar?

—¿En la prueba de qué?

¿Quién demonios era aquel hombre? El doctor Wyatt que conocía no tataraba para tranquilizar bebés.

—¿Dónde está la madre?

— Tuvo un coágulo de sangre y...

—¿Y el padre?

—El niño fue concebido con el espermatozoides de un donante.

Volvió a tararear de nuevo y justo entonces llamaron a la puerta. Melissa rompió a llorar de nuevo y Jeannie deseó cobijarse en los brazos de Robert y pretender que la última semana había sido una pesadilla.

—Mi maletín, ¿puede traérmelo, por favor?

—Claro —contestó Jeannie, y al abrir la puerta, allí estaba el hombre del coche. —¿Reginald?

—Señorita —replicó, y se quitó el gorro con una mano mientras con la otra le ofrecía un gran maletín. —He venido a dejarle esto al doctor Wyatt.

—Yo se lo daré, gracias.

—Es normal que los bebés lloren, señorita —dijo entregándole el maletín. —El doctor se asegurará de que no le pase nada. No se preocupe. Ya verá como todo se soluciona.

Aquellas amables palabras fueron un bálsamo.

—Gracias —le dijo Jeannie de todo corazón.

Reginald volvió a ponerse su gorro y Jeannie regresó con el maletín a la habitación del bebé. Melissa seguía llorando, seguramente porque Robert le estaba pellizcando el brazo.

—¿Qué está haciendo?

—Presenta buena elasticidad de la piel y sus pulmones funcionan bien —contestó con tranquilidad. —Ah, el maletín. Acércate y cuéntamelo todo.

Jeannie obedeció y sujetó a Melissa poniéndole la mano en el vientre mientras Robert rebuscaba en el maletín.

—No ha dejado de llorar desde que la traje a casa hace dos días. Nicole no llegó a salir del hospital. No sé nada de bebés.

—De eso no hay duda. ¿En qué hospital nació? ¿Quiénes fueron los médicos?

Sacó un estetoscopio y una pequeña linterna. Debía de ser su maletín para casos de urgencia.

—En Covenant. El ginecólogo era un señor mayor, creo que se llamaba Preston. No recuerdo el nombre del pediatra.

En algún momento, Robert se había quitado la chaqueta y se había remangado la camisa sin que ella se hubiera percatado. Todavía llevaba el chaleco, pero había algo en él que...

Había estado a punto de besarla y casi se lo había permitido. El hombre al que no le gustaba que lo rozaran, que no demostraba ninguna emoción, la había tocado y casi la había besado. Y lo que era todavía más extraño: estaba tocando a Melissa. Aquello no tenía sentido.

Robert auscultó el pecho de Melissa y luego le examinó la boca y los oídos antes de presionarle el estómago. Con un grito desgarrador, el bebé dejó escapar una ventosidad.

—Cielo santo, lo siento mucho —farfulló Jeannie.

—Lo que creía —dijo Robert, y siguió auscultándole el vientre.

—¿Qué significa?

Aquella era la conversación más larga que Jeannie había tenido con él.

—¿Cuánto hace que le has dado de comer por última vez?

—Unos cuarenta y cinco minutos. Se tomó unos cincuenta gramos.

Por suerte, había encontrado varios vídeos en YouTube explicando cómo dar de comer a un bebé.

—¿Con qué la alimentas?

—El hospital me dio leche de fórmula, ahora mismo no recuerdo la marca.

—Tráela.

Corrió a la cocina y tomó el bote y el biberón que no había limpiado todavía. Cuando volvió a la habitación del bebé, Robert le había cambiado el pañal y estaba envolviendo a Melissa en una manta, dejando visible tan solo la cabeza.

—A los recién nacidos les gusta estar envueltos —explicó y, como por arte de magia, Melissa dejó de llorar. —Están acostumbrados a estar en el vientre materno, sin espacio para moverse.

—Yo pensaba que... No quería que pasara demasiado calor.

—Puedes envolverla en una manta vestida tan solo con el pañal. Le encantará.

Tomó al bebé en brazos y se volvió hacia Jeannie, dirigiéndole una mirada crítica.

—¿Dónde aprendió a hacer eso?

—¿A hacer el qué?

—A cambiar pañales, a envolver a un bebé con una manta... ¿Dónde aprendió a cuidar bebés?

La miró arqueando una ceja y ella se sonrojó.

—No es tan complicado. Algunos bebés necesitan lo que llamamos un cuarto trimestre de embarazo, tres meses más para madurar antes de sentirse cómodos. Estréchala contra tu pecho todo lo que puedas. No tiene por qué llorar —dijo y sus labios se curvaron en una sonrisa, —a pesar de lo que digan en internet.

Acunó a Melissa contra su pecho como si fuera la cosa más sencilla del mundo. A diferencia de Jeannie, no parecía preocupado por cómo sostenerle la cabeza. Tampoco parecía importarle que el bebé le manchara aquel traje que debía de costar miles de dólares.

—Tenga —dijo tendiéndole el bote de la leche de fórmula.

Con expresión crítica, leyó la marca. Luego, volvió a sacar su móvil.

—¿Reginald? Vete al supermercado más cercano y compra lo que voy a decirte.

Le dio tal listado de artículos de bebé que Jeannie se sintió aturdida. Después de colgar, señaló con la cabeza el bote de leche de fórmula.

—Esa marca tiene soja. Sus síntomas concuerdan con cierta reacción a la soja.

—¿Llorar es un síntoma?

—Tiene molestias en el estómago y no debería estar tan colorada. Eso significa que algo no está tolerando bien. Reginald nos va a traer otras marcas.

—Así que, ¿no le pasa nada?

—No. Claro que también podría ser un cólico o algo más serio.

Jeannie palideció. ¿Algo más serio?

—Estoy casi seguro de que es la leche.

—Ah, menos mal —dijo aliviada.

El bebé tenía un estómago delicado. Jeannie no estaba haciendo nada mal. Al fin y al cabo, en el hospital le había dado aquella leche de fórmula.

—¿Estás bien? —preguntó Robert mirándola.

Solo él podía hacer aquella pregunta. Empezó a reírse a carcajadas hasta acabar sollozando y empezó a hablar a borbotones.

—Por supuesto que no estoy bien. Acabo de enterrar a mi hermana y hay tantas cosas que no nos hemos dicho... Ahora soy responsable de una recién nacida, pero no tengo ni idea de lo que estoy haciendo ni tampoco tengo dinero suficiente para ocuparme, y ahora usted está aquí, lo cual está bien, pero... ¿por qué está aquí, Robert?

Se quedó mirándola fijamente. Se hubiera sentido intimidada si no hubiera estado dibujando pequeños círculos en la espalda del bebé.

—No estabas en el bar.

—Esto —dijo agitando la mano en el aire, —se considera una emergencia.

—Sí —convino, sin dejar de mirarla con sus ojos gélidos. —¿Cuándo vas a volver?

Si hubiera sido otra persona, lo habría echado. Pero a pesar de todo, no podía hacerlo. Había examinado a Melissa y la había calmado. Había encontrado el motivo por el que no paraba de llorar y había mandado a Reginald a comprar una marca de leche diferente.

—¿Por qué tengo que volver al trabajo? —preguntó ella.

No podía olvidar que estaba ante el doctor Robert Wyatt, un hombre de pocas palabras y profundas emociones. Su pregunta lo había desconcertado.

—Porque... —comenzó y cerró la boca para volver a abrirla al cabo de unos segundos, —porque he tenido un mal día.

Parecía completamente perplejo.

—Siento oír eso. Yo tampoco estoy pasando por un buen momento —dijo en tono jocoso aunque Robert no sonrió. —Escuche, no sé qué decirle. Tengo que pensar en el bebé primero, en ese bebé que tiene en brazos. Ahora es lo más importante de mi vida, lo único que tengo. Así que no puedo volver al trabajo hasta que averigüe cómo cuidar de la niña, pagar una guardería, demandar al hospital por negligencia, saldar las deudas de mi hermana y poner orden en mi vida. Tendrá que encontrar a otra que le sirva un Manhattan.

Si le molestó que le levantara la voz, no lo demostró.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo? Muy bien. Miranda sabe muy bien cómo servir... ¿Qué está haciendo?

Acababa de sacar el móvil otra vez.

—No me gusta Miranda —dijo y, antes de que Jeannie pudiera contestar, siguió hablando—: ¿Len? Aquí Wyatt. Tengo un caso de negligencia para ti. Muerte en el parto. Quiero que pongas a tu mejor gente a ello. En cuanto tenga toda la información, te la mandaré.

—¿Robert?

No había ninguna duda de que estaba teniendo un mal día. Pero... ¿acababa de contratar un abogado para ella?

—Un momento.

Estaba marcando otro número sin dejar de sostener a Melissa en brazos, que era más de lo que Jeannie había podido hacer en los últimos dos días.

—¿Kelly? Voy a necesitar una niñera a tiempo completo para que se ocupe de un recién nacido. Sí, tenme preparada una lista para mañana a las once. Yo mismo me ocuparé de hacer las entrevistas en cuanto salga del quirófano.

—Espere, ¿qué está haciendo?

—Mi abogado se encargará de la demanda, aunque dudo que llegue a haber juicio. El hospital querrá llegar a un acuerdo, así que tendrás suficiente para cuidar de la pequeña.

Reconoció el tono de amenaza. Era el mismo que había empleado en aquella ocasión en que una mujer había intentado sobrepasarse con él. Estaba ante Robert Wyatt, un hombre importante que tenía el poder de

conseguir que todo el mundo se doblegara a su voluntad. No podía olvidarlo.

—Melissa.

—¿Qué?

—Se llama Melissa.

—Bien.

Apoyó la barbilla en la cabeza de la niña y, de repente, sonrió.

No era una sonrisa amplia, pero era la suya, aquella que la mayoría de la gente no percibía. Pero ella sí y, sencillamente, tenía un efecto devastador.

Tenía que estar soñando todo aquello. Era imposible que el doctor Robert Wyatt estuviera allí, en la que había sido la habitación de Jeannie cuando era niña, acunando a un bebé y haciendo que, de alguna manera, todo fuera mejor o, al menos, más soportable.

—Mañana antes de las dos habré conseguido una niñera. Supongo que para el miércoles podrás volver al trabajo.

—¿Cómo?

—No sabes cuidar de un recién nacido y necesito que vuelvas al trabajo. Voy a contratar a una niñera para que te ayude —dijo y miró su alrededor. —Y a una asistenta.

—No sé si sentirme ofendida o agradecida —comentó viéndolo volver a tomar el teléfono.

—Agradecida.

—No voy a volver al trabajo el miércoles.

Robert se quedó inmóvil con el teléfono junto a la oreja.

—También voy a necesitar una asistenta tres días a la semana. Gracias —dijo y terminó la llamada. —¿Qué quieres decir con que no vas a volver?

—Doctor Wyatt... —comenzó y trató de mantener la calma. —Siento que no tenga un buen día y agradezco que quiera solucionar mis problemas, pero no voy a volver al trabajo esta semana y tal vez tampoco la que viene.

—¿Por qué no? —dijo con tono gélido. —¿Qué más cosas necesitas?

—Llorar a mi hermana.

Capítulo Cuatro

Jeannie le estaba gritando. Aquello era... interesante.

Al igual que la respuesta de Robert. Poca gente le levantaba la voz y le resultaba curioso sentir su cuerpo tensándose, su columna poniéndose rígida y su rostro palideciendo.

Era consciente de que Jeannie estaba disgustada por las circunstancias, pero sabía que no iba a atacarlo. Se obligó a relajarse y soltó el aire que estaba conteniendo. Ni Jeannie era su padre ni estaba ante una situación peligrosa.

En el trabajo, cuando recibía malas noticias, seguía un guion preestablecido. Presentaba sus condolencias, prometía hacer todo lo posible para mejorar las cosas y se concentraba en las válvulas cardíacas, en la cantidad de sangre bombeada y en los resultados de la operación. Nadie quería hablar con él cuando les había fallado.

También estaba el bebé, Melissa, como Jeannie le había dicho que se llamaba. Robert no solía usar el nombre de sus pacientes cuando pensaba en ellos porque no quería encariñarse con ninguno de aquellos niños que podían sobrevivir un día, una semana o incluso un año.

Pero Melissa no era una paciente. No recordaba la última vez que había sostenido en brazos un niño sano. Su corazón y sus pulmones parecían fuertes. Era simplemente un bebé que necesitaba cambiar la marca de leche que tomaba.

Aparte de las condolencias, nada de su discurso habitual era aplicable en aquella situación. Ya había hecho todo lo posible por arreglar la situación y, de alguna manera, eso había disgustado a Jeannie. Si no estuviera tan preocupado por su reacción, habría intentado comprender mejor lo que había pasado.

Pero estaba preocupado. Jeannie no era la madre de un paciente. Era... Bueno, tampoco podía decir que fuera una amiga. No formaba parte

de sus relaciones laborales ni personales. Simplemente era la mujer a la que había estado a punto de besar. Y todo, porque cuando había aparcado delante de su casa, le había parecido que estaba allí, esperándolo.

Por suerte, no la había besado. No parecía estar dispuesta a vivir una aventura en aquel momento. Estaba hecha un desastre. Su pelo corto estaba revuelto en todas direcciones, tenía ojeras y la camiseta manchada y raída que llevaba le caía sobre un hombro, dejando ver el tirante azul del sujetador.

Apartó la vista de aquel tirante. No solía afectarle ver piel desnuda, pero conocer el color de su sujetador le hacía sentirse... incómodo.

No era la reacción más adecuada cuando estaba allí sentada, llorando en silencio. Le dolía verla así y saber que estaba sufriendo. Aunque lo que más le dolía era sentirse como un canalla por no estar haciendo nada realmente por ella. Los abogados, la niñera, la asistenta... todo eso lo hacía por su propio beneficio. Cuanto antes resolviera los asuntos de Jeannie, antes volvería a tenerla para él.

Se pasó la mano por las mejillas y lo miró.

—Lo siento —murmuró.

—¿Cómo dices?

Jeannie sollozó y a Robert le dolió como si hubiera recibido un golpe en los riñones.

—No era mi intención gritarle. No es culpa suya que todo se haya ido al infierno. Además, está intentando ayudarme, ¿no es así?

Tenía que decir algo amable, considerado y apropiado. Algo que arreglara las cosas o, al menos, que las mejorara.

El timbre sonó.

—Ese debe de ser Reginald —dijo y corrió a abrir la puerta.

—Tenían todo menos una marca —dijo su chófer cargando con las bolsas.

—Apúntatelo para que lo manden mañana.

Robert se hizo a un lado y Reginald asintió al entrar en la casa para dejar las bolsas. Un delicioso aroma a pollo lo acompañaba.

—¿Qué traes?

—Pensé que a la joven le vendría bien comer algo —contestó Reginald señalando con la cabeza a Jeannie, que estaba en mitad del pasillo, desconcertada. —Es difícil cocinar con un recién nacido.

—Es muy amable por su parte. Todavía no he comido nada hoy —dijo ella con voz temblorosa.

Robert experimentó un ataque de celos irracional. Reginald no necesitaba seguir un guión. Llevaba cuarenta años casado, tenía cuatro hijos y pronto sería abuelo. Si alguien podía ayudar a Robert a transmitir sus condolencias, ese era Reginald.

Pero entonces, la voz de Landon prorrumpió en su cabeza: los Wyatt nunca pedían ayuda.

Reginald era un empleado y Robert le pagaba muy bien para que no le faltara nada, y eso era precisamente lo que estaba haciendo. Simplemente, no se le había ocurrido a Robert que Jeannie no hubiera comido.

Reginald sonrió a Jeannie.

—¿Dónde quiere que le deje la compra?

—La cocina está por aquí —dijo y pasó junto a Robert y Melissa con la mirada perdida. —Muchas gracias por esto.

Robert bajó la mirada. Melissa se había dormido, así que la llevó a la habitación y la dejó en la cuna. Al ver sobre el colchón una manta y dos peluches, frunció el ceño y los sacó por el riesgo de asfixia que entrañaban. Era evidente que Jeannie no sabía lo que hacía.

Si no hubiera querido entrevistar personalmente a las candidatas a niñera, habría pedido que mandaran una esa misma noche. Tal vez debería quedarse en vez de...

Enseguida apartó aquel pensamiento. Al día siguiente tenía una operación y tenía que estar en el hospital a las cuatro de la mañana. Nunca había sido de dormir mucho, pero necesitaba descansar al menos cuatro horas los días en que operaba. No le gustaba correr riesgos cuando había vidas en juego.

Se quedó observando a Melissa mientras le llegaban sonidos desde la cocina. Había tratado a muchos niños en su carrera, pero aquella pequeña era diferente y no sabía muy bien por qué.

—Déjala dormir —le susurró al bebé.

Cuando volvió al salón de aquella casa diminuta, Jeannie se estaba despidiendo de Reginald.

—Muchas gracias por todo. ¿Cuánto le debo?

Reginald miró a Robert por encima del hombro de Jeannie.

—Eso es todo, Reginald.

—Señorita, ha sido un placer —dijo, y con una inclinación de cabeza, cruzó la puerta antes de que Jeannie pudiera protestar.

Se hizo un tenso silencio y Robert tuvo la sensación de que en vez de estarle arreglando las cosas, las estaba empeorando.

—Robert...

Parecía triste o tal vez solo cansada. No podía distinguirlo y eso le molestaba. Aquella era Jeannie y la conocía mejor que a ninguna otra persona.

—Te recomendaría que empieces con esta marca de leche —dijo tomando un bote. —No contiene soja. Tardará uno o dos días en eliminar la que estaba tomando. Si empeora, llámame.

Jeannie hundió el rostro en sus manos.

—Robert...

—La niñera llegará mañana a las dos a lo más tardar. Ella te enseñará todo lo que debes saber. No metas mantas ni peluches en la cuna.

—Robert... —dijo apartando las manos de la cara, y se quedó mirándolo fijamente.

Inexplicablemente, su corazón se aceleró. ¿Estaba sudando? Sí, qué cosa tan extraña en él.

—¿Necesitas ayuda económica? Me refiero hasta que Len cierre un acuerdo con el hospital. Si es así, dímelo, puedo...

—Déjelo.

Aunque no había levantado la voz, sintió su fuerza. Tragó saliva. Estaba bastante seguro de que era síntoma de que estaba nervioso, lo cual era ridículo, porque no lo estaba. Él era un Wyatt y los Wyatt no se ponían nerviosos.

Aun así, dejó de hablar, con lo que volvió a hacerse un incómodo silencio entre ellos.

Jeannie se pasó las manos por el pelo y lo miró antes de darse la vuelta y recorrer los tres pasos que había hasta la cocina.

¿Qué estaba pasando? Echó a andar tras ella, pero apenas había avanzado un paso, ella se dio la vuelta con los brazos en jarras.

—Robert...

—He dejado a Melissa en la cuna. Estaba dormida.

Jeannie pareció sentir alivio, pero no se detuvo. Por increíble que fuera, Robert reculó. Había aprendido por las malas que los Wyatt nunca se retiraban, y menos aún se acobardaban.

Pero ante ella, había dado un paso atrás. Entonces, recuperó la compostura y se quedó donde estaba. Volvió a tragar saliva y no tuvo ninguna duda de que estaba nervioso.

—¿Por qué está haciendo esto, Robert?

¿Cómo explicarlo? Lo cierto era que la necesitaba. Tenía problemas que la impedían estar donde la necesitaba, así que se había propuesto solventarlos.

Pero no dijo nada de eso.

—Necesitas ayuda —fue la respuesta que le dio.

—¿Así que eso es todo? ¿No va a decirme por qué ha averiguado mi dirección y examinado a mi sobrina? ¿Por qué se niega con esa condescendencia a responder a una simple pregunta?

—No soy condescendiente —replicó antes de que pudiera pensárselo mejor.

—Por supuesto que no —replicó ella con ironía. —Si no me dice por qué, voy a tener que pedirle que se vaya y que no vuelva.

Una sensación de pánico lo invadió.

—Te necesito en el bar.

—Miranda es perfectamente capaz de prepararle su bebida. Le he enseñado y he dejado hecha suficiente mezcla para unos cuantos meses. En el peor de los casos, puedo ir y dejar preparado más.

—Pero ella no eres tú.

—¿Y eso es un problema? —preguntó frunciendo el ceño.

La tenía demasiado cerca. Le llegaba el olor agrio de la leche en su camiseta y podía ver sus ojos irritados. También otras cosas que se le

habían escapado bajo la luz tenue de la barra de Trenton's. Su pelo oscuro tenía reflejos rojizos y sus ojos eran marrones con motas verdes y doradas.

—Yo... Con ella no puedo hablar como contigo.

—Robert, lo nuestro no es una conversación —dijo sin disimular su desesperación. —Me refiero a que tengo la sensación de que usted no va por ahí hablando con cualquiera. Es su forma de ser.

—Pero tú eres diferente.

Se quedó inmóvil al sentir su contacto y fue entonces cuando Robert se dio cuenta de que la estaba tocando. Su mano había acabado junto a su mejilla, al igual que un rato antes. Su piel era cálida y suave.

—No tengo dinero para devolvérselo —susurró, y cubrió su mano con la suya.

Pero en vez de apartársela, la apretó con fuerza contra su mejilla.

—Por eso es por lo que eres diferente. El resto de la gente me miraría y ¿sabes lo que haría? —preguntó, y al verla negar con la cabeza, continuó. —Harían un cálculo de lo que podrían sacarme, de lo que harían para conseguirlo. Tu Miranda...

—Le gusta flirtear con todos. Cuantos más halagos, mejores propinas. Así es como funcionan las cosas. Todo el mundo lo hace.

—Tú no, al menos, no conmigo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, buscando su contacto.

Sin pararse a pensar, la rodeó por la cintura y la atrajo hacia su pecho.

—Puede que haya hecho algunas amenazas y, para arreglarlo, haya recurrido al soborno.

Resopló, pero no se apartó. Durante años, había contenido aquella parte de él, negándose a que Landon saliera triunfante. Pero esa noche, se había comportado como un Wyatt. Por suerte, ella no había estado allí para verlo.

—Oh, Robert, ¿solo porque no estaba allí?

—Sí.

—Vaya.

Su cuerpo suave y cálido se recostó contra el suyo. Era un placer sentirla entre sus brazos, sus pechos presionando su torso. ¿Cuánto tiempo llevaba esperando aquel momento?

—Me estás tocando —murmuró, encajando la barbilla en su cuello.

—Así es —replicó y sintió sus labios junto a su piel. —Sé que no le gusta que lo toquen.

Por eso necesitaba verla esa noche y convencerla de que volviera detrás de la barra, porque lo conocía bien. Aunque si hubiera vuelto detrás de la barra, no estaría disfrutando de aquel momento con ella. Jeannie suspiró y lo rodeó por la cintura con sus brazos. Su pecho se fundió con el de él. Estaban demasiado cerca y podía ser peligroso, pero...

La atrajo en lo que se dio cuenta de que era un abrazo.

—Siento tu pérdida. Debías de quererla mucho.

—No lo suficiente. Es... es complicado. Teníamos una relación complicada y pasamos cinco años sin hablarnos. Justo estábamos buscando la manera de volver a ser una familia —dijo sollozando, —y ya no lo conseguiremos nunca.

—Siento oír eso —se lamentó con una extraña sensación en el pecho.

—No puedo volver al trabajo ahora mismo, ¿lo entiende? Tengo que cuidar de Melissa y organizar las cosas y, de alguna manera, honrar a mi hermana, a nuestra familia.

—Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla —dijo y le secó las lágrimas con los pulgares.

—¿Se refiere además del abogado, la niñera, la asistente y su chófer haciéndome la compra? —preguntó con una sonrisa temblorosa.

—Sí.

—¿Puede decirme por qué está aquí?

Abrió la boca para decirle que el único motivo era para hablar con ella, pero estaba pasando un mal momento. Y aunque las cosas tampoco iban bien para él, no podía soportar la idea de añadirle más carga.

—No, no quiero ponértelo más difícil.

¿Era decepción lo que veía en sus ojos? ¿O tan solo alivio?

—Entiende que puede que no vuelva al trabajo, ¿verdad? Julian me guardará el puesto unas cuantas semanas, pero...

—Seguirá teniendo trabajo —la interrumpió Robert. —Si es necesario, compraré el restaurante por tres veces su valor.

—¿Haría eso por mí?

Abrió los ojos como platos, pero no se apartó.

—Si hace falta, sí —contestó bajando la vista a sus labios.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho —dijo con tono áspero.

Apartó la mirada de su boca y le pareció ver un gesto de desconcierto en su cara. Estaba más cerca de besarla que nunca.

—Dímelo otra vez —susurró Jeannie junto a sus labios.

—Porque te necesito —replicó y unió su boca a la suya.

Capítulo Cinco

Hecho: Robert la estaba besando.

Hecho: No le gustaba que lo tocaran, pero a la vista de cómo su boca se movía junto a la suya, de cómo sus manos sujetaban su cara y ladeaba la cabeza para besarla, parecía sentirse a gusto con aquella clase de contacto. Pero eso solo la conducía a...

Hecho: el doctor Robert Wyatt, heredero de la fortuna Wyatt, uno de los cinco solteros más ricos de Chicago, iba a conseguirle un abogado, una niñera, una asistenta y, al parecer, estaba dispuesto a comprar un restaurante solo para que pudiera servirle su Manhattan.

E inevitablemente volvía al primer hecho: la estaba besando.

Una cálida sensación se extendió desde donde la estaba rozando, provocándole el placer más dulce que jamás había sentido.

¿Cuándo se había duchado por última vez?

Aquella idea la impulsó a romper el beso, lo cual era una lástima, porque a pesar de su comportamiento autoritario, condescendiente y amenazante, besaba muy bien.

Era el hombre ideal en el momento equivocado. Ese era el pensamiento que se le pasó por la cabeza mientras lo miraba fijamente, con respiración agitada. Jeannie se cruzó de brazos para contener un escalofrío.

—No ha sido...

Parecía estar volviendo en sí. Fue a ajustarse los puños, pero se dio cuenta de que llevaba las mangas enrolladas hasta los codos.

—No ha sido mi intención —concluyó.

—Cielo santo, Robert.

Había besado a Robert Wyatt, su cliente favorito, el hombre que había protagonizado sus sueños y fantasías durante años. Pero a pesar de que recordaría aquel beso durante años, nada cambiaba.

—¿Qué? —preguntó frunciendo el ceño.

—Eso no es lo que se le dice a una mujer después de besarla.

—¿Ah, no?

—No.

Respiró hondo, pero no fue una buena idea. Sin la barra separándolos ni los efluvios de las bebidas alcohólicas alterando su olfato, aspiró su colonia, una fragancia intensa y especiada.

Se dirigió a la cocina, de donde provenía un delicioso aroma a pollo. Su estómago gruñó, y se dio cuenta de que tenía hambre. Si Melissa dormía un rato más, Jeannie podría comer y darse una ducha. Pero era mucho suponer. El bebé nunca dormía más de treinta minutos. De hecho, Jeannie tenía suerte de haber podido disfrutar de uno de los mejores besos de su vida sin interrupción.

—¿Qué se supone debo decir?

Era evidente que aquel hombre estaba perdido y Jeannie tuvo que contener la sonrisa.

—Algo que no suene como si no hubieras querido besarme —dijo, y agitó una mano en el aire. —Pero no es importante.

Un extraño sonido llamó la atención de Jeannie que, al volverse, vio que Robert no solo gruñía, sino que se movía deprisa. Ya se había vuelto a bajar las mangas.

—Tú eres importante —dijo.

Si cualquier otra persona hubiera dicho eso con aquel tono, habría sonado a amenaza. Sin embargo, su voz sonó posesiva y exigente a la vez, pero no amenazante. Era una promesa.

—El beso ha sido importante —continuó él, sus ojos azules fieros y sorprendentemente cálidos. —Pero no quiero hacerte sentir que me debes un beso. No se trata de eso. Yo no soy así.

—Entonces, ¿de qué se trata? —preguntó y tragó saliva. —¿Cómo eres?

Robert abrió la boca y enseguida dio un paso atrás y la cerró. Una vez más, se ajustó los puños.

—¿Estarás bien esta noche? Puedo pedir que te envíen una niñera.

Una parte de ella se alegró de que no sugiriera quedarse, porque habría aceptado. Otra se sintió decepcionada de que Robert volviera a ser el doctor Wyatt, porque ese beso podía ser el preámbulo de algo increíble. Aquella precisión y aquel control combinados con el calor que había sentido mientras sus cuerpos se habían rozado...

—Estaremos bien —dijo apoyando la mano en su brazo.

A pesar del tejido de algodón de la camisa, sintió la fuerza de sus músculos.

—¿Estás segura?

—Claro. Conozco a un hombre muy amable que me ha enseñado a envolver al bebé con una manta, me ha conseguido varias marcas de leche de fórmula y, en definitiva, ha sido muy atento —dijo apretándole el brazo.

Le apartó la mano de su brazo y el corazón le dio un vuelco porque volvía a ser el doctor Wyatt y no debería estar tocándolo. Pero de nuevo la sorprendió porque no la soltó la mano. En vez de eso, se la llevó a los labios y, con aquel amago de sonrisa en sus labios, le besó los nudillos.

Parecía un gesto anticuado sacado de una novela romántica, pero le agradó.

Debía de ser un hombre increíble. Siempre había conseguido contener sus fantasías eróticas con aquel hombre, pero en ese momento le resultaba imposible, teniendo sus labios tan cerca.

La soltó y se acercó a una pizarra que Nicole tenía junto a los ganchos para los abrigos. Tomó el rotulador y comenzó a escribir.

—Este es mi número personal. Puedes llamarme o mandarme un mensaje cuando quieras. Tengo una operación por la mañana, así que voy a dejarte también el de mi asistente.

Jeannie estuvo a punto de protestar y decir que podía arreglárselas otras veinticuatro horas, pero Robert se adelantó.

—Vendré mañana por la noche a ver si ya está instalada la niñera.

La idea le provocó un estremecimiento a pesar de que sabía que no tenía sentido.

—No hace falta.

—No estoy de acuerdo.

—Todo estará bien.

—Entonces, vendré a disfrutar del placer de tu compañía.

Los pulmones se le quedaron sin aire. Aquella frase viniendo de Robert... Sí, sería todo un placer.

—¿Puedes contarme qué es lo que te preocupa?

Una sombra oscureció su mirada. Jeannie sintió que retrocedía tanto emocional como físicamente, porque abrió la puerta y salió de casa de Nicole.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó, hablándole a su espalda.

Estaba a mitad de los escalones cuando se volvió con aquella expresión de desconcierto.

—Porque no quiero ponerte en peligro.

Entonces se dirigió hacia donde Reginald estaba esperando con la puerta del coche abierta.

El chófer se despidió de Jeannie con una inclinación de cabeza y enseguida se fueron.

Melissa estaba llorando como de costumbre cuando el timbre sonó.

—¡Un momento! —gritó Jeannie.

A pesar de las veces que había visto el tutorial, no conseguía envolver al bebé en la manta. Al menos, no como lo había hecho Robert. Y aunque Melissa había dormido más después de tomar la leche sin soja que Robert le había recomendado, Jeannie seguía cansada y sin ducharse. Había conseguido dormir noventa minutos, todo un logro, pero seguía sin ser suficiente.

Levantó a Melissa y se conformó con arroparla con la manta.

El timbre volvió a sonar justo cuando su teléfono recibía un mensaje. Miró la pantalla y vio que era de Robert.

—Maja Kowalczyk. Escríbeme inmediatamente si no te gusta.

Al texto le acompañaba la fotografía de una mujer madura, con el pelo recogido en un moño y el rostro surcado de arrugas.

—¿Señorita Kaufman? ¿Puede abrir la puerta? —se oyó una voz por encima del llanto de Melissa.

Robert tenía suerte de que hubiera podido mirar su teléfono. Seguramente esperaba que lo dejara todo para responderle cuando, lo cierto era que contestarle era una quimera. Tanto como ducharse.

Jeannie se guardó el teléfono en el bolsillo y se dio por vencida con la manta. Tomó a Melissa en brazos y la estrechó contra su pecho, como le había visto hacer a Robert la noche anterior.

El timbre sonó y esta vez lo acompañaron unos golpes en la puerta. Su teléfono volvió a vibrar, pero lo ignoró y se fue a abrir.

—Ya voy.

Al abrir la puerta, Jeannie se encontró a la mujer de la foto. Le sorprendió verla con una pequeña maleta de ruedas.

—Estupendo —dijo la mujer sonriendo. —Sí, está aquí. Todo está bien. Gracias, doctor Wyatt.

Jeannie se dio cuenta de que Maja no estaba hablando con ella sino por teléfono, con Robert.

La niñera terminó la llamada y entrelazó las manos sobre su pecho generoso. Llevaba un vestido de flores y una rebeca, a pesar de que hacía veinticinco grados.

—Hola, señorita Kaufman, soy Maja Kowalczyk.

—Hola, llámeme Jeannie.

—El doctor Wyatt me dijo que necesitaba... —comenzó, y su voz se entrecortó al reparar en Melissa y Jeannie. —Pobrecitas. ¿Puedo pasar?

—Supongo que sí.

No estaba segura de no haber alucinado la noche anterior. Había pedido un deseo a no sabía qué y entonces Robert había aparecido, la había besado y había solucionado sus problemas antes de desaparecer en medio de la noche. Aquello podía ser lo mismo un sueño que una pesadilla. Resultaba increíble ver a Maja entrando en la casa y tirando de su maleta. Jeannie echó un vistazo fuera y no vio ningún coche bloqueando el tráfico ni ningún atractivo millonario subiendo los escalones, empeñado en poner su vida patas arriba.

Maja ahogó una exclamación al ver aquel desorden y Jeannie supuso que si fuera un sueño, la casa estaría más limpia. Lo había intentado, pero las tareas del hogar nunca habían sido una prioridad para ella, algo que sacaba de quicio a Nicole. Todo seguía hecho un desastre.

—Disculpe este desorden —dijo Jeannie, y Maja sacudió la cabeza.

—Ese simpático doctor Wyatt me ha explicado su situación. Siento mucho lo de su hermana.

De pronto, se encontró aprisionada contra el pecho de Maja y los ojos se le humedecieron. No conocía a aquella mujer y confiaba en que Robert supiera lo que estaba haciendo al contratarla.

—A ver —dijo Maja dando un paso atrás, completamente decidida. —Voy a ocuparme de esta niña mientras usted, querida, se ducha y descansa un rato, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —replicó Jeannie, y al ver que Maja iba a tomar a Melissa, se lo impidió—: Antes de nada, quisiera saber qué cualificación tiene.

Cualquier cualificación sería mejor que la que pudiera tener Jeannie, pero si iba a dejar a Melissa con una completa desconocida e irse a dormir, quería garantías. Estaba segura de que Robert no contrataría a cualquiera, pero quería tomar parte en aquella decisión. Robert estaba dispuesto a pagar las facturas porque... Bueno, todavía no tenía claras sus razones.

—Por supuesto —dijo Maja como si comprendiera la cautela de Jeannie. —Mi marido murió y como no tenía demasiado en Polonia, me vine aquí hace veintisiete años cuando mi hijo se casó con una chica estadounidense muy agradable. Fui enfermera en un hospital y me he ocupado de mis nietos cuando eran pequeños. Cuando empezaron a ir al colegio, una amiga de mi nuera me contrató en su empresa de niñeras. Además de polaco, hablo varios idiomas, y llevo toda la vida cuidando bebés. Tengo copia de mi informe médico y un certificado de antecedentes penales. El doctor Wyatt también tiene copias. Me ha dicho que me quede una semana, si a usted le parece bien, hasta que tome confianza. Luego vendré a diario desde mediodía hasta medianoche, a menos que tenga otro horario en mente.

Maja había sido enfermera y llevaba toda la vida cuidando bebés. Podría enseñarle a ocuparse de lo básico. Sintió tanto alivio que las rodillas se le doblaron. Aquello iba a funcionar y todo mejoraría. No podía ser de otra manera.

A punto estuvo de sonreír. Robert no permitiría que las cosas fueran a peor, ¿no?

Melissa se retorció y la manta y el pañal se cayeron.

—Vaya, lo siento —murmuró Jeannie mientras Maja le sonreía con empatía. —Está contratada. Estoy deseando ducharme.

—Y dormir una siesta, querida —dijo tomando al bebé de brazos de Jeannie. —El bebé y yo tenemos que ir conociéndonos, ¿verdad? —susurró, dirigiéndose a Melissa, que respondió agitando brazos y piernas y soltando una sonora ventosidad. —Estupendo, ya se está pasando el efecto de la leche mala. Vamos a limpiarte. Es muy difícil ser un bebé, ¿verdad?

Y con esas, se llevó a la pequeña a la habitación como si llevara toda la vida en aquella casa.

En ese momento, su teléfono vibró. Era Robert.

—¿Dígame?

—¿Te parece bien Maja o busco otra niñera?

—Es encantadora, Robert —contestó, y suspiró. —Gracias por mandármela.

—Perfecto. Me pasaré más tarde.

Antes de que pudiera preguntarle a qué hora, colgó. Miró el reloj. Eran las dos y media. Estaba segura de que Robert llegaría a las ocho en punto a la casa. Se apresuró y se fue a la ducha. No tenía tiempo que perder.

Capítulo Seis

La noche anterior había abrazado a Jeannie. No le gustaba que lo tocaran, pero con ella...

—¿Señor?

Estaba convencido de que había sonreído junto a su cuello. Había bajado la guardia, pero no había sido ningún problema. De hecho, si hubiera sido tan prudente como solía ser, no la habría besado.

—¿Doctor Wyatt?

Robert apartó sus pensamientos y miró a Thomas Kelly, su asistente.

—¿Necesita algo más, señor?

—¿Has encontrado asistenta?

—Sí, señor —contestó el joven con entusiasmo.

Todo lo que hacía Kelly lo hacía con ganas. Con solo veintitrés años, llevaba trabajando para Robert desde que se licenciara, gracias a la recomendación de un profesor cuyo nieto había superado una operación a corazón abierto.

—Rona irá a la casa mañana a las diez —dijo leyendo de su tableta.
—Es la hermana de Darna.

—Muy bien.

Darna era la asistenta de Robert y había demostrado ser una persona de confianza. Si Landon Wyatt se enteraba de que Robert tenía debilidad por una camarera...

Pero, ¿qué se suponía que debía hacer? No podía abandonar a Jeannie a su suerte, ni darle la espalda a aquel bebé. Jeannie le había ayudado a recuperarse de lo que había pasado la última vez que había visto a sus padres. No era consciente de que estaba en deuda con ella, pero

tampoco iba a decírselo. Jeannie necesitaba que aquel bebé estuviera bien y Robert la necesitaba a ella.

¿Qué sentido tenía ser uno de los hombres más poderosos del país si no podía beneficiarse de ese poder para conseguir lo que necesitaba?

—¿Rona ha firmado el acuerdo de confidencialidad?

—Sí, las copias están en el expediente.

—Bien.

Todo el que trabajaba para Robert firmaba un acuerdo de confidencialidad. A diferencia de Landon, que usaba esos documentos para esconder su horrible comportamiento, Robert lo hacía para evitar que sus empleados hablaran. Era curioso que no se hubiera planteado hacer que Jeannie firmara uno. Confiaba en ella y sabía que no le contaría nada a nadie.

—Necesito un avión.

—Puedo tener su avión listo para despegar en... cuarenta y cinco minutos —dijo Kelly tecleando en su tableta.

—No. Necesito un avión alquilado y una tripulación que no me conozca. Quiero que no sepan quién les va a pagar y que tampoco hagan preguntas.

—¿Para cuándo?

—Para dentro de dos sábados —contestó y se ajustó los puños cuando Reginald tomó la calle de Jeannie.

—Esa es la noche de... —dijo Kelly sin concluir la frase.

—Sí.

Aquel plan parecía arriesgado, y probablemente fracasaría. Si conseguía alejar a su madre, Landon haría todo lo que estuviera en su poder para castigar a su esposa y a Robert. Pero si su madre no estaba de acuerdo, ¿podría alejarla de Landon? ¿Sería capaz de dejar a su madre a su suerte por segunda vez?

—Destino: Los Ángeles —continuó. —De ahí, necesitaré dos billetes en primera clase a Auckland.

—¿Nueva Zelanda? —dijo Kelly, su voz una octava más aguda.

—Sí. No hace falta que te diga que si comentas estos planes con alguien, me enfadaré mucho.

—Entendido, señor. Necesitaré los nombres para los billetes del vuelo comercial.

—Cybil Wyatt.

Kelly inspiró con fuerza. ¿Cuánto sabía de la familia Wyatt? Kelly había hablado en alguna ocasión con Alexander, el asistente de Landon. Seguramente sospecharía algo.

—¿Y el segundo billete? —preguntó Kelly.

Robert había considerado poner su nombre en aquel segundo billete, pero tenía que quedarse en Chicago y distraer a Landon. Si su plan salía bien, no solo pondría a su madre a salvo sino que dejaría al descubierto el comportamiento de Landon y lo apartaría de la política.

El coche se detuvo frente a la pequeña casa de Jeannie. El corazón se le encogió al fijarse en su estado. Debería buscar unos contratistas para reparar el revestimiento. El tejado tampoco estaba en buenas condiciones y el jardín parecía abandonado. Jeannie necesitaba ayuda y sería imposible ayudarla desde el otro hemisferio.

«Además, tampoco podrás besarla desde Auckland», dijo una voz en su cabeza.

Había sido un beso perfecto, pero sería mejor para todos que no volviera a besarla.

—Busca una enfermera que la acompañe. Ofrécele un buen sueldo y todos los gastos pagados. Investiga bien a quién contratas. La situación requiere máxima discreción, así que tendrá que evitar que Cybil se ponga en contacto con Landon y vuelva a Chicago.

Porque sabía que si se llevaba a su madre a Los Ángeles y ella se echaba atrás, como había hecho tres años antes, Landon no se limitaría a cortar todo contacto, como la vez anterior.

Robert se enfrentaba a situaciones difíciles a diario y no podía arriesgarse a perder.

—Busca alojamiento en Nueva Zelanda —le ordenó a Kelly. —Un lugar apartado y seguro, con un contrato de alquiler sin fecha límite. Y asegúrate de que tenga servicio y un vigilante —añadió y miró hacia la casa de Jeannie. —No quiero que nadie sepa que la casa cuenta con seguridad.

Robert no podía arriesgarse a perder nada. Tal vez no fuera suficiente con llevarse a su madre. Si Robert dejaba algún cabo suelto, era probable que Landon diera con ella. Lo cual solo significaba una cosa.

—Sí, señor. ¿Alguna cosa más?

—Convoca una reunión para mañana a las seis de la mañana con Len en mi despacho. ¿A quién conocemos en la oficina del fiscal? Ah, y busca también un detective privado, alguien de confianza. Cuento con que estés allí también.

—Por supuesto —replicó Kelly.

Reginald abrió la puerta del coche dos minutos antes de las ocho.

—Eso es todo por hoy.

—Sí, señor —dijo Kelly mientras Robert salía del coche. —Disfrute de la velada.

—Acompaña al señor Kelly a casa —le ordenó a Reginald una vez fuera. —No voy a necesitarte hasta dentro de una hora.

Era el tiempo que le iba a llevar hablar con Maja y comprobar que Melissa estuviera bien, además de ver a Jeannie. Pero no porque la necesitara ni nada por el estilo. Él era Robert Wyatt. No necesitaba a nadie, y mucho menos a una camarera.

—Muy bien, doctor Wyatt.

Subió los escalones de la casa de Jeannie y cuando iba a llamar, la puerta se abrió y apareció ella.

—Robert —dijo con voz suave. —Tan puntual como de costumbre.

Estaba esperándolo. Una vez más, tuvo la sensación de que siempre estaba esperándolo.

—Jeannie.

Tenía mejor aspecto. Se había duchado y las ojeras eran menos pronunciadas. Llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta desgastada, e iba descalza.

—¿Le pasa algo a mi camiseta? —preguntó sonrojándose. —Acabo de ponérmela —añadió tirando de la camiseta y dejando ver su sujetador blanco.

Debía de haberse quedado mirándola fijamente.

Había ido a ver cómo estaba el bebé y a asegurarse de que la gente que había contratado para ayudarla estuviera haciendo su trabajo. Jeannie era su camarera y quería que todo volviera a la normalidad. Porque cuanto más tiempo se apartara de su rutina, más atención prestaría a Jeannie y más peligroso sería todo para ambos.

Nada de aquella lógica tan aplastante evitó lo que ocurrió a continuación. Le apartó las manos de la camiseta y la hizo rodearlo por el cuello.

—Oh —exclamó ella y lo miró con sus enormes ojos.

Robert ahogó un sonido con sus labios y luego bebió de ellos. La estaba besando, algo que no tenía planeado.

—Oh, Robert, sí —jadeó junto a su boca.

Nada más oír eso, tuvo una erección. Deseaba sentir sus manos acariciándolo y su cuerpo moviéndose sobre su...

—Jeannie.

La tomó por la cintura y la hizo caminar de espaldas. Luego cerró la puerta con la pierna y...

El sonido del portazo los separó justo en el momento en que aparecía la niñera cargando con el bebé envuelto en la manta.

—Ah, doctor Wyatt —dijo Maja esbozando una amplia sonrisa. —Va todo muy bien.

Robert se ajustó los puños de la camisa para darse un momento y recuperar la compostura, pero cometió el error de mirarla. Jeannie estaba colorada y había bajado la vista al suelo. Una sonrisa se dibujó en sus labios, aquellos labios hinchados por sus besos. Eso le hizo sentirse orgulloso, como si hubiera hecho algo destacable en vez de complicar aún más una situación desastrosa.

Había perdido el control, y eso no estaba permitido.

Cuando estuvo de seguro de haber contenido su reacción, se dirigió a la niñera.

—Y bien, señora Kowalczyk. ¿Qué puede contarme?

—Le leche de fórmula orgánica está funcionando y Melissa está más calmada. La señorita Jeannie es una alumna muy aplicada y ya sabe cambiar pañales y envolver al bebé con la manta —dijo dirigiéndole una

mirada maternal. —De todas formas, creo que le vendría bien salir de casa. Ha tenido mucho estrés y todos necesitamos un respiro, ¿no?

—Una idea excelente.

—Pero esta noche, no, Robert.

—¿Qué?

—Esta noche no me apetece salir. Solo porque haya dormido una siesta y me haya dado una ducha no significa que haya recuperado fuerzas.

Jeannie bajó la mirada a sus labios y la vio pasarse la punta de la lengua por el labio inferior.

Aquello era interesante. ¿Acaso significaba que se estaba planteando un segundo beso?

—¿Quizá para comer mañana? —preguntó Jeannie sonriendo.

No solía parar a comer. A esa hora siempre estaba en el hospital haciendo su ronda.

—Mañana paso consulta, pero podríamos quedar el sábado.

Robert sabía que Maja estaría en la casa. Le estaba pagando una cantidad desorbitada para que viviera allí la primera semana. Merecía la pena por ver a Jeannie más relajada.

—De acuerdo, pero que sea algo informal. Y que no sea en Trenton's.

—Claro que no.

—Tú comes, ¿verdad? —preguntó Jeannie mirándolo burlona. —Lo único que pides en el bar es el Manhattan.

—Claro que como.

Darna le preparaba platos sanos en casa conforme a sus gustos y no necesitaba más. No necesitaba probar lo último en cocina ni salir a dejarse ver. Le gustaba su rincón en la barra de Jeannie, y luego disfrutar de la paz y tranquilidad de su hogar.

Por un segundo, se planteó llevar a Jeannie a su casa y pedirle a Darna que preparara algo especial. Su asado de cerdo era delicioso y aquellos pasteles de arroz envueltos en hoja de plátano... A Jeannie le gustarían. Podía enseñarle su casa y... Era una idea terrible. Sí, había besado a Jeannie dos veces ya, pero llevarla a su casa era peligroso.

Podía pedirle a Kelly que buscara un restaurante, un sitio tranquilo que no fuera romántico. Un lugar donde Jeannie pudiera relajarse y los cotilleos no llegaran a Landon Wyatt.

Era más seguro así.

—Conozco el sitio perfecto —dijo, sin dudar de que Kelly haría un buen trabajo y a mediodía sabría de algún sitio. —Bueno, vamos a ver qué tal todo.

Reginald volvería pronto y Robert tenía cosas que hacer. Extendió los brazos y Maja le entregó el bebé. Melissa se retorció, pero en cuanto Robert la acunó, se quedó mirándolo con sus brillantes ojos azules.

Cuarenta minutos más tarde, Jeannie había demostrado todo lo que había aprendido durante el día: cómo cambiar un pañal, cómo envolver al bebé con su manta e incluso cómo sujetar el biberón para que Melissa no tragara aire.

Robert no había dejado de observarla con su mirada gélida. Aquello parecía una inspección, una que sin lugar a dudas había suspendido el día anterior.

La había besado. Se había acercado a ella y la había besado, y ella le había devuelto el beso. Todo era mejor y peor a la vez porque allí estaba él, y era maravilloso, aunque nada tenía sentido. Porque la había besado.

—Maja, ha hecho un buen trabajo —dijo Robert después de que Jeannie dejara a Melissa en su cuna y todos volvieran al salón.

Jeannie se quedó mirándolo. Maja era una buena profesora que sabía muy bien lo que estaba haciendo, pero era Jeannie la que estaba aprendiendo todo de cero. Sin embargo, Robert ni la estaba mirando.

—Gracias, doctor Wyatt —dijo Maja. —Jeannie es una buena alumna.

—Umm —murmuró como si no compartiera aquella afirmación.

Jeannie endureció la mirada y antes de que pudiera protestar, Robert continuó.

—Tómese una hora para cenar.

Jeannie se volvió hacia Maja, que parecía sorprendida ante aquella... orden. Pero era evidente que Maja estaba acostumbrada a recibir órdenes de sus clientes.

—Por supuesto, doctor Wyatt. Necesito comprar más fórmula.

Maja tomó su bolso y en cuestión de segundos salió por la puerta.

—¿Reginald? —dijo Robert antes de que la puerta se cerrara. Una vez más, estaba al teléfono. —Vuelve en una hora.

Se quedó mirándolo después de que colgara. ¿Qué estaba haciendo Robert allí, además de tomar el control de su vida?

—No voy a ir a trabajar mañana. No quiero, no estoy lista.

—Por supuesto que no lo estás —dijo en tono conciliador.

—Entonces, si no has venido a convencerme de que vuelva al trabajo, ¿por qué estás aquí?

Robert se ajustó los puños de la camisa. Aún llevaba la chaqueta, aunque se había quitado el chaleco, probablemente porque hacía casi cuarenta grados.

—¿Estás mejor?

—Sí —contestó y le tendió la mano. —¿Quieres sentarte conmigo?

Se quedó mirando su mano con recelo. Tal vez en quien no confiaba era en sí mismo.

—¿Estás segura? —preguntó y Jeannie se dio cuenta de que estaba inquieto.

—Sí. ¿Y tú? Solo quiero sentarme contigo —añadió al ver que dudaba. —Ven aquí.

Era lo más parecido a una orden que le había dado.

A su rostro asomó una emoción que Jeannie no supo reconocer. ¿Alguna vez alguien le habría dicho lo que tenía que hacer? Suponía que en la facultad de Medicina sí.

—Por favor, Robert.

¿Por qué estaba tan intranquilo delante de ella?

De pronto entrelazó sus dedos con los suyos. Se acercaron al sofá y él se sentó. Al principio estaba rígido, pero cuando Jeannie se sentó a su lado y apoyó la cabeza en su hombro, le sintió temblar antes de que se relajara.

—Maja era lo que necesitaba —dijo sin soltarle la mano. —Gracias.

Realmente, era a él al que necesitaba.

—Me alegro.

La cabeza le daba vueltas. Al igual que la noche anterior había necesitado un abrazo, en ese momento todo lo que quería era apoyar la cabeza en su hombro y sentir su calor. Al lado de Robert, todo iba bien. Él nunca permitiría que fuera de otra manera.

—¿Robert?

—¿Sí?

—¿Estás bien?

Si sus manos no hubieran estado entrelazadas, se habría ajustado los puños de la camisa.

—No permitiré que te pase nada. Y a Melissa tampoco.

Jeannie se puso rígida.

—¿Acaso corremos algún peligro?

—No —respondió rápidamente. —No —repitió.

—Me estás tocando.

—No me importa —dijo y tragó saliva, —porque eres tú.

¿Estaba nervioso porque estaban hablando de sentimientos o porque se estaban tocando?

—Es lo más bonito que me has dicho.

—Has puesto el listón muy alto —dijo con cierto tono divertido. —Lo has hecho muy bien hoy. Estoy impresionado por lo rápido que aprendes.

Se le cortó la respiración y echó la cabeza hacia atrás para encontrarse con su rostro a escasos centímetros.

—¿Qué tal te sientes?

—Mejor, mucho mejor —contestó ella respirando entrecortadamente.

Antes de que pudiera contenerse, se deslizó sobre su regazo, se colocó a horcajadas sobre sus fuertes piernas y acopló su pelvis a la de él. Él inspiró bruscamente y Jeannie sintió que se ponía tenso.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó apartando los brazos para evitar tocarla.

—Escúchame, tontorrón —dijo moviéndose en el estrecho espacio que había entre ellos. —No me das miedo, Robert. Confío en ti.

—No deberías —replicó clavando los dedos en los cojines del sofá.

—Pues es demasiado tarde —dijo tomando su rostro entre las manos para obligarlo a mirarla. —Te conozco desde hace años y confío en ti, así que acostúmbrate. No termino de entenderte, pero por el amor de Dios, deja ya de comportarte como si fueras el villano de esta historia.

—¿Tienes idea de lo que soy capaz?

Estaba consiguiendo algo. Ya no podía ocultarse detrás de los puños de su camisa ni de la barra ni del Manhattan. Ya no podía ocultarse de ella.

—Sí —contestó acercando su frente a la de él. —Eres capaz de curar a niños enfermos y de rescatarnos a Melissa y a mí, y eres el perfeccionista más detestable que conozco.

—No sabes —dijo poniendo las manos en la curva de su cintura. —No lo entiendes.

—No, no lo entiendo —replicó, y rodeándolo por el cuello, hundió el rostro en su hombro y lo abrazó. —Pero ya me lo contarás cuando estés listo —murmuró junto a su piel.

—Jeannie —susurró, y la envolvió entre sus brazos.

Sabía lo que iba a decir y lo cortó con un gruñido. Era un hombre desesperante.

—No es una obligación, maldita sea.

—Pero...

—Robert —dijo echándose hacia atrás. —¿Te has parado a pensar si quería besarte y si quiero volver a hacerlo?

Capítulo Siete

Estaba sentada en su regazo y quería besarlo. ¿Solo besarlo? Probablemente no por la manera en que estaba colocada a horcajadas sobre él, con los pechos aplastados contra su torso.

No debería estar así, y mucho menos confiar en él. No si sabía lo que era mejor para ella.

—Quieres besarme.

—Así es —convino y suspiró. —Llevo años queriéndote besar. ¡Años! Nunca te habías dado cuenta, ¿verdad?

Abrió la boca, pero al no saber qué decir, volvió a cerrarla.

—Me lo tomaré como un no.

La gente no lo tocaba. Sí, estrechaba las manos de padres preocupados y examinaba a sus hijos, pero fuera del hospital, jamás.

Excepto por ella. Porque no solo la había besado, también le gustaban sus caricias.

Jeannie se acopló a él. Su cuerpo era cálido y ligero en comparación con el suyo, y estaba provocando en él una respuesta. Sus muslos se aferraban con fuerza a sus piernas y, aunque lo último que quería en aquel momento era una erección, la sangre empezó a acumularse en su entrepierna.

Oh, sí, le gustaba. Sentía el calor de su sexo junto a sus ingles y a punto estuvo de soltar un gemido ante aquella sensación tan deliciosa. Estaba sentada sobre su regazo y no recordaba haber deseado estar tan cerca de una mujer.

Para su sorpresa, se dio cuenta de que le estaba acariciando la espalda y hundió el rostro en su pelo para aspirar su aroma. Era una tentación que no podía resistir. Un estremecimiento recorrió su cuerpo. No

era miedo. Los Wyatt no temían nada. Se estaba conteniendo por el bien de ella, no por el suyo. Jeannie lo deseaba, y no por su dinero ni por su poder.

Ella tenía razón. Él no entendía nada.

—Deja de pensar, Robert —murmuró junto a su cuello, —y déjate llevar. Ambos llevamos unas semanas difíciles, y esto es agradable. Abrazas muy bien.

Lo dudaba mucho. ¿Cuándo había sido la última vez que lo habían abrazado?

—No voy a llevarte a comer fuera. Vas a venir a mi casa. Disfrutaremos de una agradable comida en la terraza y... —dijo y tragó saliva para no parecer demasiado desesperado. —Simplemente, disfrutaremos.

¿Y si decía que no o le pedía que la llevara a un sitio de moda, tal y como le había prometido? Al fin y al cabo, era lo que se esperaba de uno de los solteros más ricos.

«Di que sí», pensó desesperado.

Sintió sus labios moverse junto a su piel y su cuerpo reaccionó en consecuencia. La había hecho sonreír y lo sentía como una victoria.

—Por supuesto —convino ella apartándose para mirarlo. —Sin obligaciones ni compromisos. Solo dos personas dispuestas a disfrutar de un buen rato juntas.

Tal vez le hubiera fallado a su madre, pero de ninguna manera iba a fallarle a Jeannie. Ella no sabía de lo que era capaz y rezaba para que siguiera siendo así.

—Te recogeré a las doce —le dijo acariciándole la mejilla.

—Te estaré esperando.

—¿Estás seguro de que voy bien? —le preguntó por enésima vez.

Se había puesto un vestido sin mangas amarillo con un colorido estampado de pequeñas flores rosas y azules. Rona, la asistenta, incluso lo había planchado.

Era el vestido más elegante que Jeannie tenía. Lo había combinado con un chal y sus sandalias marrones con plataforma. Robert iba siempre muy elegante con sus trajes a medida y sus camisas con gemelos, y ella... lo único que tenía era aquel vestido de algodón que se había comprado en rebajas cuatro años atrás para una cita.

Aquello era ridículo. No le convenía estar a solas con él. Si fuera inteligente, se pondría sus pantalones cortos, se acurrucaría en el sofá y dejaría que Maja le diera otra de sus lecciones.

—Sí, sí —dijo Maja de nuevo, dándole unas palmaditas en la espalda. —Está muy guapa. Rona, ¿no le parece que está preciosa?

—Por supuesto —contestó la filipina desde la cocina, de donde emanaba un aroma delicioso.

Desde su llegada, Rona se había hecho cargo de las tareas de la casa. Era como vivir en un hotel.

—Necesita tomarse un descanso —continuó Maja, moviéndose de un lado para otro con el bebé en brazos. —Y no se preocupe por nosotras, estaremos bien. Cuando Melissa se duerma, ayudaré a Rona. Disfrute con ese doctor suyo tan guapo.

Jeannie sintió que las mejillas le ardían y rápidamente se fue a su dormitorio para buscar unos pendientes.

—No es mi doctor —le recordó Jeannie a su reflejo.

Se trataba tan solo de una comida con su cliente favorito. Se había puesto su mejor vestido y un conjunto de ropa interior con mucho encaje. Había pasado la noche dando vueltas en la cama y no había parado de soñar con Robert. En aquellos sueños lujuriosos, no se había limitado a abrazarlo ni a sentarse a horcajadas sobre él. Había ido mucho más lejos y se sentía excitada.

El timbre sonó.

—Está aquí —dijo Maja.

Aunque no era propio de una señorita, Jeannie salió corriendo de su habitación.

—¡Ya abro yo!

Pero Maja había abierto la puerta. Jeannie tropezó con sus sandalias y a punto estuvo de caerse de cabeza al ver al hombre que la esperaba.

Esta vez no llevaba traje. Se le veía tan diferente sin chaqueta y corbata que apenas podía reconocerlo. Excepto por sus ojos. Nunca olvidaría la intensidad de su mirada, en especial cuando se oscurecía.

—Estás preciosa.

Un escalofrío recorrió su espalda al oír su voz profunda y grave.

—Tú también estás muy guapo.

Vestía una camisa azul de manga corta con un discreto estampado y unos pantalones cortos de color caqui que dejaban al descubierto sus piernas musculosas. El pulso se le aceleró al fijarse en sus piernas. ¿Desde cuándo eran tan sexys unos gemelos?

—Creía que solo tenías trajes.

—Antes de esta semana, no sabía que llevaras otra cosa que no fueran chalecos —replicó él con aquella sonrisa que la derretía.

—Doctor Wyatt —interrumpió Maja, sorprendiendo a Jeannie, que se había olvidado de que estaba en la misma habitación. —¿Quiere que le ponga al día en los avances?

—Por supuesto —contestó sin quitar los ojos de Jeannie.

Prácticamente podía oler el deseo sexual que desprendía.

—La pequeña Melissa sigue mejorando, Rona ha tenido un comienzo magnífico y Jeannie...

—Se nos hace tarde —dijo Robert dando un paso para tomar a Jeannie del brazo.

Cuando la tocó, sintió que una corriente recorría su piel y tuvo que contenerse para no jadear cuando entrelazó los dedos con los suyos.

—Volveremos más tarde —anunció Robert de aquella manera suya tan peculiar.

—Que disfruten —replicó Maja, y guiñó un ojo en un gesto cómplice. —Lo tenemos todo controlado.

Reginald estaba esperándolos en el coche.

—Señorita —dijo saludándola, y se quitó la gorra al ver que se acercaban. —Hola de nuevo.

Su expresión era parecida a la de Maja, como si hubiera una conspiración para hacer que Robert y ella...

Bueno, no que se enamoraran, porque eso era imposible. Él era un cirujano millonario cuya familia poseía una enorme compañía médica y su padre podía llegar a ser el siguiente gobernador. Ella era una camarera que no había terminado la universidad y cuyo sueño de abrir su propio bar había quedado relegado al convertirse en tutora legal de su sobrina. Sus caminos solo podían haberse cruzado en un sitio como Trenton's. Ella nunca encajaría en su mundo y él nunca entendería el suyo.

Jeannie no sabía qué hacer con sus piernas. El vestido le llegaba por encima de las rodillas y Robert estaba sentado frente a ella. La recorrió con la mirada. ¿Era deseo lo que veía en sus ojos? ¿O se estaba fijando en su vestido raído, las tiras desgastadas de sus sandalias de cuero o todos aquellos detalles que denotaban que era de una clase diferente?

Tiró del bajo de su vestido y le sostuvo la mirada. Se le veía muy seguro allí sentado. ¡Y estaba en pantalones cortos! Todavía no se había recuperado de aquella imagen ni del efecto de sus piernas. Le faltaba el aire.

—Bueno —dijo Jeannie rompiendo el silencio. —¿Qué vamos a comer?

—Darna, la hermana de Rona, va a prepararnos comida tradicional filipina.

—¿Has contratado a Darna solo por hoy?

—No, lleva seis años trabajando para mí. Confío plenamente en ella.

Por alguna razón, Jeannie se alegró al oír aquello. Robert necesitaba tener gente en quien confiar.

—¿Qué más vamos a hacer hoy? —preguntó mientras el coche avanzaba.

—Nada.

—Lástima —replicó ella mirándolo a los ojos.

La tensión entre ellos era evidente.

—Jeannie...

—Robert —lo interrumpió. —¿No es esto una cita?

No pasaba nada si no quería acostarse con ella, pero quería que lo dijera. No quería malentendidos.

Robert abrió la boca para decir algo y la cerró. Jeannie disfrutaba cada vez que el doctor Wyatt se quedaba en blanco.

—Porque lo parece —continuó. —Me he puesto un vestido, me has recogido en una limusina y vamos a disfrutar de una comida. Es el típico plan de una cita.

De nuevo, Robert abrió y cerró la boca antes de contestar.

—No tengo citas.

—Supongo que quieres decir que ahora mismo no estás saliendo con nadie. Eso está bien. Yo tampoco me estoy viendo con nadie.

—Eh... No importa —dijo él sacudiendo la cabeza. —Lo que quiero decir es que no salgo nunca con nadie. —¿Nunca?

La había besado dos veces y la segunda vez había sido él el que había tomado la iniciativa.

—No —contestó con rotundidad.

—¿Y vas a decirme por qué?

Robert le dirigió una mirada asesina.

—Muy bien —dijo ella, y se volvió para mirar por la ventanilla. —Así que de sexo ni hablamos.

—¿Tienes algún filtro?

—Sí. Por si acaso no te has dado cuenta, lo uso todo el tiempo en el trabajo. Pero no estamos en Trenton's. No sé qué pasa contigo ni con nosotros, pero... —replicó y, al reparar en su expresión indescifrable, continuó. —Esta soy yo, Robert, una camarera que no acabó la universidad. Mi sueño es abrir un bar. Me fui de casa con dieciocho años y estuve seis sin hablarme con mi hermana. Puedo ser borde cuando me lo propongo y no soy ninguna virgen cándida y tímida. Me gusta el sexo y quiero acostarme contigo, pero no voy a obligarte a hacer algo que te incomode.

Aunque era difícil distinguirlo en el interior de la limusina, estaba convencida de que se había sonrojado.

—Bueno, ahí queda eso —dijo él y Jeannie percibió cierto sarcasmo en su tono.

—Aparte de todo eso, soy un completo desastre. Soy incapaz de criar a un bebé, y mucho menos mantenerlo. No, no voy a aceptar más dinero tuyo. No es hija tuya y no somos tu responsabilidad. Estoy en este coche contigo porque me gustas. Sé perfectamente lo que quiero de ti, y no es tu dinero. Llevo deseándote mucho tiempo, Robert, y sé que tal vez no te tenga nunca. Pero no pasa nada —dijo inclinándose hacia delante y poniendo la mano en su rodilla. —La pregunta es: ¿sabes lo que quieres de mí?

Se quedó mirando su mano sobre la rodilla. Jeannie casi podía sentir su energía vibrante.

El coche se detuvo sin que Robert dijera nada.

Capítulo Ocho

Si había algo que Robert había aprendido en casa de Landon Wyatt era a controlar sus reacciones físicas. Mostrar alegría, tristeza o miedo era el camino más rápido hacia el dolor.

A lo largo de los años, Robert se había vuelto muy bueno controlando sus sentimientos. Incluso cuando una operación no iba bien, era capaz de contener sus emociones y había perdido la cuenta de las veces que su cabeza fría había evitado desastres o incluso alguna muerte.

Lo cual era algo muy bueno. Nadie quería ir por la vida pasando miedo. Él desde luego que no.

Entonces, ¿por qué se sentía a punto de vomitar mientras conducía a Jeannie por la escalera de su casa?

No lo sabía. Jeannie podía ser muchas cosas, pero no una amenaza. Al menos, no de la clase a la que Robert estaba acostumbrado.

—Esto es... vaya —dijo maravillada al abrirse la puerta.

—Bienvenido a casa, doctor Wyatt. Señorita Kaufman.

Darna llevaba un impecable delantal blanco sobre el uniforme y mostraba una sonrisa cálida.

Era curioso. Darna era muy eficiente y hacía un gran trabajo, pero jamás la había visto sonreír.

—¿Darna, no es así? Rona es su hermana, ¿verdad? —dijo estrechándole la mano. —Es un placer conocerla. Espero que no se haya tomado demasiadas molestias.

—No, molestia ninguna. Espero que disfrute la comida —dijo, y volviéndose hacia Robert, añadió—: Todo está dispuesto en la terraza, señor. ¿Necesita algo más?

—No, gracias.

Jeannie le sonrió y Robert sintió que su pulso se aceleraba, lo cual era ridículo. Aquello no era más que una comida, tal y como había dicho Jeannie, entre dos personas que... ¿se gustaban?

Sí, le gustaba Jeannie. Necesitaba verla a diario y estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para ayudarla en un momento difícil. Pero también había ayudado a algunos de sus pacientes, a aquellos a los que las facturas habrían llevado a la quiebra.

Pero nunca había querido volver a verlos de nuevo, y mucho menos besarlos como había besado a Jeannie. Y dos veces. La había besado y la había estrechado contra él. El ritmo de sus latidos era errático.

Con una inclinación de cabeza, Darna desapareció en el interior de la casa y Robert se quedó en el vestíbulo con Jeannie. Tenía que moverse, pero no estaba seguro de poder hacerlo. Todos los métodos que había dominado durante años eran inútiles en ese momento, justo cuando Jeannie se volvió hacia él, con una sonrisa significativa en los labios.

—Me parece que no sueles traer a nadie a casa.

—Cierto.

Por lo menos su voz sonaba normal y controlada, muy diferente a como se sentía.

Hacía unas cuantas noches, se había colocado a horcajadas sobre él. Apenas unos minutos antes, le había anunciado no solo que le gustaba el sexo, sino que quería acostarse con él.

No perdería el control. No le haría daño ni se arriesgaría a alterar... sus gustos.

—Esta casa es enorme —dijo ella mirando el techo.

—Sí.

—¿Vives tú solo aquí? —preguntó volviendo la cabeza para mirarlo.

—Sí. Me gusta la soledad.

—Debo decir —continuó ella acariciando el papel que cubría las paredes— que esto es más... florido de lo que imaginaba. Te hacía viviendo en un edificio moderno de acero y grandes ventanales —dijo, girándose en medio del vestíbulo. —Esto resulta extravagante, incluso recargado.

Nadie se había atrevido a decirle que su casa era recargada, pero era cierto. El vestido ondeó sobre sus piernas, dejando entrever la piel desnuda de sus muslos, y Robert tuvo que apoyarse en el marco de la puerta.

—Ya estaba así.

—¿Compraste la casa así y no cambiaste nada? —preguntó, dejando de moverse.

Se limitó a asentir con la cabeza. No estaba seguro de poder hablar, viéndola acercarse a él bamboleando las caderas y con aquella sonrisa en sus labios.

No era la alarma lo que le había disparado el pulso. No era el miedo lo que le había provocado la erección que llevaba tratando de contener desde que aquella mujer se había sentado a horcajadas sobre él. No, no era nada de eso. Había estado luchando contra aquello desde el momento en que le había abierto la puerta y le había anunciado que estaba esperándolo.

Aquello era deseo en su forma más pura, primitiva y peligrosa.

Oyó el sonido de la alarma al ser conectada y a continuación una puerta que se cerraba. Darna se había marchado. Se habían quedado solos y Jeannie quería acostarse con él. Estaba empezando a pensar que era una buena idea, pero ¿cómo podía dejar que lo desnudara sin perder el control?

—Eh, relájate, Robert —dijo acercándose y acariciándole la mejilla. —Aunque me reservo el derecho a hacer bromas del papel de la pared porque ¿quién empapela hasta el techo?

—No quiero hacerte daño.

Su voz resonó con la fuerza de las emociones que lo invadían: deseo, miedo, dolor, ansias... Reconoció un brillo en sus ojos, pero no pudo interpretarlo.

—Esas cortinas de flores son espantosas —continuó, y una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios. —¿Por qué no las has cambiado?

—La casa fue construida por alguien famoso en los años treinta y mi madre...

Cerró los ojos. Aquello había sido un error porque en su cabeza apareció la imagen de su madre sentada en la butaca junto a la chimenea, con una manta alrededor de las piernas para mantener las bolsas de hielo en su sitio.

—Me gusta esta habitación, el estallido de colores... Es exagerado, pero liberador —le había dicho.

Luego le había sonreído con la mirada perdida, ya fuera por el dolor o por la medicación. Quería que Cybil Wyatt disfrutara de aquellos colores vivos y de la libertad. Tenía que alejarla de Landon. Las alternativas eran impensables.

—A mi madre le gusta.

—¿Así que has dejado la casa así por ella?

Él asintió. Pero tres años antes no había sido suficiente para que su madre se quedara allí.

—¿Viene a visitarte a menudo?

Su madre había estado en su casa dos veces. La segunda vez había tenido que meterla en brazos porque no podía subir los escalones. Se había quedado el tiempo suficiente para poder volver por su propio pie. Robert se había quedado en la ventana, observando cómo se metía en la limusina negra de Landon. Cybil Wyatt no había vuelto la vista atrás. Robert había acabado en Trenton's aquella noche.

—No.

—Entiendo.

De repente, dejó de sentir su contacto y alzó la vista para verla moviéndose por la habitación.

—Entonces, si esto es para tu madre, ¿tú dónde vives?

Aquello era un error. No llevaba a nadie a casa por una buena razón. Prefería estar solo. Era mejor así, más fácil y seguro. Pero Jeannie...

Le tendió la mano y ella no lo dudó y la entrelazó con la suya. De forma impulsiva, Robert se la llevó a los labios y le besó los nudillos. Aquel roce lo llevó al límite.

Ella inspiró bruscamente. ¿Sentiría la misma conexión que él o tan solo estaba probando su suerte? ¿Acaso importaba? Sí, claro que importaba.

—Ven conmigo.

Jeannie echó cuentas mientras Robert la guiaba escaleras arriba.

Había pasado una hora con él, cinco noches a la semana durante cincuenta y una semanas al año en los últimos tres años. Eso suponía que había pasado unas ochocientas horas con aquel hombre. Nunca se habría imaginado que vivía así. ¿Cómo podía vivir en aquella casa?

Incluso teniendo en cuenta que a su madre le gustara, no tenía sentido. Nunca había imaginado que Robert estuviera enamorado. Claro que le había sonado muy seco cuando le había dicho que a su madre le gustaba, como cuando había cruzado las puertas de Trenton's por primera vez.

¿Sería una buena persona la señora Wyatt? Jeannie tenía la sensación de que si la conociera, entendería mejor las decisiones de Robert. Pero también comprendía que no fuera a contárselas. En esas ochocientas horas que había pasado con él, no había mencionado a sus padres hasta hacía poco.

Al llegar al descansillo de la tercera planta, todo cambió. El rellano se abría a un pasillo corto y ancho y al fondo, había unas puertas correderas. A cada lado de ese pasillo había una puerta.

Eso no fue lo que llamó su atención. El papel llamativo de las paredes daba paso a un suave tono melocotón. No habría elegido aquel color para Robert, pero al menos no hacía daño a la vista. Comparado con la explosión de colores de abajo, resultaba relajante. Además, de las paredes colgaban cuadros que parecían antiguos y muy caros.

Robert abrió la puerta de la derecha y se quedó bajo el umbral. Jeannie reparó en la tensión de sus hombros y decidió sugerirle que fueran directamente a la terraza, donde la comida estaba dispuesta. Era evidente que Robert no estaba especialmente entusiasmado con la idea de enseñarle la casa. Pero en cuanto abrió la boca, él se volvió y le tendió la mano. No podía dejar pasar la oportunidad de conocer mejor a aquel hombre para entenderlo.

—Este es mi estudio —dijo cerrando la puerta detrás de sí.

Jeannie ahogó una exclamación. Las paredes estaban repletas de estanterías llenas de libros. Había tantos que hacía falta una escalera para llegar a los que estaban en las estanterías más altas.

El resto de la habitación resultaba acogedora. Las claraboyas bañaban la estancia con una luz cálida y natural. La chimenea, a diferencia de la que había visto abajo, parecía usarse con cierta frecuencia. Incluso la repisa de la chimenea estaba atiborrada de libros bajo otro cuadro de valor incalculable. Delante había una butaca con un otomano a juego y una mesa de centro sobre la que había una lámpara, papel y unos bolígrafos. Detrás, un escritorio con más libros y un ordenador en un extremo.

Jeannie se volvió e inspiró el olor a papel y cuero.

—Ya veo que te gusta leer —fue todo lo que se le ocurrió decir.
—¿Esta es tu habitación favorita?

—Sí, mi estudio. Darna solo entra aquí una vez cada quince días a limpiar el polvo.

En otras palabras, aquel era su santuario y se lo estaba enseñando a Jeannie.

La luz entraba a raudales por las puertas correderas que daban al exterior. Robert las abrió, la tomó de la mano y salieron a la terraza.

—Cielo santo.

Aquel lugar era impresionante. Aunque estaban a tres manzanas de la costa, rodeados de edificios, las vistas al lago Michigan eran imponentes. El sol de la tarde se reflejaba en el agua y una suave brisa soplaba.

—Tienes unas vistas preciosas al lago —dijo volviéndose hacia él.

Robert no estaba mirando hacia el lago. La estaba observando con la misma intensidad que de costumbre y ya debería estar acostumbrada, pero en Trenton's la iluminación era tenue y había una barra entre ellos. Allí, bajo la luz del sol, su mirada era completamente diferente.

—Compré los edificios que impedían la vista y los hice derribar —explicó como si tal cosa. —Ahora son parques e incluso hice instalar columpios para niños. También un jardín.

—¿Hiciste esto? —preguntó Jeannie impresionada.

—Quería esta casa, pero con vistas —respondió Robert encogiéndose de hombros.

Jeannie volvió la vista hacia el lago. Los edificios que rodeaban la casa eran de cuatro o cinco alturas y seguramente los apartamentos que había en ellos costarían varios millones de dólares.

Sabía que era rico, pero... Robert había eliminado del mercado inmobiliario más de cien millones de dólares de beneficio y todo para sentarse en su terraza y contemplar el lago.

¿Por qué la había llevado a su casa? Aquel hombre podía tener a la mujer que quisiera. Podía tener esposa, amantes, aviones privados, niñeras, chefs, limusinas y todo lo que quisiera con tan solo chasquear los dedos.

Solo era una camarera, una mujer trabajadora que difícilmente tendría algún día una casa en propiedad. No tenía cabida en su mundo. No

debería haber aceptado su ayuda ni haber ido a comer a su casa. Tampoco debería haberle dicho que quería acostarse con él.

Pero lo había hecho.

No podía tenerlo, no para siempre. Pero podía disfrutar de él y luego dejarlo marchar. Sería un error, y tal vez le rompiera el corazón, pero prefería amarlo y perderlo a no tenerlo nunca.

Podía ser el mejor error que cometiera jamás.

—¿Te gusta? —preguntó con voz profunda, y la hizo estremecerse.

Jeannie asintió y se quedó mirando el velero que en aquel momento surcaba el lago.

—¿Se ven las estrellas desde aquí?

—En noches claras, si miras hacia allí...

Se colocó detrás de ella y señaló un punto en el horizonte. Sintió su cuerpo cálido junto a su espalda, y la brisa del lago le agitó el bajo del vestido.

—Me encantaría verlo.

—Puedo mostrártelas —le susurró al oído, y la rodeó por la cintura.

Al instante, sus pezones se endurecieron al sentir sus labios junto al lóbulo de su oreja. Cualquier mínimo roce desataba una corriente en ella. Tuvo que apretar las piernas para que no se le doblaran las rodillas, y aquel leve movimiento aumentó la tensión de su entrepierna hasta un nivel casi insoportable.

Lentamente le quitó las manos de la cintura y se las puso alrededor del vientre para poder recostarse en él.

Solo oía y sentía a Robert. En sus brazos se sentía segura porque nunca dejaría que nada le hiciera daño. ¿Acaso no se había pasado los últimos días demostrándosele una y otra vez?

—Me estás tocando —susurró ella mientras deslizaba las manos por sus brazos desnudos.

Su vello era oscuro, suave y muy masculino. La sangre le bombeaba con fuerza, exigiendo satisfacción mientras recorría su cuerpo.

Notó que tragaba saliva y luego sintió sus labios sobre el cuello.

—Lo sé.

Volvió la cabeza hacia él y su boca quedó a escasos centímetros de su mejilla. Podía apretar los labios contra su piel si quisiera, pero esperó.

—¿Te gusta tocarme?

—Sí —contestó entrelazando sus manos sobre el vientre para que no pudiera acariciarlo.

Jeannie se estremeció, deseando atraerlo hacia ella, desabrocharle la camisa, quitarle los pantalones y desnudarlo completamente.

—Entonces, tócame —susurró junto a su piel.

—No quiero hacerte daño.

Parecía un hombre suplicando su salvación.

Jeannie apoyó la cabeza en su hombro y, de forma automática, Robert sostuvo su peso.

—No me lo harás, pero si algo no va bien diré... —dijo, y se quedó pensativa buscando la palabra, —velero. Si pronuncio esa palabra, te detendrás.

Durante largos segundos permaneció en silencio. Jeannie empezó a pensar que no estaba de acuerdo, ya fuera con la palabra o con el sexo.

—¿Velero? —dijo por fin, tomándola por las muñecas con una mano.

Con la otra, fue bajando lentamente por su vientre. Ella arqueó la espalda, estrechándose contra sus brazos.

—No es una palabra que suele pronunciar durante el sexo —añadió ella con una sonrisa.

Dio un respingo, como si le hubiera clavado una aguja, y la agarró con más fuerza. No podía tocarlo ni volverse hacia él. Lo único que podía hacer era quedarse allí contemplando los reflejos del lago Michigan bajo el calor del verano.

—Jeannie.

Su nombre, pronunciado por aquellos, labios era un grito de guerra. Aquello no iba a ser un encuentro dulce y romántico, lleno de suaves palabras y tiernas caricias. Oh, no.

El sexo con Robert iba a ser una batalla. Siempre le había gustado una buena pelea.

Entonces la besó como si fuera un desafío y Jeannie no supo si le estaba arrojando el guante a ella o a sí mismo. Fuera como fuese, se enfrentaban en igualdad de condiciones y le devolvió el beso con la misma ferocidad con la que él la estaba besando. Sus bocas se encontraron con tal fuerza que las piernas le empezaron a temblar.

Jeannie le mordió el labio inferior y sintió cómo la tensión se extendía por todo su cuerpo. Algo duro y prominente empezó a crecer junto a su cadera y jadeó. Robert no la soltó ni la tocó en ningún otro sitio. Se estaba conteniendo, así que volvió a morderlo. Esta vez él gruñó y hundió el rostro en su cuello. Ella sintió sus dientes en la piel y ladeó la cabeza para ofrecerle más.

—Sí —suspiró, confiando en que dejara de preocuparse por hacerle daño.

Robert la mordió suavemente en el punto donde el hombro se unía al cuello.

—Oh, sí —repitió.

¿Cuándo había sido la última vez que había estado tan excitada? Todo su cuerpo ansiaba sus caricias.

—No hables —dijo él.

—¿En serio? Venga, Robert.

—Necesito que sea diferente.

¿Diferente de qué? Se apartó y él la soltó.

—Pensé que habías dicho que no...

No había llevado novias ni citas a su casa. Pero había dejado claro que no era virgen. Respiraba entrecortadamente, casi jadeando.

—De acuerdo. ¿Son esas tus reglas, ni tocar ni hablar?

—Eh... Sí, esas son mis reglas.

Hablar era la mitad de la diversión y tocar la otra mitad. Estaba conociendo mejor a Robert y empezaba a pensar que no había disfrutado de una infancia feliz. Ella tampoco y se preguntó si lo que estaba pasando estaba dejando al descubierto las cicatrices de Robert.

—Muy bien. Mi regla es que cuando uno de los dos diga «velero», el otro se detenga inmediatamente.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo —contestó señalando con la cabeza hacia la puerta de cristal de doble hoja que había detrás de la mesa. —¿Ahí está tu dormitorio?

—Sí —contestó sin moverse.

—¿Podemos usar tu cama?

—Sí, claro.

Abrió las puertas y la guio hasta un dormitorio muy masculino. Las paredes estaban cubiertas de un papel azul oscuro con un delicado estampado. Había una chimenea con repisa de mármol y encima, colgaba otra impresionante obra de arte.

Pero lo que realmente llamó su atención fue la cama con dosel. Era enorme. De cada uno de los cuatro postes caían unas vaporosas cortinas blancas que la hacían parecer una cama de cuento.

—Espero que te parezca bien —dijo Robert, metiéndose las manos en los bolsillos.

—Es impresionante, y estás muy guapo cuando te pones nervioso.

—No estoy nervioso —mintió.

—Entonces, tampoco estás guapo.

Dio un paso hacia él. Robert permaneció donde estaba y respiró hondo.

Junto a la chimenea, Jeannie vio uno de aquellos gabanes que los hombres usaban para dejar sus trajes. Había una chaqueta azul y una corbata de seda roja.

—Ten —dijo tomando la corbata.

Estaba a punto de echar a perder una corbata que probablemente costaba cientos de dólares.

Pero se trataba de Robert, el hombre que había echado abajo varios de los edificios más caros del mundo para poder tener vistas al lago, así que daba igual la corbata.

Hizo un nudo corredizo en una de sus muñecas y se volvió hacia él con los brazos estirados.

—¿Qué te parece si me atas para asegurarte de que no me agarro a ti?

Robert se quedó boquiabierto y se sonrojó. Jeannie no pudo evitar sentir un placer perverso al escandalizarlo. A duras penas podía mantener

el control y, después de haberlo observado durante horas contener las emociones, estaba consiguiendo derribar aquellos muros.

—Tú, yo... —comenzó, y cerró la boca, e hizo amago de ajustarse los puños de la camisa que no llevaba. —No.

—¿No? —replicó ella, y se enrolló el otro extremo en la muñeca antes de llevarse la corbata a los labios. —¿Ni siquiera para que me calle?

Robert tuvo que sujetarse a uno de los postes de la cama para mantenerse en pie. Ella sonrió, pero no se acercó a él. En vez de eso, lo rodeó y se quitó las sandalias.

—A menos que quieras que me deje los zapatos puestos.

Sin dejar de mirarla, negó con la cabeza mientras ella se subía a la cama y se colocaba en el centro. Luego se arrodilló y le tendió las manos.

—Robert, ven conmigo.

—No, podría hacerte daño y...

—No me lo creo —lo interrumpió. —No eres ningún monstruo así que deja de comportarte como tal. Eres el hombre más atractivo, complicado y atento que he conocido. Llevo años soñando contigo, con este momento. Además, no soy delicada. Confío en ti.

—Soy yo el que no confía en mí —gritó, aferrándose al poste. —¿No te das cuenta? Tampoco tú deberías confiar en mí.

Jeannie dejó caer la corbata y deshizo el nudo corredizo mientras volvía a ponerse de pie.

—Muy bien, dame tus manos.

—¿Qué? —dijo mirándola con incredulidad.

—Tus manos, dámelas y no hables —dijo pensando que no iba a hacerlo. —¿No confías en ti mismo? Vale. Voy a atarte al poste y, entonces, no podrás hacer nada.

Capítulo Nueve

Robert inspiró hondo cuando Jeannie se acercó a él.

—Voy a atarte y a cabalgarte. No voy a decir nada ni a tocarte, y no vas a poder hacer nada para evitarlo.

—Los Wyatt no nos dejamos dominar.

Aquello parecía una frase hecha, aunque no acababa de entender su significado en aquel momento. La mirada que le dirigió habría convertido en piedra a cualquier mortal, pero lo conocía demasiado bien como para dejarse amilanar.

—No me hagas esperar —le rogó.

Si decía que no...

—¿De verdad me esperarías? —preguntó él con voz áspera

Se suponía que no debía tocarlo, esa era la regla. Pero no podía no hacerlo cuando se le veía tan devastado. Le rozó con la punta de los dedos la frente y, al ver que no se apartaba, le acarició los lados de la cara.

—Siempre —susurró Jeannie junto a su frente. —Siempre te esperaré. Confía en mí, confía en ti.

Robert ahogó una exclamación y la apartó. Ella se tambaleó y, después de recuperar el equilibrio, lo vio ofrecerle las manos.

No la miró. Mantuvo la mirada baja, los hombros erguidos y sí, aquello era la guerra. Pero ahora sabía que no estaba luchando contra ella. Estaba luchando contra sí mismo.

Le ató la corbata de seda a las muñecas y luego al poste. No apretó, así que podía soltarse sin dificultad. Pero no pretendía retenerlo por seguridad, sino para demostrarle que podía confiar en sí mismo. Eso era lo que lo que a Robert le hacía falta y temía preguntarle por qué.

Una vez hecho el nudo, se acercó al borde de la cama para ponerse a su lado.

—Voy a ayudarte a subir a la cama —dijo apoyando las manos en sus hombros.

Robert estaba temblando. Lo hizo volverse y le desabrochó el cinturón y la cremallera de los pantalones cortos. A pesar de su actitud defensiva, su erección era evidente. Quería decirle muchas cosas: que le parecía impresionante, que había soñado con él de muchas maneras, que quería saber lo que le gustaba... Cualquier cosa con tal de romper aquel silencio.

Sin embargo, no lo hizo porque esas eran las reglas. En su lugar, se concentró en su respiración entrecortada y en cómo se puso rígido cuando su mano rozó aquel bulto impresionante. No lo tanteó ni deslizó la mano bajo sus calzoncillos. Ni siquiera se los bajó. Ya lo haría cuando estuviera en la cama.

Podía explorarlo antes de que pudiera liberarse. Podía abrirle la camisa y tomar lo que quisiera de él.

No lo hizo. Le había dado mucho: dinero, tiempo y tranquilidad. ¿Pero aquello? Robert le estaba dando el regalo máspreciado de todos, su confianza, y no quería abusar de ella.

—Agáchate —dijo ella en tono tranquilo. —Sí, así.

Tiró de él hacia la cama y lo colocó con las piernas hacia el centro de la cama, dejándole mucho espacio para moverse.

Jeannie se dio cuenta de que también ella estaba temblando. Aquel hombre estaba destrozado de una manera que temía no entender y que tampoco podía arreglar. Pero seguía siendo Robert, reflexivo en sus exigencias, exagerado en sus atenciones, seductor en su intensidad.

—¿Bien? —preguntó, observándolo atentamente mientras se quitaba las bragas.

Robert asintió. Ella se subió de nuevo a la cama y se puso de pie junto a él.

Incluso atado al poste, con los pantalones desabrochados y el color subido, había algo etéreo, casi de otro mundo, en la forma en que sus ojos la miraban fijamente.

—¿Me dejo el vestido o prefieres que me lo quite? —preguntó, levantándose el bajo.

Su mirada bajó hasta su sexo expuesto y Robert respiró hondo.

—Déjate.

Pasó por encima de él sin soltar el bajo del vestido, dejándole entrever su cuerpo. El calor inundó su sexo mientras la observaba ansioso, con las manos sujetas por encima de su cabeza. No hizo ningún intento por soltarse.

Tenía a uno de los hombres más formidables de la ciudad, probablemente del país, a su merced. La energía era embriagadora.

Dejó caer el bajo del vestido y Robert ahogó un gemido, pero no le permitió volver a mirar. En vez de eso, se acuclilló hasta sentarse sobre sus muslos.

—¿Bien?

—Sí.

Esta vez, su voz sonó más profunda al mirarle los pechos. Bajo sus calzoncillos, su erección empujó. Jeannie le quitó los calzoncillos y ahogó una exclamación al liberarlo. Su miembro se estiró orgulloso, potente y ligeramente arqueado hacia la izquierda. Quiso rodearlo con su mano y sentir su piel ardiente, llevárselo a la boca y acariciarlo con la lengua hasta que no pudiera resistirlo. Pero había hecho una promesa.

—¿Tienes preservativos?

—En el cajón —contestó él señalando con la barbilla hacia la mesilla de noche.

Jeannie se echó sobre el colchón y sacó la caja de preservativos del cajón. Estaba cerrada. ¿La habría comprado para ella?

Sacó uno, abrió el envoltorio y luego volvió junto a Robert. Se afanó en ponérselo, aunque no fue fácil porque seguía temblando. Volvió a colocarse sobre él hasta que su miembro erecto quedó justo debajo de ella. Deseaba tocarlo desesperadamente, pero como no podía, toda su atención estaba puesta allí donde sus cuerpos se rozaban.

—¿Bien?

—Sí —contestó él sin dudar.

—Estupendo.

Empezó a mover las caderas, dejando que su erección acariciara su rincón más sensible. Toda su atención estaba en aquel movimiento. Tenía

que poner cuidado para mantener el equilibrio. Aquel era el momento más erótico de su vida.

Tomó sus pechos por encima del vestido y se acarició los pezones mientras sus piernas se aferraban a las caderas de Robert. Luego se colocó sobre su erección, y Robert jadeó y empujó las caderas.

Inesperadamente alcanzó el orgasmo y echó la cabeza hacia atrás. Se habría dejado caer sobre él si no se hubiera movido para tomarla con sus rodillas.

Sus jadeos llenaban la habitación. Sentía sus palpitaciones junto a su sexo hinchado y ardiente, sin poder hacer nada al respecto. Cuando pudo volver a sentarse, se quedó mirándolo con una sonrisa dulce en los labios.

—Ha sido maravilloso.

Lo que daría por echarse sobre su pecho y besarlo...

Se incorporó y sintió que su erección la buscaba. Lentamente se hundió en él. No había nada más en el mundo que aquello: la seda roja por encima de su cabeza, sus intensos ojos azules, la fuerza de su cuerpo mientras la llenaba... Ahogó un grito. Nunca había sentido nada tan maravilloso como Robert dentro de ella.

Se llevó un par de dedos a la boca, levantó el bajo del vestido y se acarició con sus dedos húmedos. Robert jadeó y trató de empujar con sus caderas, pero Jeannie usó todo su peso para inmovilizarlo contra el colchón.

—Espera —dijo moviendo sus dedos en círculos, acariciando el punto donde sus cuerpos se encontraban. —Déjate llevar, Robert. Disfruta conmigo.

Él asintió con un pequeño movimiento. Tal vez solo era capaz de eso.

Jeannie cumplió su palabra. Solo lo tocaba en su interior y donde sus caderas descansaban en las de él. Esperó a que su respiración se calmara y recuperara el control. Quería que se concentrara en aquel momento de intimidad que estaban compartiendo.

Lo aprisionó con sus músculos interiores y el placer se disparó. Luego empezó a mover las caderas, subiendo y bajando sobre él a un ritmo muy lento. Se llevó la mano libre al pecho, tiró del escote del vestido, ahuecó el encaje rosa del sujetador y, después de chuparse el pulgar, comenzó a acariciarse el pezón.

Los ojos de Robert se oscurecieron y se movió debajo de ella, usando sus pies para empujar. Pero eso no fue todo. Mientras lo miraba fijamente, le vio llevar la mano a la corbata.

Tuvo que hacer un esfuerzo por no perder el equilibrio. Pero en vez de soltar los nudos, Robert tiró de los extremos y los apretó.

—No pares, Jeannie —dijo, y tragó saliva. —Por favor.

Una sensación de alivio la invadió con la misma fuerza que otro orgasmo y se pellizcó el pezón hasta que un dolor placentero la sacudió. Sintió que se sacudió en lo más profundo de su interior y luego ocurrió el mayor de los milagros: Robert sonrió. Se trataba de aquella ligera curvatura de labios, esa que nadie más que ella advertía.

Esta vez, cuando la penetró, ella correspondió con la misma intensidad a sus embestidas, y marcó un ritmo lento. No dejó de estimularse y pellizcarse el pezón. Sabía que Robert luchaba por contenerse y no quería ponérselo fácil. Si se lo proponía, sabía que podía hacer que se corriera en cuestión de segundos.

No sabía si alguna vez volvería a tenerlo así y no quería desperdiciar ni un solo instante del tiempo que pasaran juntos. Aquel momento lo recordaría el resto de su vida.

Se movió sobre él, tratando de mantener el control cuando lo que deseaba era dejarse caer sobre él. Los gemidos llenaban la habitación, el golpeteo de sus cuerpos, sus respiraciones entrecortadas... El rojo de su corbata, el oscuro deseo de sus ojos, la presión de su sexo, el modo en que se movía dentro de ella... Todo era perfecto.

Ella cedió primero y se inclinó hacia delante, pero se las arregló para no apoyar las manos en su pecho. En su lugar, las puso sobre el colchón y empujó con sus caderas cada vez más rápido.

—Robert —susurró, sintiendo que su clímax estaba cada vez más cerca.

—Jeannie.

Se desmoronó al oír su nombre de sus labios y lo besó. El placer le nubló el pensamiento y la capacidad de apartarse de él.

Robert emitió un gemido de satisfacción y se hundió una última vez en ella antes de ponerse tenso. Ella tomó todo lo que le ofrecía y estalló. No pudo evitar apartarse y echó la cabeza hacia atrás al alcanzar el clímax.

Entonces se dejó caer sobre su pecho, tratando de recuperar el aliento. Apenas tenía fuerzas de liberarse de él.

—Oh, Robert —dijo acurrucándose sobre su pecho.

Lo oyó inspirar y sintió sus manos tomándola de los brazos para apartarla. Al levantar la vista, lo único que vio fue la espalda de Robert antes de que la puerta se cerrara de golpe.

Se había marchado.

Capítulo Diez

Robert se quedó en lo alto de la escalera. Necesitaba volver con Jeannie y disculparse, incluso rodearla con sus brazos y besarla de nuevo. Pero no podía moverse.

Vio una sombra en la terraza. Jeannie había salido y seguramente estaría contemplando el lago. Se alegraba de que le gustara aquel paisaje. ¿Se quedaría para ver las estrellas?

Volvió al dormitorio y tomó ropa limpia. Aparte del olor a cítricos de su perfume, no había ni rastro de ella. La corbata estaba de vuelta en su sitio, las sábanas estiradas y el envoltorio del preservativo había desaparecido.

Curiosamente, quería que dejara su huella.

Después de asearse y vestirse, se quedó mirándola a través de las puertas abiertas. Había abierto el vino y había descubierto la cocina, donde Darna había dejado la comida en recipientes para mantenerla caliente.

No supo cuánto tiempo permaneció observándola. Se la veía igual y la envidiaba por ello. No se movió hasta que ella fue a servirse más vino. Entonces, salió a la terraza.

—Déjame que te sirva —dijo con voz ronca, y le quitó la botella de la mano.

—Sé servir vino —protestó.

—Llevas años sirviéndome. Ya es hora de que te sirva yo a ti.

La vio sonreír, pero evitó su mirada. Tenía la vista puesta en el lago.

Robert le llenó la copa y se sirvió otra para él. Luego, puso un poco de pollo en un plato. No tenía hambre. Rara vez comía a mediodía, pero así tenía una excusa para moverse por la terraza.

Por lo general, a Robert no le incomodaban los silencios. Estaba acostumbrado a trabajar en silencio y le gustaba la tranquilidad.

Pero en aquel momento, el hecho de que Jeannie no le estuviera hablando, lo incomodaba. Jugueteeó con la comida de su plato mientras ella comía. Ambos tomaron vino.

—Ahora puedes hablar —le dijo, sintiéndose ridículo.

—No, ya he dicho lo que tenía que decir. Es tu turno.

Respiró hondo y trató de que no se le acelerara el pulso. Se sentía abrumado por las nuevas sensaciones. Nunca había cenado en la terraza con compañía ni compartido aquel paisaje con nadie. Jamás había metido a nadie en su cama, y mucho menos había permitido que le ataran las manos. Había mucho que asimilar.

Entonces, empezó a hablar. Las palabras fluyeron con facilidad.

—Algo cambió cuando tenía catorce años —se oyó decir. —Supongo que maduré. Me llamó a su despacho. Que te llamara no era bueno.

La miró por el rabillo del ojo y la vio sujetar con fuerza la copa.

—Vaya.

—Aquella vez había una mujer allí —dijo y tragó saliva antes de continuar. —Llevaba poca ropa y era muy guapa.

Sintió vergüenza al recordar su confusión. Estaba preparado para las amenazas y el dolor, pero no para una mujer en bragas.

—Me dijo que ya era un hombre —continuó y vació la copa de un trago, —que tenía que aprender a tratar a una mujer, a dominarla.

Jeannie respiró hondo y no dijo nada. Por primera vez en su vida, Robert se sintió incómodo con el silencio.

—Me hizo tocarla y besarla. Quería que yo... —dijo y respiró hondo buscando la palabra adecuada. —Y cuando no pude...

Inesperadamente, Jeannie se levantó. Antes de que Robert pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo, le quitó el plato y la copa de la mano. El vino le goteaba por los dedos. No se había dado cuenta de que le temblaban las manos.

Jeannie se sentó sobre su regazo y hundió el rostro en su cuello. Debía de haber sido terrible porque no le gustaba que lo tocaran y no le había contado por qué, pero allí estaba ella, tocándolo, y él hablando sin poder parar.

—Me apartó de la mujer y me dijo que observara. Luego me enseñó lo que quería que hiciera.

Jeannie lo rodeó con los brazos por el cuello y la estrechó contra él como si temiera que fuera a apartarse de él. Nunca pensaba en ese día. Se le daba muy bien controlar sus reacciones, y esos recuerdos no estaban permitidos.

Pero en aquel momento lo recordaba todo: los gritos de la mujer, la sonrisa perversa de su padre, la sensación de culpabilidad por no haberla protegido... Solo el hecho de saber que lo golpearía hasta dejarlo sin sentido le había impedido marcharse de la habitación.

—Respira —susurró Jeannie. —Todo está bien, estoy aquí contigo. Respira.

—Le conté a mi madre lo que había pasado. No debería haberlo hecho Pero no pude guardármelo. Mi madre se enfadó tanto que se fue directa a su despacho, gritando y lanzando cosas al aire, y...

Y Landon se había vengado.

—¿Volvió a pasar? —preguntó Jeannie en tono suave.

—Sí, pero no inmediatamente.

La ira de su madre le había proporcionado a Robert unos meses de gracia.

—Oh, Robert —exclamó, y sintió algo húmedo y cálido recorriendo su piel mientras lo abrazaba. —¿Qué hizo tu madre la siguiente vez?

—No se lo conté.

Robert no había querido poner en peligro a su madre, así que había enterrado su horror y había tratado de ser el hombre que Landon quería.

Rio para sí. Si Landon le hubiera visto unos minutos antes, atado a la cama y desamparado mientras Jeannie le ofrecía su ternura, le habría dado un infarto.

—Me sentí abrumado cuando me besaste antes. Yo...

Aquel beso había sido perfecto y aterrador.

—Está bien, no pasa nada. Me salté las normas, lo siento.

—Yo también lo siento —dijo atrayéndola.

No supo cuánto tiempo permanecieron allí sentados.

—Llevo casi tres años sin ver a mi madre —añadió.

No tenía por qué contarle todo aquello a Jeannie, pero no podía evitarlo.

—¿Qué paso? —preguntó Jeannie.

El sol empezó a ocultarse por detrás de los edificios, inundando el cielo de tonos dorados.

—No quería quedarse conmigo. Le había dado una paliza y la traje aquí. Pero no confiaba en que yo pudiera protegerla y volvió con él.

—¿Cuándo fue eso?

—El día que entré por primera vez en Trenton's.

Aquel día, cuando había entrado en el bar, se había encontrado con Jeannie. No podía haber sido mera casualidad. Era como si hubiera estado esperándolo.

—¿Volverás a verla?

Su voz se quebró y Robert rezó para que no llorara. Las lágrimas no tenían sentido.

—Por eso tengo que estar en el inicio de campaña. La está usando como cebo para obligarme a seguirle el juego y que se nos vea como una familia feliz.

—Quiere que mientas por él. Qué cabrón. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a intentar apartarla y llevármela, mandarla a algún sitio donde no pueda encontrarla.

Jeannie se echó hacia atrás. Robert sintió que lo estaba mirando, pero evitó perderse en sus ojos marrones y se quedó mirando el lago.

—¿No irás a traerla aquí solo porque le guste ese horroroso papel pintado, verdad?

A punto estuvo de sonreír. Le había contado sus secretos más inconfesables y se sentía mejor.

—Por supuesto que no. Voy a mandarla a Nueva Zelanda —dijo, y al mirarla, el impacto de sus ojos llorosos le dio de lleno en el pecho. —Por eso necesitaba hablar contigo la noche que no estabas allí, para contártelo y saber si voy a hacer lo correcto.

Porque técnicamente iba a secuestrar a su madre y Landon podía castigarlo y recuperar a Cybil. Al menos, lo intentaría.

Pero Robert ya no era un niño. Abogados, contables, periodistas... todos estaban ansiosos por tomar parte de lo que podía ser el mayor escándalo de Chicago desde que Al Capone había reinado en la ciudad. Y Robert estaba moviendo los hilos.

Había llegado el momento de que Landon supiera de qué eran capaces los Wyatt.

—Por supuesto que estás haciendo lo correcto, Robert —dijo tomándole el rostro entre las manos. —Lo que pasara antes, no fue culpa tuya. Y tú no eres como él, eres más fuerte, siempre lo has sido y creo que él también lo sabe.

Los ojos le picaban, así que los cerró. Quería desesperadamente creer lo que Jeannie decía. Si de verdad era tan fuerte, habría sido capaz de mantener a salvo a su madre todos esos años.

Jeannie se apartó de su regazo y tiró de él para que se levantara. En silencio, lo condujo hasta su dormitorio, le quitó los calzoncillos y se sacó el vestido por la cabeza. Pero en vez de quitarse la lencería que llevaba, apartó las sábanas y lo empujó hacia la cama. Él no se resistió, no podía. La necesitaba, así que le hizo sitio, y ella se metió en la cama antes de cubrirlos a ambos con las sábanas.

—No puedo quedarme a ver las estrellas, esta noche no. Tengo que volver con Melissa.

—Claro —replicó y la estrechó entre sus brazos.

Quería que se quedara, y más aún cuando entrelazó una pierna con las suyas y se incorporó sobre un codo.

—Pero no voy a dejar que te enfrentes a él solo —anunció, y le dio un beso en el pecho. —Voy a acompañarte a la presentación de la campaña.

Capítulo Once

Jeannie no había vuelto a ver a Robert desde que se despidió de ella en la puerta de su casa hacía tres noches. Le había besado la mano antes de alejarse en el coche conducido por un sonriente Reginald. Pero sabía que Maja o Rona, o ambas, lo mantenían al día.

—El doctor Wyatt quiere asegurarse de que sale a pasear, así que voy a enseñarle cómo se usa este carrito —le había dicho Maja en una ocasión.

—El doctor Wyatt me ha preguntado si come bien. No dude en pedirme que le prepare lo que le apetezca —le había sugerido Rona.

Como si alguien pudiera resistirse a la comida casera. Si de ella dependiera, se habría estado alimentando de pizza y cerveza. Pero Robert no le había preguntado a ella directamente si disfrutaba de las comidas, de los paseos o de estar con Melissa. No había hablado con ella y tampoco había contestado los mensajes que le había mandado, y eso la inquietaba. Jeannie sabía que estaba ocupado con su trabajo e ideando planes para su madre. Se resistía a pensar que estuviera evitándola porque la hubiera besado o porque le hubiera contado sus secretos. Para empezar, no era un hombre hablador. Seguramente no sabía cómo plantear una conversación después de lo que habían compartido.

Pero se le empezó a pasar por la cabeza que no quería que asistiera al inicio de campaña y no estaba dispuesto a permitirselo.

Así que le mandó un mensaje de texto.

—¿A qué hora el sábado?

—Ni hablar.

—Sí, voy a ir contigo.

—De ninguna manera. No es seguro para ti.

—Para ti tampoco. ¿Por qué enfrentarte a él a solas? Necesitas apoyo.

—Me niego en rotundo. No quiero que corras peligro.

Jeannie sonrió al leer aquello mientras acariciaba la espalda de Melissa. Estaban acurrucadas en el sofá y la casa estaba en silencio. Maja no estaba allí y Rona volvería al día siguiente.

Una semana antes, aquella situación le habría provocado pánico. Pero ya no. Seguía sin saber cómo criaría a una niña cuando Robert dejara de pagar a aquel ejército de gente que la estaba ayudando, pero al menos ya no sentía miedo cada vez que tomaba al bebé en sus brazos.

—Tampoco yo quiero que te arriesgues.

—No voy a llevarte. Fin de la discusión.

—Entonces, me colaré en la fiesta.

—No, Jeannie.

Podía imaginar su tono de desesperación mientras escribía los mensajes. Podía conseguir que cualquiera hiciera lo que él quisiera con un chasquido de sus dedos y dinero. Cualquiera menos ella.

—Llevo colándome en fiestas y discotecas desde que tenía catorce años. Me presentaré con mi vestido amarillo. Llamaré la atención. Créeme, se me da muy bien.

—No.

—No puedes impedirlo, así que llévame. Así podrás vigilarme. ¿Quién sabe el lío que puedo montar? Puede que pise el pie al candidato o que le eche el vino a la cara.

Robert no contestó inmediatamente y Jeannie le dio tiempo. Melissa gimió entre sueños. Tenía diecisiete días. Hacía diez que Nicole había muerto, nueve desde que Jeannie había llegado a casa con ella y ocho desde que Robert había sido la respuesta a sus oraciones. Además, era el primer día que Maja no se quedaba a dormir en casa.

La próxima vez que fuera a casa de Robert, si alguna vez volvía a invitarla, no se marcharía hasta que viera el reflejo de las estrellas en el lago.

Se imaginó a Nicole entrando en el pequeño salón, haciendo algún comentario sobre lo lanzada que era, siempre haciendo las cosas sin pararse a pensar.

—No haces más que meterte en problemas —le decía siempre Nicole. —No has salido de uno cuando ya estás en el siguiente.

Después de que su madre muriera y se quedaran solas, su hermana con diecisiete años y ella con apenas diez, Nicole no había dejado de repetírselo. Echando la vista atrás, Jeannie entendía el miedo con el que Nicole debía de haber vivido.

Jeannie había seguido metiéndose en líos: fiestas, chicos, alcohol... Había acabado llevando a su hermana al límite. Había sido un alivio para ambas cuando Jeannie había hecho la maleta y se había marchado.

Entonces, cuando por fin se habían reconciliado, después de que Nicole decidiera tener una familia, había seguido diciendo lo mismo. Pero había pasado a decirlo con ternura y no como reprimenda, y Jeannie había entendido su intención. Y era con aquel cariño fraternal como quería recordar a Nicole, una mujer complicada que había hecho lo que había podido con lo que le había tocado vivir: un padre perdido, una madre muerta, una hermana traviesa...

«Lo siento. Lo hago lo mejor que puedo. Te quiero», pensó Jeannie.

Su teléfono volvió a recibir un mensaje.

—No puedo permitirlo.

Si lo tuviera delante, no sabría si estrangularlo o abrazarlo.

Hacía tres días desde que habían quedado a comer, tres días desde que el respetable doctor Robert Wyatt se había dejado tocar y le había contado su secreto más inconfesable.

Había hecho mucho por ella y por Melissa, y lo único que ella había hecho por él había sido servirle sus Manhattans. Tal vez no pudiera proporcionarle ayuda material, pero podía ayudarlo a enfrentarse a sus demonios o, más concretamente, a uno de ellos.

Esta vez se metería en problemas por una buena causa. El plan era simple: apoyar a Robert y ayudar a su madre. Iba a ser un infierno de fiesta.

Cambió de postura a Melissa para poder escribir mejor.

—Robert, no soy tu empleada. No puedes prohibirme nada. Déjame que te acompañe.

—No puedo pedirte que lo hagas.

—No me lo estás pidiendo.

—No es ninguna obligación.

—Voy a ir. Déjame que vaya contigo.

Melissa se agitó dentro de su manta y lloriqueó. Según le había explicado Maja, aquel sonido significaba que tenía hambre. Jeannie miró la hora. No podía quedarse tumbada mucho más tiempo, mandando mensajes.

—Robert, déjame ir contigo, por favor.

—No puedes ponerte el vestido amarillo. Es un acto formal.

—No tengo nada más elegante.

—Te mandaré algo. Si vamos a hacer esto, hagámoslo bien. No debe saber quién eres.

—Me mezclaré con el resto de asistentes y pasaré desapercibida. Te lo prometo.

Se había salido con la suya. Se integraría sin ningún problema. Llevaba años sirviendo copas a la alta sociedad. Conocía los modales y los temas de los que hablaba aquel uno por ciento de la población.

Para engañar a alguien como Landon Wyatt tenía que creerse su papel para que nadie la cuestionara. Tenía que mostrarse segura y audaz. No solo tenía que encajar allí, también tenía que controlar de la situación.

Claro que todo dependería de la ropa que se pusiera. A saber lo que Robert iba a mandarle.

De pronto apareció en la pantalla de su móvil una palabra.

—Gracias.

—¿A qué no era tan difícil?

—Nos vemos el sábado a las seis.

—Te estaré esperando.

Robert no contestó, pero tampoco hacía falta que lo hiciera.

Melissa se revolvió y Jeannie se puso de pie. Tenía que dar de comer al bebé, cambiarle el pañal y ¿después?

Tenía que prepararse para el sábado por la noche. Tenía una cita con el soltero más atractivo de Chicago y tenía la sensación de que, antes de que todo acabara, tendría oportunidad de ver las estrellas.

Capítulo Doce

Robert no estaba nervioso porque él era un Wyatt y los Wyatt no se ponían nerviosos. La ansiedad era un síntoma de inseguridad y los Wyatt siempre se mostraban seguros.

Así que el sentimiento de intranquilidad, los sudores y el estómago revuelto no eran por los nervios. No le preocupaba cómo iría la noche. Tampoco las trampas que había tendido y cómo se desarrollaría todo ante la opinión pública. Estaba convencido de que conseguiría llevarse a su madre y enfrentarse a Landon.

Estaba deseando ver lo que los estilistas habrían hecho con Jeannie. Kelly había mandado un equipo de tres personas para que la vistieran y prepararan para su mundo. Cómo la había echado de menos.

Había pasado una semana desde que la había llevado a su casa, siete días desde que había permitido que lo tocara y había buscado consuelo en ella. Durante esos días, solo había pensado en sentar las bases para poner fin a la amenaza que suponía Landon Wyatt.

Empezaba a reconocer la sensación de echarla de menos. Era la misma sensación que había tenido la noche que no la había encontrado en el bar. El mismo deseo que lo había asaltado cuando la había llevado a casa después de su cita.

Era extraño pensar que una simple comida lo había cambiado, pero así era. Ella le había hecho cambiar. Lo curioso era que... la había echado de menos. Y no solo por la forma en que le hablaba o le escribía los mensajes de texto. Era la única persona que se atrevía a discutir con él y que lo escuchaba con toda su atención.

Gracias a lo que había hecho, él había conseguido algo que siempre había creído que estaba fuera de su alcance.

El sexo con Jeannie había sido diferente. No había tenido nada que ver con sus experiencias anteriores. ¿Tenía idea de lo especial que era? Por

supuesto que no. Le había regalado algo nuevo, algo real. La había visto disfrutar del placer, atrayéndolo y envolviéndolo con su cuerpo y, después de una semana, seguía deseando más.

Lo que no estaba bien. Lo había dejado en una posición débil y por eso había conseguido convencerlo de que la llevara a conocer a sus padres.

No estaba seguro de no estar perdiendo el control. Robert Wyatt nunca habría accedido a aquello. Presentársela a Landon no era solo una mala idea, también conllevaba riesgos tanto para Jeannie como para ambos.

Reginald aparcó frente a la pequeña casa de Jeannie y Robert sintió que aquella extraña sensación de inquietud desaparecía. Era demasiado tarde para dar marcha atrás. El plan ya estaba en marcha. El fotógrafo del periódico y los vigilantes ya estaba en sus puestos. Kelly, el asistente de Robert, tenía un avión dispuesto.

Robert había entrevistado personalmente a la enfermera, una joven soltera con excelentes referencias, pasaporte en vigor y deseos de conocer mundo. Estaba más que dispuesta a mudarse a vivir a un país extranjero por un período de seis a doce meses con el salario y los incentivos que Robert le había ofrecido.

Tal vez todo saliera bien esa noche. Conseguiría no solo que su madre se fuera con él sino demostrarle al mundo cómo era realmente Landon Wyatt.

Solo necesitarían una distracción. ¿De qué sería capaz Jeannie? Eso era lo que temía.

Aquello era una locura.

Reginald abrió la puerta de Robert, que salió del coche y se quedó mirando lo que tenía delante. Le gustaba lo que veía. El jardín había sido desbrozado y había nuevos arbustos. Estaba previsto que los pintores empezaran a trabajar la semana siguiente, en cuanto la obra del tejado terminara.

Sonrió para sus adentros. La casa de Jeannie era pequeña y estrecha, y estaba lejos de poder considerarse de buen gusto, pero se le hacía agradable subir aquellos tres escalones y pensar en cómo se abriría la puerta antes de tocar el timbre y verla.

De repente, todo se detuvo: su respiración, su pulso, sus pasos...

—Robert, te estaba esperando —dijo aquella diosa sonriendo.

Tuvo que agarrarse a la barandilla.

—¿Jeannie?

La diosa arqueó una ceja y sonrió, y entonces reconoció a Jeannie bajo el maquillaje, el peinado y el vestido.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —preguntó y giró sobre sí misma.

Robert se echó hacia delante y se sujetó al marco de la puerta. Una oleada de lujuria pura e intensa a punto estuvo de hacerle caer de rodillas. La había visto en ropa interior y acariciándose el sexo mientras se hundía en ella. Pero nunca la había visto así.

No reconocía a su camarera. Jeannie se había transformado completamente. Su pelo corto lucía un peinado estiloso, sus ojos se veían oscuros y misteriosos y sus labios dos tonos más oscuros que el vestido rojo que llevaba. Unos diamantes en forma de lágrima caían de sus orejas y un collar con un enorme diamante descansaba entre sus pechos, que apenas se contenían dentro del pronunciado escote del vestido. La falda se ceñía a sus caderas y piernas de una forma que solo podía ser descrita como indecente.

Estaba escandalosamente sexy y, lo que era más importante, irreconocible. Estaba perfecta.

—Parece que te he dejado sin palabras. Este silencio es muy diferente al tuyo habitual —dijo tocándose con la lengua el labio superior. —Muy diferente —repitió.

Robert tuvo que contener un gruñido. Apenas reconocía su voz. Arrastraba las vocales y su tono era más agudo.

Maja llegó de la habitación del niño.

—¿Ve? Le dije que funcionaría.

Jeannie sonrió y ahí estaba de nuevo su Jeannie.

—Temía que el vestido fuera demasiado, por no hablar de los diamantes, Robert —explicó como si Robert le hubiera hecho una pregunta cuando lo único que estaba deseando era arrancarle el vestido y apoderarse en su cuerpo. —Los estilistas trajeron uno negro, pero...

—Pero con su tono de piel —interrumpió Maja, —el rojo le sentaba mejor. Además, es el color de la suerte.

—Sí —convino Robert.

Jeannie se volvió hacia él y de nuevo se la veía diferente. No acababa de ver en qué sentido, pero así era.

—Y tú —dijo ella bamboleando las caderas mientras se acercaba a él, —estás muy guapo con ese esmoquin —afirmó y le ajustó la pajarita.

Él asintió con la cabeza. ¿Qué le había dicho en los mensajes? Que pasaría desapercibida. Se lo había prometido. Con aquel vestido, difícilmente lo conseguiría, pero le daba igual.

—Pónganse en marcha —dijo Maja, entregándole a Jeannie algo que había tomado de la mesa. —Disfruten de la noche. Y tranquilos, voy a estar aquí, así que...

Robert se dio cuenta de que la niñera les estaba dando permiso para no volver a casa.

Bueno, le pagaba lo suficiente para eso y mucho más.

Volvió a asentir, esta vez con su habitual seriedad, mientras Jeannie le alisaba las solapas.

—Gracias —dijo y Maja inclinó la cabeza a modo de respuesta.

Jeannie le sonrió y tuvo que contenerse para no estrecharla entre sus brazos y echar a perder la pintura de sus labios. Esta vez quería tocarla, ver su cuerpo completamente desnudo y sentir sus manos acariciándolo. Quería saborear cada rincón de su cuerpo, recorrer su piel con los labios y hundirse en ella.

—Tenemos que irnos —dijo con aquel extraño tono de voz.

—Sí —replicó sin apenas reconocer la suya.

Se volvió y se acercó a Maja.

—Buenas noches, pequeña —dijo acariciando la cabeza de Melissa. —Te quiero.

Robert tuvo que aferrarse de nuevo al marco de la puerta porque aquello era algo nuevo y auténtico, y no le veía sentido a aquella muestra de amor maternal.

—¿Vamos? —preguntó Jeannie volviéndose hacia él con una sonrisa sensual.

—Sí.

—¡Diviértanse! —exclamó Maja a modo de despedida.

En silencio, Cybil se aplicó una gruesa capa de base de maquillaje y se la extendió hasta el cuello. Lupe, su doncella, se la esparció por la espalda y los hombros para cubrir los moretones. Todavía no habían desaparecido y si Landon veía algún rastro de su violencia...

Sería mucho más fácil si llevaba un vestido con una chaqueta, pero Landon había elegido para ella un vestido azul oscuro sin hombros, con una capa superpuesta. Era elegante y sofisticado, y dejaba al descubierto sus hombros y escote.

Lupe terminó con el maquillaje y se dispuso a recogerle el pelo en un moño alto. Se movían en silencio. Hacía tiempo que Cybil había aprendido a no confiar en los empleados.

Esa noche iba a ver a Bobby. Volvería a estar con su hijo y confiaba en verlo feliz, gracias a haber mantenido a Landon lejos de Bobby.

Tenía esperanzas de que Bobby la hubiera perdonado por irse, de que entendiera que lo había hecho por protegerlo, pero no quería que se le notara. No había ninguna muestra de emoción en sus ojos mientras miraba a Lupe en el espejo. Estaba resignada a cumplir con su papel de anfitriona de la gala, un papel que desempeñaría a la perfección. Estaba preparada para comportarse como la esposa de un político y mostrar una amplia sonrisa mientras su marido mentía acerca de lo mucho que le preocupaba su país, su ciudad, los millones de personas cuya vida podía mejorar... o arruinar. Después de todo, tenía años de práctica.

Si Bobby volvía a ofrecerle protección...

No podía ir a su casa, no podía ponerlo en peligro de nuevo. Aunque eso ya lo sabía él y no volvería a cometer el mismo error.

«Por favor, Dios mío, tampoco me dejes a mí cometer el mismo error otra vez».

Tenía que haber una manera.

—¿Estás respirando? —preguntó Jeannie mientras el coche avanzaba entre el tráfico del centro.

Le acarició los nudillos a Robert. La tenía agarrada fuertemente de la mano. Le había explicado la personalidad que adoptaría esa noche y él no estaba del todo de acuerdo. No podía culparlo. Aquello era sin lugar a dudas la mayor locura que había hecho en su vida.

—Sí, estoy bien.

—Lo dudo.

—¿Tienes algún plan? Se me da bien improvisar, pero creo que estamos en una situación que conviene tenerlo todo atado —dijo y después de unos segundos, añadió—: Sería una buena idea que me lo contaras.

—Reginald estará aparcado junto a la entrada de servicio con el motor encendido. Hay un ascensor en la parte de atrás, cerca de los aseos. Está al final de un pasillo corto —dijo y se aclaró la voz. Parecía nervioso. —Si consigo que se venga conmigo, nos iremos sin echar la vista atrás.

Se quedó pensativa unos segundos, acariciando el colgante de diamantes. Aquella joya debía de costar más de lo que ganaba en un año, sin mencionar los pendientes o el vestido. ¡Un vestido de Valentino! Probablemente llevaba treinta o cuarenta mil dólares encima. Aunque para Robert no debía de ser nada, a ella le daba vértigo.

Pero no iba a permitir que nada la asustara esa noche. Iba a entrar en la fiesta del brazo de Robert como si fuera una reina. Al fin y al cabo, habían hecho falta tres estilistas, un puñado de diamantes y un Valentino para conseguirlo.

—Entonces, ¿qué quieres, que distraiga a tu padre mientras vosotros os vais al aeropuerto?

—No, permanecerás a mi lado todo el tiempo —dijo y se ajustó los puños de la camisa con la mano libre. —Bajo ninguna circunstancia te quedas a solas con él.

—Puedo arreglármelas sola, Robert. Llevo sirviendo copas y evitando que me metan mano desde que era una adolescente. No te preocupes.

—Ni se te ocurra quedarte a solas con él —repitió muy serio.

—De acuerdo. ¿Cómo sabremos que no nos sigue?

—No querrá montar una escena. El objetivo de esta noche es hacer un numerito.

—¿Qué pasa, es un suponer, que me quedo a solas con tu madre? ¿Quieres que me la lleve, por ejemplo, al baño? Podrías quedarte vigilando a tu padre y yo llevarla hasta el coche.

Robert parecía dudar.

—Reginald sabe adónde ir. Todo lo demás está preparado. Si encuentras la oportunidad, simplemente llévatela —dijo y le acarició la mejilla. —Pero ten mucho cuidado. No podría soportar la idea de que te pasara algo.

Estaba nervioso. Cualquier otra persona no se daría cuenta, pero ella sí. Su voz era áspera y no dejaba de ajustarse los puños de la camisa. Además, había empezado a sacudir una pierna.

—Escúchame, cabezota. Estaré bien. Eres tú el que me preocupa.

—Si surge la oportunidad, prométeme que la aprovecharás. Hazme una llamada perdida y así sabré que te has ido y me escaparé. Confía en mí, Robert. No te preocupes.

—A los Wyatt —afirmó cuando el coche se detuvo ante un edificio justo al lado de la Milla Magnífica— nada nos preocupa. ¿Lista para la fiesta?

Su expresión se suavizó y las comisuras de sus labios se curvaron.

—Sí —dijo ella sonriendo.

Reginald les abrió la puerta y su rostro, normalmente jovial, palideció. Robert la ayudó a bajarse del coche y le puso la mano en el brazo.

—Estate preparado —le susurró a Reginald, que asintió antes de cerrar la puerta.

Una masa de gente esperaba para pasar el control de seguridad. Era una marea de atuendos oscuros, así que Jeannie se alegró de haber elegido el rojo. Su misión era distraer y, con ese vestido, destacaba como una sirena. Se cuadró de hombros, alzó la barbilla y trató de mostrarse aburrida mientras Robert se abría paso entre la gente.

Un hombre con cara de comadreja estaba al principio de la fila.

—Es Alexander, el leal asistente de Landon —le susurró al oído.

Ella asintió y se pegó a Robert. En otras palabras, no era una persona de fiar. No resultaba difícil mostrarse fría y distante, porque era así como se sentía.

—Doctor Wyatt, por aquí —dijo el asistente al ver a Robert, y le hizo una señal para que pasara el control.

De pronto, se disparó el flash de una cámara y Jeannie recordó que no estaba allí con Robert, el hombre complejo que trataba a niños enfermos y que había sido la respuesta a sus oraciones. No, estaba allí con el doctor Robert Wyatt, un soltero multimillonario y uno de los hombres más poderosos y peligrosos del estado.

Había llegado el momento de brillar.

Alexander los condujo hasta una escalera de caracol. Apenas podía seguir el ritmo de los largos pasos de Robert con aquellas sandalias que había elegido el estilista para combinar con el vestido.

La gente se quedaba mirándolos a su paso y, según pasaban a su lado, empezaban los comentarios.

—¿Sabes que padre e hijo no se llevan?

—No entiendo cómo ese Wyatt se ensucia las manos practicando la medicina.

—¿Quién es esa?

Se puso rígida. Tenía que hacer aquello a lo grande.

—Por aquí —dijo Alexander.

Miró a Jeannie y ella le devolvió una mirada altiva, desafiándolo a hacer algún comentario sobre el hecho de que Robert hubiera acudido con una cita.

Pero el asistente no dijo nada y los acompañó hasta un hombre casi tan alto y corpulento como Robert. Se trataba de Landon Wyatt, candidato multimillonario a gobernador y un completo idiota, al que rodeaba una corte de hombres y mujeres elegantemente vestidos que reían a carcajadas sus bromas. Parecían una manada de hienas.

Al lado de Landon había una mujer madura de porte distinguido, que sonreía y tocaba a su marido en el hombro de tanto en tanto, como si tuviera que hacerle saber dónde estaba en cada momento. Cuando Alexander les abrió hueco hasta el círculo más íntimo, la madre de Robert los vio.

Jeannie vio a Cybil Wyatt respirar hondo. Había un brillo especial en sus ojos.

Alexander tiró de la manga de Landon Wyatt y señaló con la barbilla a Robert. Cuando Landon se volvió hacia su esposa, se había quedado pálida.

—Ah, ya está aquí. Robert, hijo, ¿qué tal estás?

Jeannie sintió que Robert se ponía tenso.

—Papá —dijo y se volvió hacia Cybil, —mamá.

Carraspeó y, si no hubiera sido porque llevaba a Jeannie del brazo, se habría ajustado los puños de la camisa.

Por eso había insistido en acompañarlo esa noche. A pesar de que Robert podía resultar intimidante, ante su padre se paralizaba.

—¿Y qué tenemos aquí? No sabía que ibas a venir con acompañante, hijo.

Jeannie le dio unos segundos a Robert y, al ver que no decía nada, tomó la iniciativa.

—¿Cómo está? —dijo, exagerando un acento extranjero y, soltando el brazo de Robert, ofreció su mano a Landon. —Soy lady Daphne FitzRoy. Encantada.

—¿Lady FitzRoy? —repitió Landon, frunciendo los labios como si su instinto le estuviera diciendo que era una impostora.

—De los FitzRoy de Londres.

Ella suspiró exageradamente y entornó los ojos. No llevaba años leyendo románticas novelas históricas para nada. Todas aquellas escenas en salones de baile, con aquellos aristócratas británicos, tenían que servirle de algo.

—Se me olvidaban cómo son ustedes los americanos —continuó. —Quizá haya oído hablar de mi hermano, el duque de Grafton.

Landon Wyatt inspiró lentamente mientras sus pupilas se oscurecían. Por un instante, Jeannie entendió perfectamente por qué a Robert le aterrorizaba aquel hombre. Se sentía como un conejo a punto de ser presa de un lobo.

Pero ella no se dejaba asustar por nadie. Se aclaró la voz y se miró la mano. Landon debió de captar la indirecta porque se la besó. Jeannie contuvo un escalofrío.

—No conozco a ningún FitzRoy de Londres —admitió con una nota divertida en su voz. —De todas formas, bienvenida. Las amigas de mi hijo son mis amigas —añadió mirando a Robert. —Bien hecho, hijo mío.

Más que un lobo, aquel hombre era una serpiente con ojos hipnóticos.

No podía permitir que la sedujera. Retiró la mano y se volvió hacia la madre de Robert.

—Usted debe de ser Cybil. Encantada —dijo en tono neutro.

—No sabía que Bobby, digo, Robert, iba a venir acompañado —intervino Cybil, mirando alternativamente a su hijo y a Jeannie. —Es un placer conocerla.

Después de años observando clientes, a Jeannie no se le pasó por alto que Cybil Wyatt llevaba demasiado maquillaje, incluso en el cuello y el escote. ¿Quizá para ocultar moretones? Levantaba un hombro más que otro y sonreía de lado, como si le doliera la mitad derecha de la mandíbula.

Jeannie se fijó en un camarero y lo llamó chasqueando los dedos, disculpándose mentalmente por su actitud. El joven se acercó. No parecía molesto con su grosería. Jeannie tomó dos copas de la bandeja y le dio una a Robert.

—¿Es champán o una de esas imitaciones de las que los americanos os enorgullecéis? —preguntó levantando la voz.

Sintió que la miraban. Bien. Los había sorprendido, lo que significaba que no iban a dejar de mirarla.

—El champán es francés, te lo aseguro —dijo Cybil sonriendo. —El vino blanco espumoso no es lo mismo, ¿verdad? —preguntó y posó la mirada en su marido antes de rodearlo y tomar a Robert del brazo. —Cuánto me alegro de verte. Qué bien que hayas venido.

—Yo también me alegro —replicó mirando con preocupación a su madre. —Daphne tenía curiosidad por conocer cómo funciona la política en Estados Unidos.

Aquel era su papel. Agitó la mano en el aire y se bebió media copa de un trago. Tenía que parecer que estaba borracha.

—Exagera. La política y los políticos me parecen aburridísimos.

Las personas que tenía cerca ahogaron una exclamación ante aquel comentario insultante, pero se negó a acobardarse y mantuvo aquel aire de superioridad fingido para acaparar la atención de Wyatt.

Después de unos segundos que se hicieron eternos, Wyatt rompió en carcajadas y, enseguida, todos los que los rodeaban, lo imitaron.

—Vaya sentido del humor que tiene —dijo tomándola de la muñeca para que se acercara a él. —Cuénteme más cosas sobre usted, duquesa —añadió en tono jocoso.

No era el lugar más seguro, pero les daba a Cybil y Robert la oportunidad de apartarse un poco.

—Ah, no, no soy duquesa. La duquesa es mi cuñada. Puede llamarme lady FitzRoy —dijo en tono altivo.

Una verdadera aristócrata exigiría un trato respetuoso.

—Milady —dijo Wyatt esbozando una extraña sonrisa. Todavía no había decidido si era de fiar. —Cuénteme.

—¿Qué quiere que le cuente? —preguntó y chasqueó los dedos para llamar al camarero, que se apresuró a cambiarle la copa vacía por otra llena. —Grafton, mi hermano, forma parte de la Cámara de los Lores. Pero ya le digo que es tremendamente aburrido. Es tan responsable...

Frunció el labio en un gesto de desagrado a la vez que apartaba una pelusa invisible del hombro de Wyatt.

—Cuénteme: ¿para qué querría alguien presentarse a unas elecciones? —continuó. —En especial alguien de su posición. El servicio público es muy sacrificado, sobre todo para alguien con su talento —dijo y volvió la vista a Robert. —Como trabajar en un hospital, por el amor de Dios.

Aquel comentario funcionó. Wyatt echó la cabeza hacia atrás y rio exageradamente a expensas de su hijo. Jeannie sintió un escalofrío de pánico, pero sonrió y arqueó una ceja siguiéndole la corriente. En sus ojos vio su respuesta. Estaba ebrio de poder y, como cualquier adicto, necesitaba más.

—Como es sabido, nosotros los Wyatt tenemos una situación económica sólida.

Jeannie se encogió de hombros con desdén, como si ser multimillonarios fuera lo normal.

Las pupilas de Landon se dilataron. Estaba disfrutando. Eso era bueno.

—No busco ocupar el asiento de gobernador en mi propio beneficio —dijo y dejó caer la vista al escote de Jeannie. —Tengo todo lo que siempre he querido. Es hora de devolver algo a la gente de Illinois. Se merecen lo mejor y, después de tanto tiempo dirigiendo mi propia compañía, tengo la capacidad de enderezar las cosas y conducir a este gran estado al futuro.

Las hienas prorrumpieron en aplausos y se dispararon algunos flashes.

Jeannie volvió a llamar al camarero porque lady Daphne FitzRoy era una desconsiderada y una alcohólica. Dejó su copa medio vacía y la cambió por una llena antes de bebérsela de un trago. Necesitaba aparentar que estaba borracha.

Podía sentir los ojos de Robert en ella, pero se negó a mirarlo.

Capítulo Trece

— **V**en conmigo.

Robert mantuvo la voz baja, aprovechando las risas de la multitud para ocultar sus palabras. No miró a su madre al hablar. En vez de eso, fijó la vista en Jeannie o, mejor dicho, en lady FitzRoy. No podía creer que la gente se estuviera tragando aquella farsa, pero incluso Landon parecía prendado de ella. O, al menos, de sus pechos.

—... en un hospital, por el amor de Dios —dijo ella, tambaleándose hacia Landon mientras lo decía.

¿Cuánto había bebido? Aparte del vino que había tomado durante la comida del fin de semana, nunca la había visto beber antes.

Todos se reían a su costa, especialmente Landon.

—Puedo protegerte —añadió mientras la mirada depredadora de Landon se clavaba en Jeannie.

Jeannie le había asegurado que podía arreglárselas sola y tenía que reconocer que estaba siendo una fantástica distracción.

Su madre le apretó el brazo antes de apartar la mano.

—No es seguro —dijo esbozando una sonrisa falsa. —Vendrá a por ti y me encontrará.

Cybil no tenía buen aspecto. ¿Nadie se daba cuenta de su expresión de dolor? Estaba encorvada. ¿Acaso aquel capullo había vuelto a romperle las costillas?

Landon iba a pagar por todo lo que había hecho.

La atención se concentró en Landon y Jeannie. Ella tenía otra copa de champán en la mano y la estaba agitando, salpicando en todas direcciones. La gente retrocedió para evitar que los mojaran. Dio otro sorbo y dejó caer la copa. Un camarero atribulado la tomó al vuelo antes de que tocara el suelo, y le dio otra copa llena.

Landon dirigió una mirada burlona a su hijo y rodeó a Jeannie por la cintura, acercándola para susurrarle al oído.

Robert sintió que el estómago le daba un vuelco. Tenía que estar protegiendo a las mujeres que le importaban. Ya no era un chiquillo obligado a observar impotente cómo Landon hería a las mujeres para darle una lección.

Aquello no podía estar pasando. Jeannie no era una señorita de compañía y sabía muy bien con quién estaba tratando.

—Confía en mí —le había dicho.

¿Acaso tenía otra opción?

Jeannie lo miró con una sonrisa malvada en los labios. Luego desvió la mirada a su madre y cuando volvió a mirarlo, abrió un poco más los ojos. Le dio la sensación de que le estaba diciendo algo.

—No te encontrará —le dijo Robert a su madre, ocultando los labios detrás de la copa.

Había puesto en marcha su plan y ya no podía pararlo aunque quisiera. Necesitaba asegurarse de que Cybil no estuviera cerca de Landon cuando empezaran a caer las fichas o, si no, la culparía de que todo se viniera abajo.

—No podemos permitir que se salga con la suya. Necesito que vengas conmigo.

Durante lo que se le hizo una eternidad, Cybil no se inmutó. Ni siquiera lo miró. Simplemente sonrió ante algún comentario de Jeannie, probablemente sobre Robert. No estaba prestando atención.

—¿Cuándo?

Sintió tanto alivio que a punto estuvo de escapársele unas lágrimas.

—Mi coche está esperando. Jeannie o yo podemos acompañarte.

Aquello llamó su atención y se volvió hacia él, lo cual era un error. Nunca era una buena idea dar la espalda a Landon Wyatt.

—¿Quién?

—Mi cita.

Su madre se sonrojó como si le avergonzara que alguien ajeno a la familia conociera sus intimidades.

—Ah —fue todo lo que dijo y se volvió para mirar a Landon justo cuando Jeannie se zafaba de él.

Volvió a dar otro sorbo a su champán e inclinó la copa de tal manera que el contenido cayó directamente al suelo.

—Estoy ignorando a nuestra anfitriona —dijo fingiendo un acento terrible.

No podía creerse que la gente se estuviera creyendo aquella escena. Le costaba ver en aquella mujer a la misma que lo atendía detrás de la barra de Trenton's o a la que lo había atado con la corbata de seda. Era mucho más que la suma de aquellos momentos.

De repente echó a andar hacia Robert y su madre, deteniéndose para tomar una copa llena. Los amigos de Landon, hombres poderosos y muy ricos, se estremecieron al ver a aquella mujer haciendo el ridículo.

—¿Sabe? —dijo Jeannie arrastrando las palabras. —Creo que es todo un campeón. ¡Vaya!

Dio un traspie y el contenido de la copa fue a caer al vestido de Cybil, además de salpicar a Robert en la cara.

A punto estuvo de echarse a reír. Estaba seguro de que lo tenía todo planeado desde que le había dicho que iría con él. No había conocido nunca una mujer como Jeannie.

Se tambaleó sobre sus tacones y a punto estuvo el vestido de caérsele de los hombros y dejar al descubierto sus pechos al tropezar con su madre.

—¡Vaya! —exclamó con cierto tono histérico. —Le he estropeado el vestido. Qué lástima, era tan bonito... Grafton se llevará un disgusto —añadió tomando a Cybil del brazo. —No se lo contará, ¿verdad?

Su madre miró a su alrededor. El vino le goteaba de la barbilla y le caía sobre el pecho. Unos churretos de maquillaje corrían por el corpiño del vestido.

Un incómodo silencio había caído sobre los presentes. La gente no sabía si reír o hacer algo. Otra ronda de flashes se disparó, recordando que aquella desafortunada situación estaba siendo grabada.

Landon Wyatt dirigió una mirada asesina a Robert, que no se achicó. Mantuvo la mirada de su padre mientras se secaba el alcohol de la barbilla. Jeannie había hecho un gran trabajo provocando todo aquel desastre.

—No, claro que no —dijo Cybil y tomó de la mano a Jeannie antes de que el maquillaje dejara ver lo que ocultaba debajo. —¿Por qué no me

acompaña a los aseos? Seguro que se encontrará mejor después de refrescarse —añadió buscando con la mirada el permiso de su marido.

Aquella sería la última vez que Cybil le pedía permiso a su marido.

Landon asintió.

—Vamos a tener que pararle los pies a la duquesa —dijo volviéndose hacia su corte. —Estos extranjeros no saben beber.

—A mí no me importaría ocuparme de ella —se oyó a alguien decir.

Jeannie se apoyó en Cybil y dejó que la llevara al aseo de señoras, farfullando algo sobre lo disgustado que estaría Grafton.

Estaba claro que era toda una actriz y Robert se sintió orgulloso de su actuación. Pero enseguida, sintió un escalofrío de terror al ver la expresión con la que Landon miraba a las mujeres. Reconocía aquella expresión y tuvo que apretar los puños. A simple vista, parecía normal, pero aquella era la sonrisa que siempre había precedido los peores momentos de la vida de Robert.

Daba igual que Jeannie pareciera estar fuera de sí. Estaba en peligro por avergonzar a Landon delante de sus amigos y de las cámaras. También habría consecuencias para él por llevar a aquella llamativa lady FitzRoy a la fiesta. Cuando Landon descubriera que Jeannie se había marchado con su esposa...

Robert no podía respirar. Todo se complicó aún más cuando Landon se volvió. Su mirada fue a posarse en Robert y sonrió.

Todo aquello había sido obra de Robert. Él había accedido a que fuera y le había permitido que hiciera el papel de una aristócrata borracha. Tenía que protegerla. El estómago se le encogió. Mientras Landon tuviera el poder y los medios para ejercerlo, constituía una amenaza. Robert siempre lo había sabido. Por eso iba a mandar a su madre al otro lado del mundo. Landon era una amenaza para Robert, para Cybil y, desde ese momento, para Jeannie.

Robert contuvo el impulso de mirar su teléfono. En un par de minutos, Reginald pondría rumbo al aeródromo privado del norte de la ciudad, donde esperaba un avión con su tripulación.

La sonrisa de Landon se transformó en un gesto más afable cuando Robert sintió que otro hilillo de champán caía de su barbilla.

—Te ha conquistado, ¿verdad, hijo? —dijo entre risas, mostrándose como un padre comprensivo.

—No debería haberla dejado beber —replicó Robert. —Siento el desastre.

¿Cuántos segundos habrían pasado? ¿Estarían ya en el ascensor?

Landon lo miró fijamente antes de que su expresión se tornara divertida.

—Anda, ve a limpiarte, pero vuelve enseguida. En unos minutos voy a dar mi discurso y las cámaras estarán grabando.

—No me lo perdería —dijo Robert y se las arregló para esbozar una sonrisa.

No había dado ni tres pasos cuando recibió un mensaje en el teléfono.

—Ya en el coche.

—Idos.

—Te estamos esperando.

—Idos, maldita sea.

—Treinta segundos.

Robert echó a correr.

—Póngase el cinturón —dijo la mujer de rojo.

Ya no parecía extranjera ni borracha.

—¿Quién es usted? —preguntó Cybil sorprendida.

No podía creer que estuviera en un coche con una completa desconocida que la había metido en el ascensor y la había arrastrado hasta allí. Y no se oponía porque la alternativa a aquel secuestro era quedarse con Landon.

—Una amiga de su hijo —contestó la joven de rojo antes de dirigirse al conductor. —Treinta segundos —gritó. —Solo unos segundos más.

El conductor contestó algo, pero Cybil solo podía oír sus latidos.

Landon se enfadaría mucho si se enteraba de aquello. Bobby corría peligro, algo que siempre se había empeñado en evitar.

—Tengo que volver —anunció tratando de soltar el cinturón.

—Lo siento, señora Wyatt, pero eso no va a pasar —dijo y puso la mano sobre el cierre del cinturón. —Siento haberle estropeado el vestido. Era precioso.

—Irá a por Bobby —dijo, quebrándosele la voz. —Hará daño a mi hijo. ¡Tengo que protegerlo!

—Es un hombre adulto —replicó la desconocida, tomando las manos de Cybil. —Bobby es capaz de protegerse. Confíe en él.

El coche empezó a moverse.

—Cinco segundos más —gritó la mujer al conductor.

—Ha dicho que nos vayamos ya —contestó el hombre.

—¿Qué está pasando? —preguntó Cybil.

—La vamos a llevar a un sitio seguro —dijo la joven rodeándola por los hombros. —Créame, su marido nunca la encontrará.

El coche volvió a ponerse en marcha justo cuando la puerta se abría. Cybil gritó pensando que era Landon, pero era Bobby, su Bobby, el que se estaba subiendo al coche.

Bobby se sentó a su lado y la abrazó.

—Hijo mío —dijo echando a perder el esmoquin con sus lágrimas y su vestido manchado de maquillaje y champán.

—Te tengo, mamá. Ya estás a salvo.

—Pero tú no. ¿Por qué, Bobby, por qué te arriesgas por mí?

—Es más fuerte de lo que piensa —intervino la desconocida, —porque así es como lo crio.

Cybil recuperó la compostura. Tenía años de práctica.

—¿Quién es usted? —preguntó, consciente de que su hijo confiaba en ella.

La mujer sonrió y Cybil sintió un rayo de esperanza en su interior.

—Soy su camarera.

Capítulo Catorce

—¿**E**stás seguro de esto? —preguntó Cybil a Robert mientras subían la escalerilla del avión.

—Sí. Llámame cuando quieras y, en unos meses, iré a verte —dijo Robert mientras la acomodaba en el asiento. —No nos separará.

Su madre sollozó.

—No dejes que te haga daño. No podría vivir si...

Robert le dio un beso en la mejilla.

—Ya no soy un niño, mamá. Te prometo que tengo la situación bajo control. Tú concéntrate en ponerte bien —dijo y señaló a la enfermera. —Bridget estará contigo todo el tiempo.

Su madre asintió, asustada. Luego miró por la ventanilla y pareció tranquilizarse. Robert siguió la dirección de su mirada y vio a Jeannie junto a la limusina.

—Espero que sepas lo que haces —añadió.

—Claro que sí.

—Muy bien —dijo su madre volviéndose hacia él. —Pero prométeme una cosa, Bobby: sé feliz. Es lo que siempre he querido para ti.

Robert tuvo que tragar saliva antes de hablar.

—Es lo mismo que quiero para ti.

Le dio un beso de despedida y repasó los últimos detalles con Bridget. Luego bajó la escalerilla y volvió con Jeannie. Después de esa noche, no tendría el consuelo de recurrir a ella cuando la necesitara. No tendría el lujo de amarla hasta que Landon estuviera en la cárcel o bajo tierra.

Jeannie lo tomó de la mano y durante un instante tuvo esperanzas mientras se cerraba la puerta del avión. Le había dicho que lo esperaría,

pero no era justo para ella. Tenía una vida, un bebé al que cuidar y un trabajo que disfrutaba. Él era su cliente y tal vez también su amante, pero eso no la hacía suya.

Robert sabía que Landon diría que Jeannie le pertenecía, que era un Wyatt y que los Wyatt tomaban lo que querían. Le diría que tenía que exigir respeto, como si el respeto fuera más mágico que el amor o la confianza.

Sí, eso sería lo que Landon Wyatt haría y por eso tenía que dejar marchar a Jeannie.

El avión se puso en movimiento y Robert se despidió de su madre con la mano. Jeannie se apoyó en él y permanecieron en silencio mientras el avión rodaba por la pista y despegaba.

Ya estaba hecho. Su madre estaba de camino y todo iba encajando. Pero ¿por qué no podía moverse?

Porque si se movía, el fin de la noche estaría más cerca, así como su tiempo con Jeannie. No estaba seguro de ser lo suficientemente fuerte como para hacer lo que tenía que hacer.

—Señor, ¿quiere que le ponga al día? —preguntó Kelly acercándose.

Robert asintió mecánicamente antes de volverse hacia Jeannie.

—¿Me esperarás?

—Claro —contestó acariciándole la mejilla.

Luego lo besó allí donde lo había acariciado.

Tenía que dejarla marchar y, si no le hacía caso, tenía que mantenerla apartada.

La rodeó por la cintura y la abrazó con fuerza, respirando su aroma. Cada instante era un recuerdo más al que se aferraría más tarde.

—Esperaré en el coche —le susurró al oído.

Pero no la soltó. Solo necesitaba unos segundos más. No podía llevarla a su casa porque Landon se presentaría en cualquier momento, lleno de odio y rabia, y los seguiría. Además, Maja estaba en casa de Jeannie con el bebé.

—Después de esto —le susurró, —te llevaré a ver las estrellas.

—¿Desde tu terraza? —preguntó estrechándose contra él. —Me gusta la idea —dijo tomándolo de las solapas. —No podría desear más.

Tiró de su pajarita y se separó, llevándose aquel trozo de seda negra en la mano. Robert deseó olvidarse de Landon y de todo lo demás, y dejarse llevar por la atracción que había entre ellos.

Jeannie volvió la cabeza y se dirigió al coche, donde Reginald la esperaba para abrirle la puerta. Robert la observó subirse, descubriendo la curva de su pierna al meter un pie. Contuvo la respiración hasta que se cerró la puerta.

Entonces Reginald se atrevió a guiñarle un ojo a Robert. Aquello era demasiado, pero aquel descaro rompió el hechizo bajo el que estaba. Se volvió y vio a Kelly mirando todo excepto a Robert y a la limusina.

—¿Todo en marcha? —preguntó Robert, ajustándose los puños de la camisa.

—Sí. El fotógrafo nos ha dicho que Landon sigue en la galería. Está retrasando el discurso y cada vez está más nervioso —dijo Kelly ofreciéndole el teléfono.

—¿Quiere ver las tomas?

—No —contestó. Cuanto menos pensara en Landon, mejor. —¿Han sido notificados los abogados?

Había uno que se estaba ocupando del divorcio, otros cuantos cooperaban con la fiscalía y varios estaban en contacto con exempleadas víctimas de acoso sexual por parte de Landon. En cuestión de días habían dado con cuatro antiguas doncellas y seis exempleadas de Wyatt Medical dispuestas a denunciar, aunque seguramente el número de víctimas aumentaría.

—El juez está a punto de dictar una orden de registro.

—Excelente. ¿Los vigilantes están en sus puestos?

—Sí.

Había uno apostado en casa de Jeannie por si acaso Robert había dejado algún cabo suelto. Los otros, incluidos dos agentes de policía fuera de servicio, estaban vigilando su casa.

El contable forense ya había advertido ciertas discrepancias entre la contabilidad de Wyatt Medical y el fondo de campaña de Landon.

—¿Estás seguro de esto?

«Esto» estaba destrozando poco a poco a su padre.

Robert sonrió para sus adentros. Después de todo era un Wyatt, y los Wyatt exigían respeto. Cuando alguien despreciaba a un Wyatt, ellos respondían ejerciendo su influencia, aunque eso conllevara llevarse por delante a quien hiciera falta.

No era suficiente humillar a Landon públicamente. Había que acabar con él y Robert era la única persona que podía hacerlo. Él era un Wyatt y Landon lo había convertido en un ser cruel, duro y sin piedad.

Así que asintió. No habría misericordia para Landon Wyatt, no de su único hijo.

—Entonces, vamos a hacerlo.

Kelly era un buen chico. No lo habían criado para participar en aquel grado de manipulación. Robert apreciaba que su asistente se sintiera incómodo en aquella situación, pero también agradecido de que su empleado hiciera lo que le pedía.

—Voy a estar unas horas ilocalizable —le dijo Robert a Kelly, conteniendo el impulso de ahuecarse el cuello de la camisa, —pero mantenme informado.

—Sí, señor —replicó Kelly.

Robert asintió de nuevo y echó a andar hacia el coche. De repente, la imagen de Jeannie arqueando desafiante una ceja se formó en su cabeza.

—¿Kelly? —dijo volviéndose.

—¿Señor?

—Gracias. Sé que esto no forma parte de tus funciones, pero... Te agradezco todo lo que has hecho por mí y por mi madre.

Se imaginó la sonrisa de Jeannie. ¿Tampoco había sido tan difícil, no? Claro que no. De hecho, le estaba resultando cada vez más fácil.

—Eh... De nada —replicó Kelly desconcertado al recibir aquel agradecimiento por parte de Robert.

—¿Adónde vamos, señor? —preguntó Reginald.

—A la playa —respondió Robert. —Llévanos a ver las estrellas, por favor.

Reginald asintió y le abrió la puerta. No fue hasta que se hubo cerrado la puerta y estuvo a solas con Jeannie que respiró hondo.

Olía a champán, a cítricos y a Jeannie. Aquel aroma lo envolvió y sintió que se relajaba.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

Lo observó acomodarse en el asiento antes de acurrucarse a su lado.

Sin pensárselo, la rodeó por los hombros y la estrechó contra él.

—Sí, todo bien —dijo, y así confiaba que fuera durante un rato más.

—Estupendo —replicó acariciándole la solapa del esmoquin.

Le desabrochó el chaleco y dejó la mano sobre su estómago. Ese simple roce, a pesar de las capas de ropa, hizo que el pulso se le acelerara.

Sin soltarlo, se incorporó sobre sus rodillas rozándolo con sus pechos. Su olor, cálido y sugerente, invadió su olfato.

—¿Cuáles son las reglas?

Allí, en el interior oscuro del coche, nada más existía, solo ellos dos. Aquella mujer que permanecía a su lado en uno de los momentos más duros de su vida, sin preocuparse de su fortuna o de su apellido. Solo de él.

Deseaba poder darle mucho más, pero era todo lo que tenía.

—Las mismas que la última vez.

Esta vez no le preocupaba poder hacerle daño. Esta vez necesitaba contenerse y recordarse que no era suya. Ojalá lo fuera, pero no era seguro, no en aquel momento. Tal vez...

—Extiende las manos.

Aquello le gustaba. La última vez había funcionado, se había perdido en ella, aunque sin perder el control. No había sido el hombre que Landon quería que fuese.

Esa noche, Robert había estado a punto de ser ese Wyatt, capaz de hacer cosas malas incluso por una buena razón. Pero a ella no, jamás a ella.

Confiaba en Jeannie, esa noche más que nunca. La necesitaba una última vez antes de dejarla marchar.

Jeannie alzó los brazos y se colocó sobre su regazo. Al instante sintió su calor y vio que no llevaba bragas.

—Jeannie... —susurró, y la rodeó por el cuello con sus manos anudadas.

—Shh.

Ella acomodó su peso sobre él, y le abrió el cinturón y la cremallera en silencio. Luego, buscó en su bolso y sacó una ristra de envoltorios de preservativos.

—Ya veo que vienes preparada —dijo con voz entrecortada mientras la veía abrir uno.

—La suerte es para quien la busca. Ahora, silencio o si no...

Robert contuvo la respiración cuando sus dedos los rozaron al desenrollar el preservativo por su miembro erecto.

—Si no, ¿qué?

—Si no, te tocaré muy lentamente —susurró junto a su oído y, para demostrárselo, deslizó su mano por su erección. —Sí, así. Y más fuerte —añadió apretando con fuerza.

Robert suspiró. Nunca había estado tan excitado en su vida.

—Entonces —dijo dirigiendo su miembro hacia su sexo, —te tocaré aquí también.

Deslizó las manos hacia abajo, tomó sus testículos y apretó suavemente mientras movía las caderas para estrecharse contra él.

—Jeannie —jadeó, incapaz de detenerla. —¿Y después?

Ella se echó hacia atrás y sonrió con picardía.

—Entonces pararía —contestó y retiró la mano. —¿Vas a callarte? —preguntó y esperó a que él asintiera.

Se puso de rodillas y lo dirigió hacia su sexo. Luego se hundió en él tomándolo completamente hasta llevarlo al límite.

—Déjate llevar —le ordenó respirando agitadamente. —Estate conmigo, Robert.

—Siempre.

Aquel momento tan maravilloso siempre permanecería en su memoria.

Una última vez.

El coche se detuvo bruscamente y Jeannie tuvo que agarrarse a su chaqueta para evitar caerse. Con sus manos atadas, la sujetó como pudo y sintió sus pechos contra él. Deseó no haber insistido en dejarse la ropa porque quería verla completamente desnuda y sentir su cuerpo contra él.

Una última vez, maldita fuera.

Ella se echó hacia atrás, pero Robert no dejó que se apartara. La mantuvo contra su torso y sintió cómo sus pezones se endurecían bajo el tejido de su vestido mientras volvía a hundirse en él. Necesitaba tocarla. Jamás había deseado nada con tanta fuerza.

Consiguió mover las muñecas y enredó su pelo corto entre los dedos.

—Robert —dijo ladeando la cabeza hacia la suya. —¿Qué...?

—Bésame, quiero que me beses mientras estoy dentro de ti.

La sintió estremecerse antes de que sus labios se fundieran con los suyos y sus lenguas se tocaran mientras lo cabalgaba y ella la sujetaba. Aquel momento no lo olvidaría nunca. No importaba lo que pasara en una hora o al día siguiente o en un mes. Nadie podría arrebatarse ese instante.

Jeannie se movía cada vez más rápido, persiguiendo su clímax, y lo único que podía hacer era contenerse hasta que se liberara.

Cuando echó la cabeza hacia atrás, hizo lo único que podía: echarse hacia delante y hundir el rostro en sus pechos. El colgante de diamantes se le clavó en la nariz, pero no le importó y siguió besándola allí, hundiéndose en ella mientras se dejaba llevar.

¿Cómo iba a dejarla marchar?

Capítulo Quince

Jeannie sentía la despedida en el ambiente cuando Reginald abrió la puerta del coche después de lo que se le hizo una pausa muy larga. Seguramente para darles tiempo de vestirse.

Pero no había nada de qué preocuparse porque después del orgasmo más increíble de su vida, Robert la había levantado para apartarla de él y luego se había vestido en silencio.

Sí, la despedida se percibía en el ambiente.

Robert la ayudó a bajar de la limusina y la tomó en brazos.

—¡Robert!

—Esos zapatos no son para caminar por la arena.

Ella sonrió, lo rodeó por el cuello y apoyó la cabeza en su hombro. Se le veía feliz.

Sin más, la llevó hasta la playa. No sabía dónde estaban, aunque imaginó que al norte de Chicago. Se veía el resplandor anaranjado de la ciudad al sur y sobre el lago...

—¡Estrellas! —exclamó maravillada.

—Sí —replicó caminando lentamente sobre la arena.

—¿Adónde vamos?

—Lejos de la iluminación —contestó tan misterioso como de costumbre.

—Es precioso —dijo contemplando el cielo infinito que se extendía sobre ellos.

Ojalá tuviera tantos deseos como estrellas. Pero ya había conseguido lo que había pedido, ¿no? Tenía una niñera y una asistente, y había aprendido a cuidar a Melissa. Tenía un abogado preparando una demanda contra el hospital para asegurarse de que a Melissa no le faltara nada. Y

tenía a sus pies al hombre más increíble, complicado y perfecto de Chicago.

No, no pediría más deseos. Si había algo que había aprendido a lo largo de los años era a no tentar la suerte.

Después de largos segundos en silencio, Robert la dejó en el suelo. Ella lo tomó de la mano y se apoyó en su hombro. Soplaban brisa y se estremeció. Hacía frío junto al lago.

—Toma —dijo él quitándose la chaqueta y poniéndosela sobre los hombros.

—Gracias —replicó y sintió que las rodillas comenzaban a temblarle. —Robert, ¿has estado alguna vez enamorado?

—No —dijo y se inclinó para apoyar la mejilla en su cabeza. —Al menos, todavía no.

—¿Y tú?

—Unas cuantas veces.

—¿Qué pasó?

—Era joven e ingenua. A veces... —dijo y tragó saliva antes de continuar, —te enamoras de la persona equivocada en el momento adecuado y no te das cuenta hasta que los tiempos cambian. Y a veces...

Jeannie parpadeó para contener las lágrimas y se concentró en las estrellas.

—Y a veces —continuó él terminando la frase, —te enamoras de la persona adecuada en el momento equivocado.

—No quiero que este sea el momento equivocado. No es el momento equivocado ni tú la persona equivocada.

—No.

Pero lo conocía demasiado bien. En su voz escuchaba dolor, confusión, pérdida y amor, todo ello fundido en una sola sílaba. Dos letras fueron todo lo que hizo falta para romperle el corazón.

—No te pediré una cosa así —añadió él.

—Por favor —susurró ella, —podemos...

Él sacudió la cabeza y luego la besó.

Era un beso de despedida.

—Pídemelo —le dijo al oído. —Por favor, Robert, pídemelo.

Se quedó mirándola con la frente apoyada en la suya.

—Tengo que protegerte, Jeannie. No permitiré que nada os haga daño a ti o a Melissa.

—Lo sé.

Al infierno con las reglas. Hundió los dedos en su pelo y unió los labios a los suyos para demostrarle todo lo que podía haber entre ellos, solo si confiaba en ella.

Y si confiaba en sí mismo.

Se apartó de ella jadeando y le hizo retirar las manos de su cabeza antes de tomarla de nuevo en brazos. Volvieron al coche en silencio. Había tomado una decisión y ¿quién era ella para intentar hacerle cambiar de opinión? Nadie

Tan solo era su camarera, su cómplice, un hombro sobre el que llorar. Nada más.

Llegaron hasta donde estaba Reginald con el coche, esperando. Esta vez, Robert le abrió la puerta y la dejó en el interior. Pero en vez de meterse con ella, cerró la puerta.

—Robert —dijo elevando la voz.

¿No iba a despedirse como era debido?

Claro que no. Hablar no era el fuerte del doctor Robert Wyatt.

—Llévala a casa —oyó que decía Robert a Reginald.

—Sí, señor.

El coche se puso en marcha y ella bajó la ventanilla.

—¡Robert! —gritó. —Te estaré esperando.

—Ha vuelto pronto. ¿Qué tal su noche? —dijo Maja desde la mecedora, con Melissa durmiendo sobre su pecho.

La casa estaba impecable gracias a Robert. El hombre adecuado en el momento equivocado.

—Bien —respondió con tristeza.

Sí, aquel era el momento equivocado. Estaba a punto de saltarle cara a su padre y Jeannie tenía que averiguar cómo ser madre el resto de su vida

y no podía esperar que Robert se hiciera cargo de las facturas de asistentas y niñeras.

—¿Va todo bien, querida? —preguntó Maja preocupada.

—Sí —contestó y se quedó mirando el suelo.

Robert era el hombre adecuado y estaba locamente enamorada de él.

Pero el doctor Robert Wyatt, aquel soltero multimillonario y renombrado cirujano, era el hombre equivocado para alguien como ella. Porque podía fingir encajar en su vida, pero ambos sabían que su sitio no estaba ahí.

Odiaba las despedidas.

Jeannie alzó la vista y vio a Maja de pie ante ella.

—He decidido volver al trabajo en dos semanas. No sé cuánto tiempo más va a poder seguir cuidando de Melissa por mí y me gustaría que no se vaya hasta que haya encontrado una guardería que pueda permitirme.

Porque no podía permitirse seguir teniendo a Maja y a Rona.

Maja parecía cansada bajo aquella luz tenue.

—Me han pagado por adelantado tres meses, así que nos queda tiempo —dijo y suspiró disgustada. —Siento que las cosas no hayan funcionado con su médico.

Nunca había sido suyo. Lo suyo había sido una ilusión.

—Yo también —dijo, y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

Capítulo Dieciséis

Robert pidió un coche, una experiencia novedosa para él. Cuando llegó el conductor para recogerlo, Robert había conseguido tranquilizarse. Había hecho lo correcto. Tal vez Jeannie estuviera enfadada en ese momento, pero una mujer tan inteligente como ella acabaría dándose cuenta de que era lo mejor.

Estaba cansado de enfrentarse a Landon, de preocuparse por su madre, de contenerse, de ser Robert Wyatt... Pero no importaba lo cansado que estuviera: su noche no había hecho más que empezar.

Un mensaje de texto entró justo cuando el coche tomaba la autopista que rodeaba el lago.

—Está en su casa.

—Cuéntame qué ha pasado.

—El discurso ha sido un desastre. La prensa se pregunta si estaba colocado. Está muy enfadado, llamando a golpes a tu puerta. Todavía no ha roto nada.

—No hagas nada todavía.

—Sí, señor.

Robert se concentró en su respiración. Todo iba según su plan. Landon había descubierto que su esposa, su hijo y una mujer desconocida habían desaparecido de la fiesta de presentación de su campaña. Como era de esperar, Landon no se lo había tomado bien.

Robert estaba deseando que llegara lo siguiente. No tuvo que esperar demasiado.

—Acaba de arrojar una maceta a su puerta y ha saltado la alarma.

—Espera a que entre. Entonces, llama a la policía y que lo detengan.

Aquel era el objetivo final de su plan. Podría presentar una demanda y entonces los investigadores tendrían acceso a su información económica. Landon era muy escurridizo, pero el dinero hablaba.

El allanamiento de morada sería irrefutable, en especial teniendo cámaras de seguridad y policías fuera de servicio como testigos, además de un hijo que se negaría a retirar cargos.

El conductor giró para tomar la calle de Robert.

—Aquí está bien —dijo Robert y le dio un billete de cien dólares que sacó de la cartera.

Al bajarse del coche, oyó la alarma y las sirenas a lo lejos.

—¡Quíteme las manos de encima! ¿Sabe quién soy? —oyó que su padre decía.

—¿Qué está pasando aquí? Papá, ¿qué estás haciendo aquí?

—¿Dónde está? —preguntó echándose hacia Robert

—Tranquilo —intervino el agente de policía, sujetando a Landon.

Landon tenía las manos esposadas en la espalda. Robert tuvo que contener una sonrisa.

—¿Dónde está quién?

—Sabes muy bien de lo que hablo. ¿Dónde está?

—No hay nadie en casa. Acabo de llegar.

Kelly se acercaba por la acera y Robert vio a los fotógrafos disparando sus cámaras.

—Mi cita se sintió mal y la he acompañado a su casa. No creo que volvamos a vernos —explicó a los presentes.

Landon gruñó y se abalanzó hacia delante de nuevo. Esta vez, el otro agente tuvo que usar tanta fuerza para sujetarlo que Landon cayó de rodillas en medio de la acera.

—Pagarán por esto —dijo con los ojos infectados de rabia. —Cuando acabe con ustedes, desearán no haber nacido.

Los agentes hicieron ademán de levantarlo, pero Robert le hizo un gesto para que se retiraran. Luego se agachó frente a Landon, que trataba de ponerse en pie. Robert puso una mano en su hombro, impidiéndole que se levantara porque eso era lo que un Wyatt haría: dominar, controlar.

Robert exigía respeto, pero en aquel momento, lo que quería era infundir miedo a aquel hombre.

Landon lo miró sorprendido mientras sus músculos se tensaban bajo las manos de Robert.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Robert se inclinó hacia delante. No quería que nadie más lo oyese.

—No volverás a verla.

—La encontraré —bramó Landon fuera de sí. —No podrás protegerla, nunca has podido. ¡Es mía! Y después de que la encuentre, encontraré a esa duquesa tuya, sea quien sea, y le haré pagar —dijo y trató de ponerse de pie otra vez. —Estoy deseándole. ¿Crees que gritará tu nombre al final?

Robert permaneció impasible, pero aumentó la fuerza que estaba haciendo para impedir que su padre se levantara.

—¿Sabes lo fácil que sería meterte en un barco y tirarte en medio del agua? —le espetó, manteniendo la voz baja. —Pero no voy a hacerlo porque no te mereces una muerte rápida —dijo sujetando al viejo por el hombro. —Por mucho que busques, nunca darás con ellas.

Por la forma en que Landon se puso rígido, Robert confió en haber conseguido asustarlo. Había vivido con miedo hacia aquel hombre toda su vida, pero al final, no había sido tan difícil hacerse con el control. Al fin y al cabo, era un Wyatt.

—Ponme a prueba —le retó Landon.

Pero aquella amenaza sonó más al comentario de un hombre que acababa de darse cuenta del terrible error que había cometido.

—Vas a ser demandado, arrestado y juzgado, y te encontrarán culpable de acoso sexual, malversación de fondos, fraude en la financiación de campaña, allanamiento de morada y quién sabe que otras cosas más mi gente está descubriendo mientras hablamos —dijo mirando a su padre directamente a los ojos. —Y no perdamos de vista a Alexander, seguro que está implicado en algún asunto.

—¿Señor? —intervino Kelly. —Siento interrumpirlo, pero acaban de comunicarme que Alexander Trudeau ha sido acusado de blanqueo de dinero.

—¿Ves? —dijo Robert sonriendo. —No ha sido tan difícil después de todo.

—Hijo de puta —farfulló Landon, tratando de forcejear de nuevo.
—Me las pagarás.

—Inténtalo, pero creo que vas a estar muy ocupado con demandas y juicios. Y creo que este es el fin de tu carrera política, ¿no te parece? Todo lo que siempre has tenido o deseado se ha esfumado —dijo chasqueando los dedos. —¿Y sabes por qué, papá?

Landon lo fulminó con la mirada, pero Robert no sintió aquel pánico que solía revolverle el estómago.

—Porque me criaste para hacer esto —añadió. —Espero que estés contento con tu creación.

Apartó la mano del hombro del viejo y una sensación de despedida lo invadió. Pero aquello no había terminado, ni mucho menos.

Landon se levantó.

—¡Te mataré! —gritó furioso. —Mataré a esas zorras delante de ti y después acabaré contigo.

Los agentes condujeron a Landon al coche. Cuando cerraron la puerta al que hacía unas horas había sido el hombre más poderoso de Chicago, Robert se ajustó los puños de la camisa y se irguió.

La era de Landon Wyatt había acabado.

Después, los policías tomaron declaración a Robert y confirmó que presentaría cargos, que sí, que su padre tenía un fuerte carácter aunque nunca le había amenazado de muerte y que tal vez una orden de alejamiento fuera una buena idea.

Consiguió las grabaciones de la cámara de seguridad, habló con varios abogados y jueces, y empezó a hacer circular rumores de que Cybil Wyatt había estado a punto de abandonar a Landon, pero que había accedido a quedarse para la campaña y que después de aquello...

E incluso después de que amaneciera, Robert no paró. Tenía mucho que hacer. Tenía que contactar con los miembros del consejo de Wyatt Medical y confirmar que su madre hubiera aterrizado en Los Ángeles y despegado nuevamente, además de hacer la ronda en el hospital.

No podía parar. Si lo hacía, pensaría en Jeannie. Si pensaba en ella, no sería capaz de mantenerse alejado. Todavía no era seguro.

Capítulo Diecisiete

—**N**o va a volver solo porque tú hayas vuelto, ¿verdad? —preguntó Miranda mientras Jeannie cargaba con una bandeja de copas limpias. —Si vuelve, no voy a atenderle.

—No volverá —replicó Jeannie. —¿Puedes moverte? Esto pesa.

¿Por qué no la dejaban un poco a su aire? Era su primera noche de vuelta a Trenton's. La habían recibido con una tarta y regalos para el bebé, pero en vez de preguntarle por Melissa, no harían otra cosa que hablar de Robert y de la batalla que se estaba librando en los tribunales entre padre e hijo.

Estaba a punto de entrar de espaldas por la puerta batiente que separaba la cocina de la barra cuando se abrió chocando contra ella. Tuvo que hacer malabarismos para evitar que se le cayera algo.

—Qué demonios...

—¡Está aquí! —dijo Julian nervioso, moviéndose tan deprisa que a punto estuvo de llevársela por delante otra vez.

Jeannie consiguió arreglárselas para dejar la bandeja en la encimera. De repente, las manos habían empezado a temblarle.

—¿Quién? —preguntó Miranda, palideciendo.

—Wyatt.

—Respira —dijo Jeannie.

¿Qué estaba haciendo allí? Le había dejado claro que lo suyo había terminado y que la estaba algo así como protegiendo al mantenerse alejado y que no lo esperara. Terminado, todo había terminado.

O no.

—¿Llamamos a la policía? —preguntó Julian.

—No —contestó Jeannie poniendo los ojos en blanco. —Yo me ocuparé.

Se tomó unos segundos para recuperar la compostura, lo que no le resultó fácil ya que Miranda, Julian y el resto del personal se habían quedado en silencio. Incluso los ruidos habituales del restaurante habían desaparecido.

Empujó la puerta batiente y se encontró al doctor Robert Wyatt en el sitio de siempre. Cuando la vio, entornó los ojos y, ¡cómo no!, se ajustó los puños de la camisa.

Había ido allí por ella. No había perdido la esperanza de que algún día apareciera, se sentara en su sitio y pidiera su Manhattan, esbozara aquella sonrisa suya imperceptible y le dijera que todo volvía a estar bien. Que podían estar muy a gusto juntos porque el momento era el adecuado.

Pero Jeannie veía otra cosa. No paraba de mover una pierna contra el peldaño del taburete y cuando no estaba ajustándose los puños de la camisa, estaba tamborileando con los dedos sobre la barra.

No solo había aparecido por sorpresa. También estaba nervioso, aunque nada de eso importaba porque había ido a buscarla.

A menos que algo hubiera salido mal. Sintió que el estómago se le encogía. ¿Y si no había ido a verla? ¿Y si lo único que buscaba era tomar una copa y que alguien lo escuchara?

—¿Y bien? ¿Llamamos a la policía? —preguntó Julian desde el otro lado de la puerta.

—Claro que no. Dejados a solas.

Dejó que la puerta se cerrara y se dirigió hacia la barra sin que la intensa mirada de Robert se apartara de la suya.

—Robert, doctor Wyatt. ¿Lo de siempre?

—Jeannie.

Entonces, sonrió. Se trataba de aquella sutil curvatura de sus labios que nadie más percibía.

Sus manos no habían dejado de temblar, pero hizo caso omiso y se concentró en servirle su Manhattan.

—¿Has venido a tomar algo? —preguntó, tratando de mostrarse calmada.

—No —contestó sin ni siquiera mirar la copa. —He venido por ti.

Se quedó sin respiración.

—¿Por mí?

—Por nosotros —se corrigió y bajó la vista a una tableta que tenía sobre la barra. —Este es el asunto.

Al tocar la pantalla apareció la imagen de una mansión.

—Robert...

Si había comprado una casa llevado por un sentimiento de culpabilidad, iba a tener que poner límites. Melissa y ella no necesitaban una mansión.

—La he comprado a través de una empresa pantalla, así que no figuran nombres en ninguna parte —explicó y siguió mostrándole fotos de aquella enorme casa. —Da al lago y tiene acceso a una playa privada. Y por la noche se ven perfectamente las estrellas —añadió con una sonrisa victoriosa. —Me he asegurado de que no haya contaminación lumínica.

—Robert, ¿qué es esto?

Se irguió en su asiento y luego se ajustó los puños de la camisa.

—Mi madre te da las gracias por tu ayuda. He puesto mi casa a su nombre para que cuando pueda volver, pueda disfrutar del al máximo de los techos empapelados.

—¿Has... renunciado a tu casa?

Asintió con un movimiento rápido de cabeza, pero seguía sacudiendo la pierna y se había ajustado los puños por tercera vez en pocos minutos. Jeannie se echó sobre la barra y tomó sus manos entre las suyas. A su espalda, alguien suspiró. Probablemente Miranda.

—Robert, cuéntame qué ha pasado.

—No quiero que me esperes —dijo con voz ronca, y su expresión se tornó gélida.

Nada de aquello tenía sentido. Estaba pasando algo, pero no acababa de entenderlo.

—Te esperaré todo el tiempo que haga falta.

—No, quiero decir, espera —dijo sacudiendo la cabeza, y respiró hondo mientras entrelazaba los dedos a los suyos. —Se suponía que debía alejarme de ti porque Landon todavía tiene mucho poder, y si supiera dónde estás, estarías en peligro y tú... Eres muy importante para mí —añadió bajando la vista a sus manos entrelazadas. —Nunca he estado

enamorado así que no estoy seguro de qué es lo que siento, pero te necesito. Necesito verte cada día para poder hablar contigo y que me hagas reír y sentirme bien. No me siento bien lejos de ti y lo he intentado. Me he dado cuenta de que estando lejos de ti para protegerte, estaba dejando que siguiera gobernando mi vida y ¿sabes una cosa?

—¿Qué? —preguntó sin aliento.

¿Por qué estaba esa estúpida barra entre ellos? ¿Por qué no estaba en sus brazos durante aquella declaración de amor? Porque eso precisamente lo que era aquello.

La amaba.

—Que se vaya al infierno. No voy a permitir que se salga con la suya. Si quiero estar contigo, voy a estar contigo porque eres la persona perfecta para mí, Jeannie Kaufman, y voy a hacer que este sea el momento adecuado.

—¿Así que has comprado una mansión?

—Para ti y para mí, y para Melissa. Para nosotros —respondió, y al levantar la vista, Jeannie vio por fin esperanza en sus ojos.

—Robert...

—Cásate conmigo —dijo, y antes de que ella pudiera contestar, añadió—: Espera, déjame empezar de nuevo. Me has enseñado lo que es el amor, Jeannie, y quiero pasar el resto de mi vida contigo. Podemos casarnos o no. Eres la mujer que necesito y espero ser el hombre que tú quieres.

—Oh, Robert —susurró entre lágrimas. —Yo también te quiero. Eres un hombre complicado y maravilloso. Y sí, quiero casarme contigo, pero con una condición.

—Tú dirás —dijo esbozando aquella sonrisa suya tan devastadora. —Puedo comprarte una casa diferente o...

—Nunca te he querido por tu dinero, pero me gustaría que visitaras a un consejero para que te ayude con tus... asuntos, porque el matrimonio no es una cura mágica. Hay cosas que tienes que resolver tú mismo.

—Sí, claro, voy a esforzarme en ser más hablador, en abrazar más y... ¿en qué más? —preguntó sonrojándose.

Jeannie empezó a llorar y reír a la vez. Entonces Robert le soltó las manos y saltó por encima de la barra. Luego la estrechó contra su pecho y unió su boca a la suya.

—Lo que sea por ti, Jeannie —continuó. —Si quieres trabajar en un bar, te compraré uno. Te compraré este si quieres.

—Ya haremos planes más adelante, pero ¿adoptarás a Melissa?

—Claro.

—¿Estarás a mi lado tanto en los momentos buenos como en los no tan buenos?

—Lo único que quiero es estar a tu lado —dijo estrechándola contra él.

—Entonces, la respuesta es sí, porque eres el hombre perfecto, Robert.

Él sonrió. Era el hombre más guapo del mundo y la había elegido a ella.

—Y tú eres la mujer perfecta para mí, y cuando es así, el momento nunca es el equivocado. No si puedo evitarlo. Después de todo, soy un Wyatt, y pronto, tú también lo serás.

Y así, sin más, se enamoró todavía más de él.

—Perfecto.

Porque efectivamente, así era.

Epílogo

—**U**n paquete para ti, Cybil —dijo Bridget mientras la fisioterapeuta, Anne, le hacía un último estiramiento. —Está en tu butaca. Te traeré agua.

—Gracias.

Le gustaba ser simplemente Cybil y vivir en aquella casa tranquila en Kauri Cliffs, al norte de Nueva Zelanda, desconectada del resto del mundo. No quería saber lo que estaba pasando en casa y, menos aún, saber de su marido.

Por fin podía concentrarse en sí misma y, con la ayuda de una psicóloga y una fisioterapeuta, estaba redescubriéndose y decidiendo quién quería ser después de su vida con Landon Wyatt.

Además, volvía a tratar con su hijo. Hablaban cada dos días de su progreso y también del trabajo de él. Evitaban mencionar a Landon y, cada vez más, Bobby hablaba de Jeannie.

Le habría gustado haber ido a la boda, aunque una tal Darna había emitido en directo los catorce minutos que había durado la ceremonia civil para que Cybil la viera.

Por primera vez en décadas sentía que podía respirar.

—Toma —dijo Anne, y ayudó a Cybil a levantarse. —Recuerda beber mucho líquido, ¿de acuerdo? Nos vemos en dos días.

Cybil le dio unas palmadas de agradecimiento a la joven en el hombro y se sentó en la butaca, con el paquete en las manos.

Abrió el paquete. Los papeles del divorcio. Ya estaba hecho. Nada la ataba legalmente a Landon Wyatt y era dueña de la mitad de los bienes conseguidos durante el matrimonio. Era una mujer independiente y rica.

Lo siguiente que había en el sobre era la portada del Chicago Tribune. Todo parecía indicar que Landon Wyatt iba a pasar una larga

temporada en la cárcel. Había sido acusado de acoso sexual después de que varias doncellas y empleadas lo demandaran. Además, estaba siendo investigado por uso de información privilegiada y fraude. Al parecer, Alexander, su asistente, se había vuelto en su contra. Todos sus amigos lo habían abandonado y sus aspiraciones políticas habían fracasado.

Por último, abrió un sobre color marfil. Dentro había un pequeño álbum con fotos de la boda y una nota manuscrita de Bobby. Empezó a llorar al leer la tarjeta: He decidido arriesgarme por ser feliz. Y todo gracias a ti.

—Oh, Bobby —dijo, y suspiró.

Siempre había sido un muchacho muy considerado. Por suerte, Landon no había conseguido acabar con eso.

Abrió el álbum y en la primera foto aparecían Bobby y Jeannie, de pie, sonriendo. Cybil acarició la imagen. Bobby necesitaba a su lado a alguien lo suficientemente fuerte como para soportar su fuerte personalidad y que entendiera su forma de ser sin sentir lástima.

En la segunda foto aparecía la pareja con un pequeño bebé de tan solo unos meses. La niña sonreía a Bobby desde los brazos de Jeannie. Bobby acariciaba la mejilla de la pequeña con tanta ternura que se le saltaron las lágrimas. Había una nota sujeta a la página: Pronto la conocerás.

—¿Va todo bien? —preguntó Bridget mientras dejaba sobre la mesa una bandeja con el té. —¡Estás llorando!

—Soy abuela —contestó mostrándole la foto. —¡Mira mi familia!

—Oh, vaya —exclamó Bridget. —Se les ve muy felices.

Felicidad. Era un sueño largamente acariciado que había ayudado a Cybil a superar momentos muy duros.

—¿Sabes? —dijo secándose las lágrimas. —Realmente creo que lo son.